



Tipo de documento: Tesina de Grado de Ciencias de la Comunicación

Título del documento: Voces sobre Once: un acercamiento a la discursividad sobre el barrio porteño

Autores (en el caso de tesis y directores):

Laura Anabel Moreno

María Sol Sogari

Oswaldo Beker, tutor

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis): 2015

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR





Universidad de Buenos Aires
Facultad de Ciencias Sociales
Ciencias de la Comunicación

Tesina de grado

Voces sobre Once:

Un acercamiento a la discursividad sobre el barrio porteño



Moreno, Laura Anabel

DNI 34.424.031

E-mail: laurimoreno89@hotmail.com

Sogari, María Sol

DNI 34.142.691

E-mail: mssogari@gmail.com

Tutor: Lic. Osvaldo Beker

Nº de legajo 137.646

Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Diciembre de 2014

Índice

“VOCES SOBRE ONCE”: UN ACERCAMIENTO A LA DISCURSIVIDAD SOBRE EL BARRIO PORTEÑO	4
PRESENTACIÓN DEL TEMA	4
JUSTIFICACIÓN DEL CORPUS	6
MARCO TEÓRICO	8
UN ESTADO DE LA CUESTIÓN	13
PARTE 1. EL ONCE COMO BARRIO-MIGRANTE	16
“DIME POR DÓNDE ANDAS Y TE DIRÉ DE DÓNDE ERES”	17
SOMOS EN COMUNIDAD: CONSTRUCCIÓN DE LAS COMUNIDADES EN EL BARRIO DE ONCE	19
JUDÍOS, LOS PIONEROS	20
EL ONCE PERUANO	22
COREATOWN	23
ELLOS, LOS MENOS PENSADOS	24
MULTICULTURALIDAD EN EL ONCE: LO QUE SE MUESTRA Y LO QUE SE DEJA VER	24
PARTE 2. EL ONCE COMO BARRIO MARGINAL	28
LOS ESPACIOS	28
LAS PERSONAS	30
EL ONCE, DE DÍA Y DE NOCHE	35
EL ONCE EN LOS SENTIDOS	36
FUERA DE LA LEY	37
PARTE 3. EL ONCE COMO HERIDA EN LA CIUDAD	42
LAS TRAGEDIAS	42
AMIA	43
CROMAÑÓN	44
TRAGEDIA DE ONCE	45
LAS VÍCTIMAS Y SUS FAMILIARES	46
¿POR QUÉ ONCE?	49
PARTE 4. EL ONCE COMO BARRIO-MERCADO	51
UNA PRIMERA MIRADA SOBRE EL BARRIO-MERCADO	51
MERCADO Y MARGINALIDAD: LA LÓGICA DE LO AJENO	53
EL ONCE: ORDEN DENTRO DEL CAOS	55
EL AQUÍ Y AHORA	58
CONSIDERACIONES FINALES	60

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	64
ANEXO	68
EL LARGO CAMINO DEL DOLOR	69
BIENVENIDOS A ONCE	71
EL BARRIO DONDE TODO TIENE PRECIO	76
ONCE, DE ENCLAVE JUDÍO A ESPACIO MULTICULTURAL	81
ONCE: UNA CIUDAD DENTRO DE OTRA	86
CONSOLACIÓN POR LA BARATIJA	89
MISERERE	106

“Voces sobre Once”: Un acercamiento a la discursividad sobre el barrio porteño

“La ciudad (...) no se mide en kilómetros o densidad poblacional sino en ‘relatómetros’: cada ciudad es tan grande como los relatos que la habitan.”

Rossana Reguillo¹

“La ciudad es un discurso y este discurso es verdaderamente un lenguaje: la ciudad habla a sus habitantes, nosotros hablamos a nuestra ciudad, la ciudad en que nos encontramos, sólo con habitarla, recorrerla, mirarla.”

Roland Barthes²

“Mi barrio nunca tuvo nombre, y las explicaciones para su apodo, Once, son más de diez.”

Marcelo Birmajer³

Presentación del tema

A partir del análisis de un corpus compuesto por crónicas urbanas, nos proponemos indagar en la construcción imaginaria del barrio de Once que se produce en ellas, partiendo de que este no es un barrio oficial ni está delimitado geográficamente. Sostenemos la hipótesis de que “El Once” (como se le dice coloquialmente) es un barrio construido simbólicamente⁴. En este sentido, nos referiremos a “El Once” en tanto torrente simbólico que nunca termina de ser construido. Siguiendo esta línea teórica, podemos citar a Ernesto Laclau quien rechaza la distinción entre prácticas discursivas y no discursivas. Esto supone que cualquier distinción entre aspectos prácticos y lingüísticos en una práctica social es errónea. Laclau y Chantal Mouffe definen al “campo de la discursividad” como “el terreno necesario de constitución de toda práctica social”⁵. En ese sentido sostenemos que no existe una

¹ Reguillo, 2001. Rossana Reguillo es una investigadora y profesora mexicana. Como Doctora en Ciencias Sociales y profesora del Departamento de Estudios Socioculturales del ITESO (Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente), investiga y escribe sobre culturas urbanas, juveniles y socioantropología de las emociones.

² Barthes, 1985. Roland Barthes fue un filósofo, escritor, ensayista y semiólogo francés. Fue uno de los principales representantes de la “nueva crítica” o crítica estructuralista. Entre sus obras se destacan: *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía* (1980), *Mitologías* (1957), compilaciones de sus escritos como *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos, voces* (1982), *El susurro del lenguaje* (1984) y *La aventura semiológica* (1985).

³ Birmajer, 2006. Marcelo Birmajer es un escritor, periodista y guionista argentino. Es coautor del guion cinematográfico *El abrazo partido* (2001) de Daniel Burman. Guión por el que fue galardonado con numerosos premios, entre ellos el Premio al guion inédito en el Festival del Nuevo Cine Latinoamericano, de La Habana de 2002.

⁴ Tomamos como referencia el trabajo de Cornelius Castoriadis acerca de los imaginarios sociales, En su teoría Castoriadis sostiene que estos no son “la imagen de” sino “creación incesante y esencialmente indeterminada (social-histórica y psíquica) de figuras/formas/ imágenes a partir de las cuales solamente puede referirse a algo”. Castoriadis, 1982.

⁵ Laclau y Mouffe, 1987.

distinción entre Once, el barrio “real” y Once, el barrio “imaginado” sino que “El Once” se constituye como tal en la medida que es construido en los imaginarios sociales. Por tanto, siguiendo a Laclau, refutamos la capacidad de constitución de los fenómenos por fuera de su condición discursiva de emergencia. Dentro de este entramado discursivo, en el cual se construyen múltiples sentidos, elegimos a la crónica urbana como formato a abordar dado que es un género propiamente latinoamericano y porque está relacionado desde su origen con los imaginarios que circulan en el espacio de la ciudad. Siguiendo a Roland Barthes y sus reflexiones en “Semiología y urbanismo”, consideramos a la ciudad como un espacio significativo en sí mismo que “constituye un verdadero discurso”. Es por esto que nos interesa indagar acerca de esta relación metadiscursiva que se establece entre las crónicas y la ciudad de Buenos Aires, más precisamente “El Once”. El autor de *La aventura semiológica* plantea ciertas cuestiones que vemos aplicadas en nuestro caso, en especial el conflicto que él marca como usual entre la significación y la realidad misma. Esto constituye el meollo de nuestra tesina dado que el escenario en el cual transcurren las crónicas que analizaremos es y no es Once. Decimos que es y no es dado que Once no está oficializado como barrio y, sin embargo, todos sabemos sus límites implícitos. Para determinadas situaciones, lo que sucede puede suceder no en Balvanera, no en San Nicolás o en Almagro, sino en “El Once”. Barthes sostiene también que “la semiología nunca postula actualmente la existencia de un significado definitivo”⁶ y esto podemos verlo evidenciado en nuestro trabajo ya que Once no es nunca un significativo cerrado sino que se abre y se ha abierto a nuevos sentidos con el paso del tiempo y esto a su vez lo vemos reflejado en las distintas crónicas que conforman nuestro corpus. A propósito de este último, lo abordaremos a partir de una perspectiva vinculada al análisis del discurso. Nuestro objetivo es deconstruir los imaginarios sociales sobre “Once” que se generan en las crónicas urbanas seleccionadas. Para esto, nos proponemos:

- Identificar la multiplicidad de sentidos que se producen sobre “Once” en los textos y reflexionar sobre la polisemia de dicho significativo.
- Señalar y analizar el mecanismo por el cual se construyen las otredades en las crónicas urbanas seleccionadas.
- Reflexionar sobre los soportes en los que están plasmadas las crónicas en tanto estos se inscriben en la circulación de discursos en la cultura de masas.
- Analizar no exclusivamente el contenido de las crónicas sino también la forma que toman a partir de los recursos retóricos y enunciativos.

⁶ Barthes, 1990.

Nos proponemos analizar nuestro corpus a partir de una matriz propia conformada por conceptos de autores que pertenecen a áreas relativas a la teoría de la comunicación. Con el fin de abordar la polisemia del significante “Once”, consideramos pertinente la construcción de diversos ejes temáticos. El primer eje plantea a Once como una “herida en la ciudad”. Se refiere al barrio en cuanto escenario de diversos hechos trágicos como el atentado a la AMIA en 1994, el accidente de trenes de febrero de 2012 rotulado como “La tragedia de Once” y el incendio en la discoteca República Cromañón de 2004. El segundo eje construye a Once como un barrio en el cual confluyen diversas nacionalidades y culturas, es por eso que lo denominaremos “Once como barrio migrante”. El tercer eje plantea a Once como barrio-mercado, refiriéndose a él como el lugar dentro de la Ciudad de Buenos Aires donde es posible comprar cualquier artículo buscado y es a su vez generador y proveedor de mercancías que serán distribuidas en otros mercados alrededor de la ciudad. El último eje tiene en cuenta aquella construcción de Once que lo presenta como un barrio marginal, en el sentido de que es cuna de situaciones de vulnerabilidad social tales como delito callejero, la prostitución y las drogas.

Justificación del corpus

El corpus a analizar está compuesto por siete textos, cinco publicados en diarios como *La Nación* y *Página/12* y dos que forman parte de los libros *Diagonal Sur* (“Consolación por la baratija” de Marcelo Cohen) y *Villa Medea* (“Miserere” de Cristian Mitelman). “Once: una ciudad dentro de otra” fue publicada en la edición impresa del diario *La Nación* el 11 de abril de 2011. No está firmada. Esta crónica expone testimonios de distintos “personajes” que habitan el barrio tanto de día como de noche planteando las diferencias según el horario en que se recorra esta zona de la Ciudad de Buenos Aires. En sus líneas, híbridas de periodismo y literatura, deja entrever ciertos juicios de valor acorde a la línea editorial del diario en el que fue publicada. “El largo camino del dolor” es una crónica de Beatriz Sarlo para *La Nación*. Fue publicada el 23 de febrero de 2013 en el contexto del primer aniversario del accidente ferroviario de la estación Once de septiembre⁷. La crónica narra los distintos actos y manifestaciones que se produjeron durante la jornada del 22 para recordar a sus víctimas. “Once, de enclave judío a espacio multicultural” fue escrito por Clara Fernández Escudero y publicado en *Perfil* el 19 de enero de 2013. La crónica da cuenta de las distintas colectividades que habitan y/o habitaron “El Once” cambiando la fisonomía del barrio a través del tiempo e ilustra su recorrido con testimonios e historias de vida. La revista *El Guardián* publica la crónica “El barrio donde todo tiene precio” de

⁷ El miércoles 22 de febrero de 2012 por la mañana, un tren ingresó a la estación a 20 kms/h y se incrustó en el andén que marcaba el final del recorrido, y dejó un saldo de 51 muertos y más de 700 heridos.

Washington Cucurto el 4 de enero de 2012. Con un lenguaje coloquial y relatando en primera persona el autor intenta retratar (así como lo hace su colega fotógrafo, quien lo acompaña en el recorrido) la vorágine que se sucede diariamente en “El Once”, rescatando especialmente a quienes trabajan en él. “Bienvenidos a Once” es una autodenominada “crónica y guía” sobre el barrio porteño escrita por Mariano Blejman y publicado el 21 de octubre de 2004 en el suplemento “No” de *Página/12*. Con la excusa de dar recomendaciones “turísticas” en apartados como “Dónde comer”, “Dónde dormir”, “Cómo llegar”; da cuenta de las características del barrio “más internacional de Buenos Aires”⁸. “Miserere” es un cuento de Cristian Mitelman que forma parte de su libro *Villa Medea* editado por *Los cuadernos de Odiseo* en el año 2007. A pesar de ser ficción puede ser tenido en cuenta como crónica urbana por pequeños detalles que funcionan como “anclas” en la realidad. Es un cuento breve que narra la historia de un mozo del bar de la estación de Once. Dicha historia nos lleva a recorrer parte del barrio, cercana a la estación y a conocer a algunas de las personas que lo transitan diariamente y es por eso que decidimos que forme parte de nuestro corpus. Por último, “Consolación por la baratija” forma parte del libro *Diagonal Sur*⁹ de varios escritores latinoamericanos. Estos autores presentan distintas formas de narrar su propia ciudad. Marcelo Cohen, autor del artículo en cuestión, nos lleva a recorrer “El Once” mientras diserta sobre los distintos negocios y personas que podemos encontrar en él y cambios en el barrio a través del tiempo. Entre ficción y realidad, esta crónica urbana colabora en nuestra tarea de destejer los imaginarios que se entrelazan en la discursividad sobre el barrio porteño.

El universo en el que se inscriben los discursos sobre “El Once” es amplio e inagotable. Sin embargo circunscribimos nuestra elección en cuanto al tipo de lenguaje empleado (escrito), y dejamos de lado al audiovisual. Dentro del lenguaje escrito, los soportes elegidos (en cuanto a dispositivos) fueron el literario y el periodístico. Decidimos realizar estos recortes ya que consideramos que los textos que elegimos son representativos de su universo. Prueba de esto es que las crónicas urbanas pertenecientes al soporte periodístico fueron publicadas en diarios y revistas de diversas vertientes ideológicas (*La Nación*, *Página/12*, etc.) Dada la extensión y el objetivo de nuestra tesina decidimos acotar el tema eligiendo estos textos y resignando otros por varios motivos. Las crónicas que constituyen nuestro corpus son textos contemporáneos que consideramos contribuyen a generar una radiografía sobre lo epocal. Esto nos interesa sobremanera dado que uno de los objetivos de la crónica urbana y de nuestro análisis sobre las mismas en particular es dar cuenta del clima y época en la que se vive. Juzgamos que el corpus seleccionado es del todo pertinente e idóneo para un trabajo final de licenciatura en ciencias de la comunicación porque es lo

⁸ Blejman, 2004.

⁹ AA.VV., 2007.

suficientemente rico como para ser analizado por distintas herramientas adquiridas durante la carrera. Como lo hemos indicado estamos monitoreando diferentes significaciones generadas a partir de la teoría de los imaginarios. Es por esto que elegimos este conjunto de textos proveniente de diversas publicaciones gráficas que creemos pueden ser consideradas legítimas y representativas para aproximarnos a las marcas en los discursos que circulan en y sobre la ciudad. A partir de la aplicación de distintas categorías vistas a lo largo de la carrera analizaremos discursividades referidas tanto a la configuración del espacio urbano representado en el soporte gráfico como a los efectos de sentido que se generan a partir de cierta construcción discursiva.

Marco teórico

Como hemos mencionado, para la producción de nuestro trabajo recurrimos a un diverso material bibliográfico como apoyatura. Para facilitar su organización, lo hemos clasificado en tres tipos de "bibliotecas".

Por un lado, tenemos la línea bibliográfica que reflexiona sobre la crónica urbana como género. Dado que este trabajo se centrará en el análisis de crónicas urbanas, resulta fundamental dar cuenta de su definición. Sin embargo, esto no resulta fácil. Entre literario y periodístico, este género híbrido genera amplios debates acerca de su condición. Por consiguiente para trabajar nuestro corpus rescataremos algunas de las características que proponen ciertos autores para aproximarnos a un esbozo sobre su definición. Paradójicamente, muchos plantean la indefinibilidad de la crónica como una de sus características principales. Es debido a esta indefinición que plantea la crónica que se produce una "proliferación de metáforas que intentan definir lo que no se puede definir"¹⁰, como la de Juan Villoro, que la define como el "ornitorrinco de la prosa."¹¹ Otro de los puntos en los que coinciden varios autores es en la multiplicidad de voces o polifonía que se da en este género. De esta manera se incluye en las narraciones a aquellos que se ha invisibilizado, a aquellos que no tienen voz propia. El narrador recupera dichas voces y las pone en juego, interactúa con ellas pero también las deja ser. De esta forma sale a la luz la dimensión política de la crónica urbana, aquella que nos habla de su voluntad de intervención y de denuncia. Frente a relatos hegemónicos, la crónica urbana viene a rescatar lo cotidiano con un objetivo: dar a conocer al otro, al subalterno, al marginal. Así lo plantea Graciela Falbo en el prólogo de su libro *Tras las huellas de una escritura en tránsito*,

¹⁰ Montes, 2009. Alicia Montes es Doctora en Letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como Profesora e investigadora en la carrera de Letras en la Facultad de Filosofía y Letras, y la carrera de Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Ciencias Sociales en dicha universidad. Se especializa en teoría literaria y procesos de escritura y lectura.

¹¹ Villoro, 2006.

en que presenta a la "crónica como uno de los modos de testimoniar la realidad social contemporánea en América Latina."¹² De allí surge otra de las características de la crónica urbana como lo es el ser testimonio de una época. De esta manera, se destaca la importancia de este tipo de textualidades para pensar nuestra realidad.

Una segunda línea bibliográfica está constituida por textos que reflexionan sobre distintos fenómenos sociales que atraviesan a las crónicas que conforman nuestro corpus. En tanto uno de nuestros ejes de análisis aborda a "El Once" como el barrio mercado, nos parece de particular interés la caracterización del *shopping* que propone Beatriz Sarlo en su libro *Escena de la vida posmoderna*. En clara conversación con el concepto de no-lugares que propone Marc Augé¹³, la autora plantea al shopping center como una "cápsula espacial acondicionada por la estética del mercado"¹⁴, un espacio plano, chato, sin cualidades que lo distinguan o que lo relacionen con su entorno. Un "oasis" en medio de cualquier sitio, no importa cuál, ya que es totalmente indiferente con su entorno. Sarlo sostiene en *La ciudad vista: mercancías y cultura urbana*¹⁵ que la ciudad, a diferencia de la disposición escenográfica del shopping center, no puede escapar al principio del desorden. Mientras que en el shopping center nada es casual, sino que su diseño y funcionamiento se contraponen con lo azaroso e impredecible de la calle, en los centros comerciales al aire libre no es posible controlar la puesta en escena. Asimismo, la calle implica necesariamente la multiplicación de elementos, lo que Sarlo denomina el "efecto barroco"¹⁶. Veremos cómo en la construcción imaginada de "El Once", se pone en manifiesto la transgresión que realiza este espacio público sobre los requisitos que se le exige a ciudad: orden, limpieza, seguridad. Requisitos imposibles de ser alcanzados por las características propias del espacio urbano. Para abordar cuestiones como la inseguridad, la multiculturalidad y fenómenos característicos de la vida urbana retomaremos autores de distintas disciplinas.

¹² Falbo, 2007. Graciela Falbo es una escritora, guionista y periodista argentina. Es Doctora en Comunicación e investigadora de la Universidad Nacional de La Plata, donde también se desempeña como Profesora titular de la Cátedra de Taller de Escritura Creativa. Su obra narrativa se destaca por cuentos y novelas cortas dentro de la literatura infantil y juvenil, donde ha sido reconocida numerosas veces. En 1991 fue su libro *El fantasma del cañaveral* fue incluido en la Lista de Honor de la Asociación de Literatura Infantil y Juvenil de Argentina como uno de los mejores títulos publicados en el país.

¹³ "Si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico, definirá un no lugar." Augé, 2000.

¹⁴ Sarlo, 2011. Nació en Buenos Aires en 1942. Enseñó literatura argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Ha dictado cursos en distintas universidades norteamericanas. Varias de sus obras han sido traducidas en Brasil, Gran Bretaña, Estados Unidos e Italia. Ha investigado sobre temas de literatura argentina, nacionalismo cultural y vanguardias, cultura urbana y cultura popular. Dirige desde 1978, la revista *Punto de Vista*, donde un grupo de intelectuales difundió sus ideas durante los años de la última dictadura militar. Esa revista que comenzó siendo un órgano casi clandestino y que llegó a ocupar un lugar reconocido en la vida cultural de la Argentina.

¹⁵ Sarlo, 2010.

¹⁶ Ídem.

Textos como los de Stella Martini y Marcelo Pereyra nos ayudarán a trabajar con la construcción del delito en los medios masivos de comunicación. Como aclaramos anteriormente, las crónicas que conforman nuestro corpus fueron publicadas tanto en periódicos, como en revistas y libros. El libro que recopila los ensayos de Martini y Pereyra tiene como objetivo, según Stella Martini, “aportar a la explicación de las regularidades y las contradicciones de los discursos mediáticos sobre el crimen, sus condiciones de producción y los modos en que se cuenta la noticia”¹⁷ Es por eso que nos interesa considerar cuestiones que se tratan en estos textos como los espacios, los estereotipos, las distintas modalidades enunciativas (“lo inseguro”, “lo marginal”) que se consideran para la difusión de imágenes que se suponen representativas de la realidad. Estos autores proponen que el efecto que estas construcciones producen sobre los imaginarios sociales llega hasta la estigmatización de quien es construido como “el otro”, “el diferente”. En relación con la construcción del “otro” y la relación que se establece con el mismo utilizaremos nociones trabajadas tanto por Ervin Goffman¹⁸ como por Fredrik Barth¹⁹. En cuanto a Goffman nos interesa su concepto de estigma en la construcción de la identidad social así como también la relación que se establece entre “normales” y estigmatizados, que caracteriza como una relación “nosotros/ellos”. Respecto al segundo autor, pretendemos rescatar sus reflexiones en torno a la constitución, características y límites de los grupos étnicos planteada en el libro *Los grupos étnicos y sus fronteras*. Nos interesa especialmente su hipótesis acerca de que los límites entre los grupos étnicos no se dan a partir de la ausencia de interacción entre dichos grupos sino que estos límites se construyen a través de su interacción. Por último, para tratar el fenómeno de la multiculturalidad de “El Once”, consideramos útiles las nociones de “nación”, “nacionalidad” y “nacionalismo” de Benedict Anderson. Este autor los considera conceptos difíciles de definir y crea el término “comunidad imaginaria” para referirse a la nación. Anderson le adjudica ciertas características al concepto de nación como comunidad imaginada. Para él todas las grandes comunidades (en las que no existe el contacto directo entre sus miembros) son imaginadas en la medida en que es imposible que todos sus integrantes se conozcan entre sí y, sin embargo, esto no impide que se

¹⁷ Martini, 2009.

¹⁸ Goffman, 1963. Erving Goffman fue un escritor y sociólogo canadiense considerado integrante de la microsociología y uno de los sociólogos más importantes del siglo XX. Su interés central era estudiar la influencia de los significados y los símbolos sobre la acción y la interacción humana centrándose análisis de grupos reducidos de personas. En su obra *La identidad deteriorada* (1963) examina cómo las personas, para proteger su identidad cuando se apartan de las normas de comportamiento o apariencia aprobadas, manejan las impresiones de sí mismos, principalmente por medio del encubrimiento.

¹⁹ Barth, 1969. Fredrik Barth es un antropólogo social noruego. Es Profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Boston. En *Los grupos étnicos y sus fronteras* (1969) realiza un estudio de la etnicidad que se centra en las negociaciones de los límites entre grupos de personas.

reconozcan como pares en su pensamiento. La nación es imaginada como comunidad porque existe un sentimiento de fraternidad entre sus miembros. Sin embargo, esta comunidad imaginada es limitada ya que reconoce sus fronteras, más allá de las cuales se encuentran otras naciones-comunidades.²⁰

La tercera “biblioteca” corresponde a los textos que nos servirán para llevar adelante nuestro acercamiento analítico al nivel discursivo. Como hemos mencionado, nuestra consideración del corpus seleccionado parte de la afirmación de que lo social se constituye como orden simbólico. Siguiendo esta línea teórica postularemos el carácter material de todo discurso y nos alejamos así de las teorías que atribuyen al mismo una existencia meramente psicológica y/o mental. Para poder ampliar este análisis utilizaremos las definiciones de Eliseo Verón, quien sostiene que sólo hay sentido en tanto ha sido incorporado a disposiciones complejas de materias sensibles y que el conjunto de constricciones de un sistema productivo que hacen al sentido pueden ser localizadas en materias significantes que circulan en la sociedad. Los conceptos de Ernesto Laclau y Eliseo Verón son importantes para poder comprender cómo las estructuras discursivas no son entidades “cognoscitivas”, sino que, siguiendo la línea teórica adoptada, son “...una práctica articuladora que constituye y organiza las relaciones sociales”²¹. Esto es de un valor fundamental para avanzar hacia el análisis de “El Once” como barrio construido simbólicamente. Para llegar a las teorías previamente mencionadas es imprescindible señalar los trabajos de Valentín Voloshinov sobre la filosofía del lenguaje²². El autor rechaza las filosofías idealista y psicologicista al concebir en sus escritos al signo como un fenómeno del mundo exterior. La conciencia para Voloshinov se llena de los signos que existen con anterioridad y surge en el intercambio social. La conciencia individual debe ser explicada, entonces, a partir del medio social. Sostendremos, en base a los autores citados, que no hay un mero reflejo de la realidad en el discurso, sino una elaboración e interpretación de esa realidad. Retomando a Laclau²³ emplearemos su concepto de sociedad en tanto orden cuyas regularidades son sólo formas relativas y precarias de fijación. Si bien no es posible fijar una sutura de sentido absoluta dentro del campo, la condición de toda comunicación es la operación de un efecto de previsibilidad. Para comprender esto debemos adentrarnos en la teoría sobre los géneros discursivos que

²⁰ Anderson, 1983. Profesor Emérito de Estudios Internacionales, Gobierno y Estudios Asiáticos de la Universidad de Cornell. Reconocido por su obra *Comunidades imaginadas* (1983), es un referente en el estudio histórico y político de Indonesia del siglo XX.

²¹ Laclau y Mouffe, 1987.

²² Voloshinov, 1976. Valentín Nikoláievich Volóshinov fue un lingüista ruso, miembro del “Círculo de Bajtín”. Como parte de este grupo realiza una crítica a la lingüística saussureana y busca desarrollar una filosofía marxista del lenguaje desde la cual plantea el problema del vínculo entre el lenguaje y lo ideológico.

²³ Laclau y Mouffe, 1987.

sostendrá nuestro análisis de la crónica urbana. Para definir el efecto de previsibilidad que desempeñan los géneros en tanto “tipos relativamente estables de enunciados”²⁴, Mijail Bajtín les concedió la propiedad de “horizontes de expectativas”²⁵. Esto es de suma importancia para nuestra reflexión sobre el género de la crónica urbana, así como su relación con las prácticas sociales e históricas. Siguiendo los postulados teóricos de Oscar Steimberg, para poder realizar un análisis de la crónica urbana en tanto género discursivo, definiremos sus características temáticas, retóricas y enunciativas a lo largo de nuestro trabajo. A su vez, utilizaremos los conceptos expuestos por Jesús González Requena²⁶ para realizar un acercamiento al análisis enunciativo de los textos. Nuestra investigación se fundará sobre el estatuto semiótico del sujeto de la enunciación, entendiendo a éste como una instancia discursiva por la que la subjetividad se inscribe en el texto. De esta manera en todo discurso operan marcas de un sujeto. Recurriremos al concepto de enunciación como proceso productor de un sujeto para realizar nuestro análisis del corpus. El sujeto es entonces producido en el discurso; es su efecto de sentido más profundo. Steimberg define a la enunciación como “efecto de sentido de los procesos de semiotización por los que en un texto se construye una situación comunicacional, a través de dispositivos que podrán ser o no de carácter lingüístico”²⁷. Tanto Émile Benveniste²⁸ como Jacques Lacan y Slavoj Žižek plantean que no hay sujeto anterior al lenguaje. Los estudios de Žižek²⁹ permiten introducirnos al estudio de la forma en tanto método de análisis de las crónicas urbanas. El concepto de “forma” del autor es de gran importancia ya que nos permitirá analizar por qué los contenidos temáticos que señalaremos adquieren la forma de crónica urbana y no de otro género literario o periodístico. Para realizar nuestro análisis de las formas partiremos de la reconstrucción de las marcas sobre la superficie de los textos. La noción de “operacionalización”³⁰ de Eliseo Verón tiene un valor primordial para nuestro estudio. Según el autor se puede reconstruir las operaciones de asignación de sentido en tanto las condiciones sociales e históricas dejan marcas en la superficie de los textos. El concepto de operacionalización expuesto nos permite abarcar otro rasgo del discurso: su condición de producto del devenir histórico-social. Es decir, desde nuestra mirada teórica es imposible

²⁴ Bajtín, 1982. Mijail Mijáilovich Bajtín fue un crítico literario, teórico y filósofo del lenguaje de la Unión Soviética.

²⁵ Ídem.

²⁶ González Requena, 1987. Es un profesor, ensayista y escritor español. En el artículo “Enunciación, punto de vista, sujeto” (1987) revisa las propuestas de Benveniste y otros autores para delimitar el concepto de “sujeto de la enunciación”.

²⁷ Steimberg, 1998. Es un semiólogo y escritor argentino, nombrado Profesor emérito de La Universidad de Buenos Aires. Fue presidente de la Asociación Argentina de Semiótica y vicepresidente de la Asociación Internacional de Semiótica Visual.

²⁸ González Requena, 1987.

²⁹ Žižek, 1992.

³⁰ Verón, 2004.

aislar al discurso de sus circunstancias de producción para llevar adelante el análisis. De acuerdo a lo planteado por Verón, el análisis discursivo mediante la puesta en espacio-tiempo del sentido intenta establecer un sistema de relaciones y la idea de un análisis “externo” o “interno” es una falacia. Entendiendo al discurso como “punto de pasaje del sentido”³¹, llegamos a comprender el postulado fundamental de la socio-semiótica: “analizando productos, apuntamos a procesos”³². Este postulado será un bastión principal de nuestro análisis. No hay discursos que “reflejen” realidades, ni funcionamientos mecánicos del discurso con respecto a lo social. Por el contrario, será nuestra tarea dilucidar procesos histórico-sociales de generación de discursos a través del análisis de las superficies de los textos. Fundamentalmente, la noción de “operación” nos permitirá avanzar hacia un estudio relacional del corpus con su clima epocal.

Un estado de la cuestión

Cada vez más textos académicos hacen análisis del discurso de crónicas urbanas. Este género ha sido muy prolífico en los últimos tiempos. Según Juan Gelpí este fenómeno se produce ya que la crónica urbana como tipo de texto se corresponde al modo de vida y a la manera de percibir al mundo contemporáneos.³³ Ya que nuestro objetivo es deconstruir los imaginarios sociales sobre “El Once” que se generan en las crónicas urbanas seleccionadas, incluimos en el estado de la cuestión por un lado a autores que han tomado como objeto de estudio la construcción de ciudades dentro de este género. Por otro lado, también a aquellos autores, como Barthes, que entienden a la ciudad como discurso y por ende como construcción colectiva.

En “Representaciones de la Ciudad de México en la crónica”³⁴, Tanius Karam revisa la historia de la crónica en la ciudad de México desde los primeros cronistas del siglo XVI (por ejemplo, Hernán Cortés) hasta autores contemporáneos como Carlos Monsiváis. Karam pone el foco en cómo esta ciudad ha sido imaginada y representada a lo largo de su historia. Al autor le interesa la representación de la ciudad que se producen en las crónicas ya que aduce que ellas pueden dar cuenta de diferentes formas de apropiación y

³¹ Verón, 1993.

³² Ídem.

³³ Gelpí, 1997. Es crítico literario y catedrático universitario. Enseña literaturas puertorriqueña e hispanoamericana, teoría literaria y metodología de la investigación literaria en el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras. Formó parte del colectivo de la revista *Nómada* y dirigió la *Revista de Estudios Hispánicos* de la Universidad de Puerto Rico.

³⁴ Karam, 2004. Tanius Karam Cárdenas es Doctor en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense, Madrid. Es profesor e investigador de la Academia de Comunicación y Cultura de la Universidad Autónoma de la ciudad de México. Se especializa en las áreas de teorías y metodologías en comunicación, semiótica, relaciones entre literatura y comunicación así como análisis del discurso periodístico.

percepción de la ciudad. Más allá de lo narrado en las crónicas, a Karam le interesa dar a la luz los sentidos que en ellas se ponen en juego; no sólo poner el foco en lo que se narra en sí, sino también en la forma que toma lo narrado y por qué toma esa forma. El texto propone dar cuenta del entramado que se teje acerca de la ciudad de México a partir de la relación de las múltiples miradas sobre ella.

Brenda U. Iglesias Sánchez posee una visión discursiva de la ciudad. En su ensayo "Crónica urbana. La experiencia de vivir en la ciudad"³⁵ nos habla de escritores que estudian la construcción de sentido en la misma. A la autora le interesa la ciudad en cuanto es percibida por sus habitantes, en tanto ellos se apropian de esta y construyen su propia experiencia significativa. A partir de esa experiencia se construyen distintos imaginarios y sentidos sociales. Para la autora las ciudades son símbolos de la historia de la vida de grupos humanos y sus relaciones. Es así que las define como realidades construidas. Plantea que creamos imágenes de nuestras relaciones humanas, nuestra comunidad, nuestras experiencias de la vida urbana a través de relatos. Iglesias Sánchez considera a la crónica como testimonio de la época en que fue realizada. En ella se develan estos imaginarios y sentidos que se construyen a partir de la experiencia de la vida urbana.

En su texto "El vértigo horizontal. La ciudad de México como texto" Juan Villoro plantea que la manera de representar la ciudad ha cambiado tanto como la ciudad misma. El autor rastrea la literatura desde siglo XIX a nuestros días para señalar las metáforas con las cuales se ha representado a la ciudad, desde el caos sin estructura de un "mosaico roto", la "jungla de concreto", hasta las metáforas horizontales: "la ciudad como océano", es decir, como un espacio infinito imposible de catalogar como un todo. Al preguntarse sobre "¿Qué mensajes entrega la ciudad de México?"³⁶ no sólo se pregunta por la ciudad física, real sino también por la representación que de ella habita en la mente de sus residentes. El autor refiere a la noción de "postapocalipsis" de Carlos Monsiváis para definir al D.F. y sostiene que para sus habitantes los dramas que el territorio urbano despliega ante ellos han tenido su nacimiento siempre en un pasado. Visto de esta forma, el habitante de la ciudad es siempre un sobreviviente de una "herida mítica"³⁷.

"Sujeto y cultura urbana" es un artículo de Juan Gelpí publicado en *Revista de Crítica Cultural* N° 14 en 1997. Este ensayo parte de la hipótesis de que paralelamente a los cambios que se produjeron en la ciudad moderna se han transformado las maneras de representarla. Apoyándose tanto en estudios de semiótica urbana como en otros tipos de

³⁵ Iglesias Sánchez, 2008. Es Licenciada en Letras mención Historia del Arte y magíster en Historia, Teoría y Crítica de la Arquitectura en la Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela. Es profesora invitada de la Maestría de Historia de Venezuela en dicha universidad desde 2008.

³⁶ Villoro, 2002.

³⁷ Ídem.

estudios sobre las ciudades que toman a estas como representaciones reflexiona sobre el “paso de un tipo de escritura a otra, su contexto histórico, así como su vínculo con la cultura urbana”³⁸. El ensayista puertorriqueño trabaja sobre escritos de Elena Poniatowska, Carlos Monsiváis y José Joaquín Blanco para sustentar su teoría de que a la par de la grieta producida entre el desarrollo económico y el desarrollo social en América Latina se han generado nuevos modos de relatar las ciudades. Las características de estos géneros serán similares a la de los fenómenos que han fomentado su aparición. Multiplicidad de voces, hibridez y recuperación de la diversidad son rasgos que identificarán entonces tanto a unos como a otros.

Consideramos que los autores antes mencionados son representativos dentro de esta generación de teóricos abocados al análisis de la crónica urbana. Por este motivo, seguiremos su línea metodológica y los adoptaremos como referentes en nuestro trabajo.

³⁸ Gelpí, 1997.

Parte 1. El Once como barrio-migrante

“(…) un ulular de sikus o un alarido de clarinete, un bibiseo de plegarias a veinte divinidades distintas y de discusiones de pareja en cinco lenguas.”

Marcelo Cohen³⁹

“Sánguches de pastrón”⁴⁰, ululares de sikus, humo de tortillas de maíz, chop suey, letreros en idish y chicha bien helada. A partir de sabores, sonidos y olores propios de cada comunidad los autores de las crónicas dan cuenta de la multiculturalidad del Once, construyéndolo como un barrio en el que confluyen diversas nacionalidades y culturas. Por ese motivo, este capítulo que analizará esta arista de la zona será denominado “El Once como barrio-migrante”. El imaginario del barrio-migrante se sostiene sobre la presuposición de que hay un proceso constante de construcción y delimitación de identidades, basado en el pasado en común y las costumbres heredadas, pero sobre todo en la interacción entre los grupos sociales identificados en las crónicas en tanto grupos étnicos. Esto es de suma importancia ya que veremos cómo a lo largo de las crónicas los imaginarios del barrio-migrante cumplen una función ordenadora de la relación entre los agentes sociales. Esto implica desentrañar cómo los imaginarios funcionan en la forma en que un grupo social construye el sentido común en un momento determinado, genera la adhesión a un sistema de valores que son naturalizados e interiorizados y distribuye posiciones dentro de un orden social⁴¹. A su vez, no debemos perder de vista el rol de los medios de comunicación como soportes legítimos del género ya que, como sostiene Martini en su texto, el impacto que llega a tener un imaginario depende de su difusión, así como de los circuitos y medios que se disponen para esa difusión. Los cronistas dejan en claro que lo que está en juego aquí no es únicamente la representación de una colectividad, sino la yuxtaposición de varias de ellas: “(…) porque el tiempo pasa más rápido en el barrio judío, coreano, boliviano, peruano, senegalés, burkinafasino, chaqueño, rastafari, policía, mexicano, sanjuanino, explosivo, del Once.”⁴² El Once es caracterizado entonces como un espacio abierto a la pluralidad de nacionalidades, religiones y culturas. Este proceso de constitución de identidades que parecen nunca terminar de formarse, al igual que el Once, es construido como lo que está

³⁹ Cohen, 2007

⁴⁰ Ídem.

⁴¹ Martini, 2003.

⁴² Blejman, 2004. Mariano Blejman fue el creador y editor de la sección Cultura Digital de *Página/12*, y editor jefe de la sección joven NO, del mismo diario. Actualmente es "Becario Knight" del International Center For Journalists (Centro Internacional para Periodistas) y entre otras actividades dirige PinLatam, un programa de innovación en medios para Latinoamérica.

en constante movimiento y mutación, lo inaccesible y, por lo tanto, lo inconmensurable. Esto se hace evidente en la utilización de la enumeración, recurso presente en la mayoría de las crónicas analizadas, que podemos ejemplificar con un fragmento del texto de Cohen: “Iglesias, escuelas religiosas, gimnasios, un centenario colegio alemán, altares budistas, gran surtido de sinagogas; distribuidoras de cine; videotecas de ocasión y librerías de lance”. La enumeración es una característica propia de las crónicas urbanas y es un recurso que se repite para dar cuenta de una totalidad que, al no poder ser presentada tal cual es, se debe reconstruir a través de las partes que la componen.⁴³ Más adelante reflexionaremos si la multiculturalidad del barrio es construida como armónica o no y si se presentan conflictos propios de la convivencia. A través de distintas estrategias sostendremos, entonces, que el Once es construido como el barrio más internacional, más latinoamericano, más políglota de Buenos Aires.

Í 8] a Y · d c f · X Œb X Y · U b X U g · m · h Y · X] f f · X Y · X Œb X Y · Y f Y g Í

Los límites del Once son poco claros. Algunos lo restringen al área que se enmarca entre las calles Rivadavia, Pueyrredón, Corrientes y Pasteur. Otros amplían esta zona y llegan al este hasta la avenida Callao y al norte hasta la avenida Córdoba. Así como los límites del barrio, la zona geográfica que habita cada comunidad no es del todo clara o definitiva. De hecho, en la mayoría de las crónicas se cruzan representantes de distintas comunidades. Hacia el final de la crónica “Once, una ciudad dentro de otra”, su autor afirma: “Cae la tarde en la esquina de Valentín Gómez y Ecuador. Una familia judía cruza la calle, se saluda con un señor mayor de origen coreano y, de fondo, unos afiches pegados en una pared anuncian el nuevo disco del grupo peruano Hnos Yaipen.”⁴⁴ Sin embargo, hay cierto acuerdo entre los cronistas de algunos lugares en los que predomina una u otra nacionalidad. El epicentro tradicional de la colectividad judía se enmarca entre las avenidas Córdoba, Corrientes y Pueyrredón y la calle Riobamba: “El legado de haber sido barrio plenamente judío hasta los '80 no es en vano. Además de la AMIA, las sinagogas, los templos, los clubes y los teatros sobre todo los fines de semana, se suele ver a las familias judías más religiosas paseando por estrechas veredas en busca de esos lugares donde comer aprobado por los rabinatos”⁴⁵. Dentro de esta zona encontramos restaurantes kosher, templos y negocios pertenecientes a miembros de esta comunidad. También allí, en su corazón, se encuentra Pasteur 633, donde fue la primera y gran tragedia del Once: el

⁴³ La enumeración, así como la polifonía y otros recursos propios de la crónica urbana son funcionales a lo que Graciela Falbo llama la exhibición de “la condición compleja de lo narrado”. Falbo, 2007.

⁴⁴ S/A, 2011.

⁴⁵ Blejman, 2004.

atentado a la AMIA. En una de sus esquinas (Junín y Lavalle) se conocieron Marcelo Birmajer y Daniel Burman⁴⁶, dos exponentes del arte judío-argentino. La zona en donde predomina esta comunidad es descrita como “más concheta”. De Corrientes hacia el sur, área ganada por los coreanos, es construida como una zona más popular donde se nota más la penetración de otras nacionalidades: “De Corrientes para Rivadavia es un Once: cosas más baratas, populosas. La plaza condiciona. Hay que ser guapo para ir. Del otro lado (Rivadavia, Pueyrredón, Córdoba y Pasteur) es más concheto. Más ‘Once Hollywood’ (...) en Once Hollywood hay ropa linda, cara; del otro está más rejuntado. Ahí se nota más la penetración de las otras nacionalidades.”⁴⁷ Estas zonas tienen características que las diferencian entre sí, como sus tipos de comercio u horarios de atención. La avenida Pueyrredón es descrita como el área peruana por excelencia. Allí se ubican los vendedores ambulantes y casi todos los negocios de la zona son atendidos por peruanos: “Constatamos que casi toda la venta ambulante de Pueyrredón son hermanos peruanos. En realidad, los restaurantes, las peluquerías, los kioskos, los puestos ambulantes son trabajados por peruanos.”⁴⁸ Los bares peruanos y bolivianos también están en una zona determinada al suroeste de Plaza Miserere: “(...) de calle Rivadavia hacia el sudoeste es zona peruana y boliviana de bares, mientras que hacia el sudeste se encuentran los coreanos y sus consiguientes laveraps, aunque se distribuyen bien con los mercaditos.”⁴⁹ Es que a pesar del caos que aparenta predominar en el Once todo tiene su lugar y las áreas de influencia de las distintas comunidades que lo habitan no son la excepción. Podemos ver de esta manera una necesidad de los cronistas por intentar fijar, aunque sea de modo parcial, la pluralidad inabarcable que representa el barrio-migrante que es el Once en zonas geográficas que permitan delimitar fronteras físicas entre los grupos étnicos que habitan el barrio. Esta reducción de la complejidad propia de las grandes urbes latinoamericanas a referencias geográficas, a los precarios límites trazados imaginariamente por los ciudadanos del barrio-migrante, es una operación propia del estereotipo. Ciertamente, la cultura de masas donde se encuentran inscriptas las crónicas analizadas construye y reproduce estereotipos que logran sostenerse como formas de describir y comprender lo

⁴⁶ Daniel Burman es productor, director y guionista cinematográfico. Forma parte del llamado Nuevo Cine Argentino. Algunas de sus películas más conocidas son *El abrazo partido*, *El nido vacío* y *Dos hermanos*.

⁴⁷ Fernández Escudero, 2013. Clara Fernández Escudero es periodista y editora de contenidos. Escribió para diferentes medios, como *Clarín*, *Perfil* y revistas especializadas. Actualmente es editora del suplemento “El observador”, del diario *Perfil*.

⁴⁸ Cucurto, 2012.

⁴⁹ Blejman, 2004.

real.⁵⁰ A continuación desarrollaremos la construcción de dichas fronteras imaginarias entre las comunidades del Once.

Somos en comunidad: construcción de las comunidades en el barrio de Once

El autor Fredrik Barth desarrolla conceptos claves para entender el funcionamiento de los grupos étnicos. Dice Barth: “Los grupos étnicos son categorías de adscripción e identificación que son utilizadas por los actores mismos y tienen, por lo tanto, la característica de organizar interacción entre los individuos”⁵¹. A partir de distintos rasgos los individuos se identifican con unos o con otros. Estos rasgos no son una acumulación de características, sino la elección de aquellas particularidades que los distinguen e identifican al mismo tiempo, aquellos “emblemas de diferencia”. Estos grupos étnicos, entonces, se organizan de acuerdo con la adscripción y autoadscripción de estos rasgos. En el Once podemos observar la presencia de distintas comunidades. Cada una de estas comunidades puede verse como un grupo étnico, en términos de Barth. Existen ciertos rasgos que los distinguen de otros grupos. Nos interesa señalar cuáles son esos rasgos y por qué se eligen esos y no otros. También nos resulta interesante lo planteado por Barth sobre la interacción de estos grupos. Como dijimos anteriormente, a pesar de que en el Once se hayan construido zonas donde predomina una u otra colectividad en rasgos generales se produce una yuxtaposición de estas y no es sino a partir de la interacción que se elaboran las identidades. Siguiendo este camino, Barth nos habla de que estos rasgos que diferencian cada grupo étnico se dan en la interacción y no en el aislamiento de estos. Es decir, la confirmación de la identidad de cada uno de ellos se pone en juego cada vez que se relacionan. Volviendo al autor noruego, en cuanto a la temática de la identidad, Barth se refiere a dos órdenes: los rasgos diacríticos y las orientaciones de valores básicos. Los rasgos diacríticos son aquellos que los individuos manifiestan para indicar su pertenencia a cierto grupo y que esperan descubrir. Son por ejemplo las formas de vestirse, las formas de hablar, las formas de vivir. Las orientaciones de valores básicos corresponden a la ética y las normas de moralidad que siguen. La identificación de las personas como parte de un grupo en la sociedad delimitan claramente las fronteras entre los mismos. A partir de la autoadscripción de ciertas características, los individuos se consideran parte de determinados grupos, destacando rasgos como las condiciones sociales, culturales, los valores y éticas con las que se caracterizan y se construyen como legítimos. Quienes no los

⁵⁰ Es interesante ver esta contradicción que se da en el corpus muchas veces entre las “funciones” de la crónica urbana que nos hablan de dar la voz a quienes no la tienen, de romper con el sentido común, de dar cuenta de la complejidad de lo narrado y lo que se escribe en los artículos que muchas veces funciona como reforzador de los estereotipos yendo en contra de todas estas funciones.

⁵¹ Barth, 1969.

comparten quedan excluidos. En otras palabras, la autoadscripción de rasgos marca a su vez diferencias entre quienes los poseen y los que no. Los autores de las crónicas coinciden en señalar cuatro comunidades predominantes en el Once: los judíos, los peruanos, los coreanos y los africanos. A la vez, esas comunidades son clasificadas como nuevas o tradicionales. Mientras por unanimidad la colectividad judía es clasificada como tradicional y a los coreanos y los africanos como comunidades nuevas, los coreanos son adscriptos por momentos a uno o a otro grupo. El barrio es habitado por personas de otras nacionalidades, sin embargo, son narradas como individuos y no como miembros de un grupo. Por esta razón decidimos analizar cómo son construidos quienes pertenecen a las comunidades antes nombradas.

Judíos, los pioneros

La colectividad judía es pionera en el Once. Su llegada se estima que data del siglo XIX. Hasta la década de 1980, momento en que comenzaron a instalarse otras comunidades en la zona, el barrio era netamente judío. Por consiguiente son considerados una comunidad tradicional del barrio: “Entre las avenidas Córdoba y Corrientes y Riobamba y Pueyrredón, los judíos mantienen su epicentro tradicional”⁵² Cuando son citados, sus testimonios en las crónicas se lo hace por nombre y apellido: “Según su propia autobiografía, Roberto Moldavsky empezó a hacer stand up antes de que él mismo lo supiera...”⁵³ Esto puede deberse a que la familia y la tradición son construidas como fundamentales para la comunidad judía. Algunas de las formas en las que se refieren a ellos en las crónicas tiene que ver con este campo semántico: colectividad, comunidad, familias judías, hijos de la colectividad judía que crecieron en Once. También se utilizan los adjetivos “religiosos” y “tradicionales” para referirse a ellos. De esta manera se va construyendo una imagen de los judíos que habitan en el Once como personas que respetan las tradiciones y que dan importancia a la familia. Otras características que se les adjudican es tener mentes mercantiles y ser buenos para los negocios así como también ser cultos, poseer iniciativa, tener un buen corazón aunque se los considera un poco cerrados en cuanto a comida y tradiciones. La mayoría de las historias de vida de miembros de esta comunidad son sobre sus antepasados quienes se establecieron en el Once mucho tiempo atrás: “Mi abuelo llegó en 1912 de la zona de Odessa. A Junín 412 llegaban los rusos directamente del barco, para que los derivara al Hotel de Inmigrantes.”⁵⁴ En las crónicas son nombradas numerosas organizaciones e instituciones de la comunidad judía: sinagogas, AMIA, Sociedad Hebraica, DAIA. Es que el Once es construido como un enclave para esta comunidad, es decir, un

⁵² S/A, 2011.

⁵³ Fernández Escudero, 2013.

⁵⁴ Ídem.

territorio que puede considerarse netamente judío dentro de la Ciudad de Buenos Aires, algo así como su tierra prometida. La colectividad judía tiene una relación de gran afecto con el Once ya que crecieron en el mismo y le aportaron parte de sus tradiciones y cultura que podemos ver reflejadas en teatros, periódicos y restaurantes así como en sus exponentes artísticos, escritores y cineastas que son elevados como símbolos funcionales a afianzar la pertenencia: “Además de la AMIA, las sinagogas, los templos, los clubes y los teatros sobre todo los fines de semana, se suele ver a las familias judías más religiosas paseando por estrechas veredas en busca de esos lugares donde comer aprobado por los rabinatos”.⁵⁵ Algunos de los representantes de esta comunidad que aparecen en las crónicas son Roberto Moldavsky y David Najman (ambos comerciantes que manejan negocios familiares); y Víctor Galerik y Alberto Brusilovsky, dirigentes de DAIA (Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas) y de la Sociedad Hebraica respectivamente. En cuanto a la relación de la colectividad israelita con otras comunidades, esta es mostrada como cordial y sus integrantes vistos como “buenas personas”, como lo afirma el comentario de Mirta Benique, dueña de un restaurante de comida peruana que aparece en la crónica “Once, una ciudad dentro de otra”: “Abrimos hace un año y trabajamos mucho con los peruanos y los argentinos; los judíos no vienen porque tienen sus propias comidas y costumbres; son gente buenísima”.⁵⁶ Sin embargo, el tener tradiciones culturales y gastronómicas tan particulares muchas veces influye en la interacción:

(Diálogo del cronista con José, un peruano inmigrante)

“- Los judíos me contuvieron, pues (...) me han invitado a sus casas, me han hablado del exilio, me entendieron cuando les hablaba de que me sentía discriminado, me han invitado a sus fiestas.

- ¿Fue?

- No, porque no me agradan los platos que preparan. Por eso, para no faltarles el respeto siempre evité ir.”⁵⁷

La representación de la comunidad judía como primera y tradicional es además elaborada como tal gracias a la llegada de nuevas comunidades al barrio que lo “coparon”⁵⁸. Veremos a continuación cuáles son estas “nuevas” comunidades.

⁵⁵ Blejman, 2004.

⁵⁶ S/A, 2011.

⁵⁷ Fernández Escudero, 2013.

⁵⁸ Ídem.

El Once peruano

Luego de la colectividad judía, los peruanos son quienes más protagonismo tienen en las crónicas. El pollo broaster, un afiche que anuncia el nuevo disco del grupo peruano Hnos Yaipén y hasta una galería donde todos los negocios (desde una agencia de turismo hasta una peluquería y un locutorio) están atendidos por y orientados a peruanos delatan su fuerte presencia en el barrio. Considerados como una comunidad “nueva”, los peruanos no gozan de tan buena fama como los judíos. Son nombrados como latinoamericanos, incas, andinos y hermanos peruanos indistintamente. Su llegada al Once data de la década de 1990 de la mano de la convertibilidad: “Mirta resume en un párrafo cómo los peruanos que llegaron en masa al país en las mieles del 1 a 1 terminaron por instalarse definitivamente.”⁵⁹ Se dedican fundamentalmente a la venta ambulante, también trabajan en talleres de confección, son empleados en distintos comercios y algunos son dueños de restaurantes de comida peruana. Son relacionados con la gastronomía, según algún cronista, “la mejor del mundo”⁶⁰, con la cumbia y también con los conflictos. Su caracterización es variada. Algunos son representados como sacrificados y trabajadores, “buscavidas”: “Sonia, una peruana que todas las noches monta su comercio callejero de ceviche en la esquina de Mitre y Pueyrredón, a 25 pesos el plato.”⁶¹ Otros están relacionados con distintos conflictos dentro del barrio. Conflictos que sobrevuelan todas las crónicas pero que difícilmente se explicitan: “Por cada lugar que recorro hay una crítica hacia los peruanos; un reproche triste, una intolerancia muy porteña que me rompe el alma y que acusa a estos caballeros que están ganándose el mango, como todos.”⁶² La mayoría de ellos son pintados como marginales y subordinados dentro de la jerarquía del barrio, hombres y mujeres tristes, sin esperanzas más que las de vivir día a día: “Sólo peruanos están sentados allí, cortando sus esperanzas de a poco, rogando que no sean canas azules lo que sale por atrás.”⁶³ . Algunos de los representantes de esta cultura son: Sonia, Mirta Benique, José, Marta y vendedores ambulantes anónimos. Todos son llamados por su nombre, sin cita su apellido (a excepción de Mirta Benique), lo cual los diferencia de quienes pertenecen a la comunidad judía que como dijimos antes son llamados por su nombre y apellido. Sonia vende ceviche en su puesto callejero, José tuvo varios trabajos: Empezó como ayudante en un taller de confección y llegó a ser corredor. Fue estafado por la policía y por mayoristas. Vendió mercadería en Pasteur y Perón. Dice tener una buena relación con la comunidad judía. Mirta Benique y Marta son dueñas de restaurantes de gastronomía peruana. Los vendedores ambulantes peruanos aparecen en casi todas las crónicas, como si fuera

⁵⁹ S/A, 2011.

⁶⁰ Cucurto, 2012.

⁶¹ S/A, 2011.

⁶² Cucurto, 2012.

⁶³ Blejman, 2004.

requisito fundamental para ser vendedor ambulante ser de esta nacionalidad. La excepción a esta regla es Marito, un vendedor ambulante argentino de incienso que aparece en la crónica “Bienvenidos a Once”, y los senegaleses que venden oro⁶⁴, aunque ellos tienen un rubro bien definido, distinto al de los vendedores peruanos. Por lo general, los vendedores ambulantes peruanos aparecen representados como conflictivos: “Todos quieren protagonismo, todos quieren una foto en la revista. Nos amenazan: Si no salimos los peruanos, los vamos a ir a buscar...”.⁶⁵ En todas las crónicas donde aparecen nombrados, a la par aparece un rumor de conflicto. La mayoría de las veces implícito, se habla de críticas, de reproches, de intolerancia. La única vez que el rumor se hace fuerte se habla de un problema por los lugares con los vendedores ambulantes que “agarran los mejores lugares (...) Y ponen a un familiar, a un amigo al lado y te van tirando cada vez más lejos de la zona de venta”.⁶⁶

Coreatown

Los coreanos llegan al Once en la década de 1980. Junto con los judíos, forman parte de las llamadas “comunidades tradicionales” del barrio. Fueron quienes incursionaron en esta zona que hasta ese momento era exclusivamente judía. Están ligados al área textil y de importación/exportación (esta última durante la década de 1990), de hecho, su llegada se debió a su capacidad económica que les permitió hacerse de negocios del barrio: “(...) llegaban desde Corea del Sur con dólares frescos y capacidad económica como para realquilar o comprar los locales de los vecinos en crisis.”⁶⁷ También poseen laveraps⁶⁸ y mercados. Más allá de ser una comunidad fuerte en la zona, su presencia en las crónicas está desdibujada. Más allá de “un señor mayor de origen coreano”⁶⁹ que saluda a una familia judía que cruza la calle en la crónica “Once, una ciudad dentro de otra”, no escuchamos de la comunidad coreana más que su silencio. Kyung, comerciante, es la única voz coreana representada: “Dice que se lleva muy bien con los peruanos y, sobre todo, con los argentinos judíos. Pero no le gustan los porteños”⁷⁰.

⁶⁴ En la crónica “Bienvenidos a Once” Mariano Blejman da por cierta la venta de oro por parte de los senegaleses. Nosotras, sin embargo, nos permitimos dudar: ¿Es realmente oro lo que venden? ¿O es tan sólo bijouterie?

⁶⁵ Cucurto, 2012.

⁶⁶ Ídem.

⁶⁷ Fernández Escudero, 2013.

⁶⁸ Aunque preferiríamos llamarlos lavaderos de ropa en nuestro trabajo, laveraps es el término utilizado por Blejman en la crónica “Bienvenidos a Once”.

⁶⁹ S/A, 2011.

⁷⁰ Ídem.

Ellos, los menos pensados

En la década del 2000 llegan ellos, “los inmigrantes menos pensados: los africanos.”⁷¹ Ilksie y Nakar son los dos senegaleses que aparecen en las crónicas. Ellos son representantes de tantos otros refugiados políticos que recalaron en el Once. Son representantes y a la vez son representativos porque en sus historias se esconden mil historias de quienes pasaron por lo mismo. Son caracterizados como buenos, callados, simpáticos, no molestan ni faltan el respeto a los demás. Así es descrito Ilksie por un farmacéutico de la zona cuya voz es recogida por el cronista: “Ilksie es refugiado político y sólo se junta con senegaleses que llegaron al país en su misma condición. Un farmacéutico que lo conoce nos dice que están protegidos por el Gobierno, no gastan nada, laburan y ahorran y mandan la guita para su país. No se juntan con nadie. Son muy buenos, no molestan ni le faltan el respeto a nadie. Ilksie tiene 18 años, habla sólo francés, pero se hace entender y tiene una sonrisa espectacular...”⁷². Por otro lado, se dice de Nakar, el otro senegalés que aparece en las crónicas, que “vende oro sobre la calle Corrientes, entre Pasteur y Azcuénaga porque hasta que pudo aprender a hablar algo de español, sólo le quedaba dedicarse a lo que sus amigos le ofrecían: vender oro. (...) Tiene un walkman enchufado a su cerebro donde oye música de su país natal. Entonces, su cabeza permanece en otro planeta.”⁷³ Vemos así que los inmigrantes africanos son representados como trabajadores y se resalta que sólo se juntan con otros africanos. Su mente está puesta en su país natal. Se dedican exclusivamente a la venta callejera de alhajas y relojes. A pesar de ser ambos del mismo país (Senegal), son nombrados tanto senegaleses como africanos o morochos. El cronista u otro personaje que aparece en las crónicas habla por ellos, no escuchamos en las crónicas su propia voz. Tal vez, como nos dice Cucurto, porque “no habla[n] una palabra de español”⁷⁴, tal vez porque “no quiere[n] hablar”⁷⁵ o, lo más probable, porque los cronistas no les brindaron la oportunidad de que cuenten su historia en primera persona, manteniéndolos apartados en su “otro planeta”.

Multiculturalidad en el Once: lo que se muestra y lo que se deja ver

En las distintas crónicas el Once es representado como un barrio vivo y dinámico. En parte, estas características se deben al recambio de las diferentes comunidades. Como comentamos anteriormente, existen ciertos lugares en los que predomina una u otra nacionalidad. Sin embargo, en este barrio en el que todavía impera el “espíritu de crisol de

⁷¹ Fernández Escudero, 2013.

⁷² Cucurto, 2012.

⁷³ Blejman, 2004.

⁷⁴ Cucurto, 2012.

⁷⁵ Ídem.

razas”⁷⁶, ¿existe interacción entre las distintas culturas que conviven? ¿Está interacción es pacífica o existen roces y conflictos? En el corpus encontramos distintos fragmentos que nos hablan sobre la coexistencia de las diversas nacionalidades en el Once pero también nos interesa lo que sus narraciones nos dejan ver. Esto último no siempre está explícito y sin embargo nos resulta sumamente revelador. Un testimonio en la crónica de Clara Fernández Escudero afirma que “La llegada de familias de inmigrantes - paraguayos, bolivianos, peruanos - que conviven con los judíos y los coreanos ‘le imprimió un nuevo significado, con una fuerza muy rica.’ Sin embargo, las prácticas culturales y gastronómicas propias, que se multiplican o subsisten, ‘no se mezclan’”⁷⁷ En este caso podemos ver una falsa convivencia entre quienes se entienden distintos. No hay ningún conflicto entre ellos simplemente porque se mantienen apartados, cada uno recluido en su grupo étnico. Esto se repite en varias crónicas, a quienes se les da voz afirman que tal o cual comunidad es buena, buenísima pero que no tienen relación con ella. A modo de ilustración, el testimonio de Mirta Benique, dueña de Leo’s, restaurante de comida peruana, presente en “Once, una ciudad dentro de otra”: “Abrimos hace un año y trabajamos mucho con los peruanos y los argentinos; los judíos no vienen porque tienen sus propias comidas y costumbres; son gente buenísima’ (...)”⁷⁸ A esta convivencia ausente, aporta el hecho de que haya zonas pseudo-delimitadas que pertenezcan a una u otra colectividad: “El único momento donde queda clara la convivencia de las comunidades es el domingo al mediodía: sólo quedan abiertos lugares para comer, sólo van a comer aquellos que trabajan como perros durante toda la semana. O aquellos que se toman la tranquilidad del barrio para encontrarse con los suyos. Pero los lugares también están escondidos: podría decirse que de calle Rivadavia hacia el sudeste es zona peruana y boliviana de bares, mientras que hacia el sudeste se encuentran los coreanos y sus consiguientes laveraps, aunque se distribuyen bien con los mercaditos.”⁷⁹ En este fragmento de Blejman, vemos cómo quiere dar cuenta de una convivencia que no es tal, comienza afirmando que el domingo al mediodía es el único día en el que podemos ver claramente la convivencia de las colectividades y sin embargo luego detalla dónde se encuentran los bares bolivianos y peruanos que es en una zona apartada de los coreanos, situación que dificulta la interacción y hace nula la convivencia. Otros cronistas ponen blanco sobre negro y van al quid de la cuestión: la convivencia entre las distintas comunidades se da no en sus momentos de recreación, donde cada uno se junta con los suyos, sino en el comercio: “Sirio-libaneses, judíos ashkenazys y sefarditas, armenios, turcos esmerlies, coreanos, chinos, peruanos, paraguayos, bolivianos y ahora

⁷⁶ Fernández Escudero, 2013.

⁷⁷ Ídem.

⁷⁸ S/A, 2011.

⁷⁹ Blejman, 2004.

brasileños disputándose la clientela (...)”⁸⁰ Es la razón por la que puede haber conflictos entre ellos: “(...) ‘Si se vende, la convivencia es genial. La mezcla de sangres enriquece.’”⁸¹ dice Roberto Moldavsky en “Once, de enclave judío a espacio multicultural” ¿Y si no se vende? Es allí por donde podemos aventurar que comenzaran los conflictos. En general, las comunidades respetan sus costumbres a pesar de no compartirlas. Así que por ese lado no podemos ver la chispa que encienda la pólvora. Simplemente se juntan entre “iguales”: “En el fondo de la galería, una peluquería atiende con fotos derruidas e invita a sentarse. Sólo peruanos están sentados allí, cortando sus esperanzas de a poco, rogando que no sean canas azules lo que sale por atrás. Los peruanos han recreado su mundo, amparados entre ellos. Hasta montaron estudios jurídicos donde asesoran ante problemas legales.”⁸² Además, la diferenciación de negocios por nacionalidades contribuye a que el conflicto nunca evolucione más allá de su fase latente. Relevando los personajes que aparecen en las crónicas, podemos ver que se dedican a diferentes oficios o profesiones dependiendo de su nacionalidad. Así, podemos ver que los miembros de la colectividad judía representados son comerciantes o tienen puestos jerárquicos en organizaciones judías; los peruanos son fundamentalmente vendedores ambulantes o empleados de distintos comercios y en contadas ocasiones, dueños de restaurantes de gastronomía peruana, mientras que los coreanos se dedican a lo textil, la importación/exportación (más en la década de 1990, ahora ya no tanto), los laveraps y los mercados. Por último, los inmigrantes menos pensados, los africanos, viven de la venta callejera de alhajas y relojes. De esta forma, a lo largo de las crónicas analizadas se sostiene implícita y recurrentemente que debe existir una estructura de interacción que permita sostener las relaciones entre comunidades étnicas de forma prolongada. Esta está compuesta por reglas donde la interacción se puede dar en ciertos dominios de lo social gracias a que los agentes están restringidos en los tipos de funciones – comerciales, culturales, sociales – que se les permite desempeñar en el barrio y en la compañía que pueden mantener. Así como también reglas que restringen el contacto en aquellos aspectos de la cultura donde existe la posible confrontación.⁸³ Pero esto de ninguna manera significa una falta de conflicto o una convivencia idílica como estas crónicas sostienen en su superficie. Finalizando el capítulo sobre el Once como barrio-migrante, cabe resaltar que en el corpus analizado no aparecen representadas dificultades, injusticias y situaciones que atraviesan los migrantes en general en las grandes ciudades contemporáneas, sino que las situaciones representadas aparecen diferenciadas por comunidad. Es que, en la Babel porteña, donde coinciden varias comunidades, “(...) donde

⁸⁰ Cohen, 2007.

⁸¹ Fernández Escudero, 2013.

⁸² Blejman, 2004.

⁸³ Cfr. Barth, 1969.

se hablan muchos idiomas y conviven muchas costumbres: gente, olores, dinero, sabores y soledades”⁸⁴ sus miembros se encuentran “juntos, pero no revueltos”.

⁸⁴ Blejman, 2004.

Parte 2. El Once como barrio marginal

“Once es como el paco, te pega con todo. Yo soy adicto al Once. El barrio te hace adicto; te revienta los sentidos.”

Washington Cucurto⁸⁵

La creencia de que el Once es un barrio marginal se entreteje en las diversas crónicas que conforman nuestro corpus. Comprendido entre los límites de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, muchas veces el Once es considerado como “una ciudad dentro de otra”, como se titula uno de los textos que trabajamos. Pero, ¿por qué el Once es adjetivado como marginal? ¿Cuáles son los imaginarios acerca del mismo que permiten que se construya tal representación? En este apartado reflexionaremos sobre distintos aspectos que aparecen en las crónicas de nuestro corpus. Espacios, negocios, personas que lo habitan y/o trabajan en el barrio, ilícitos y delitos. Algunos aspectos son más visibles, otros apenas se vislumbran. Todos colaboran igualmente en la construcción del imaginario: “El Once es un barrio marginal”.

Los espacios

Las notas periodísticas nos han acostumbrado a leer las zonas marginales como los espacios de la violencia y el crimen por excelencia. A lo largo de las distintas crónicas que conforman nuestro corpus podemos ver cómo los autores construyen ciertos lugares del Once como los más proclives a la delincuencia callejera y la marginalidad, como por ejemplo: “En las inmediaciones de la plaza Miserere, a pesar de las cámaras de seguridad y la frondosa iluminación, moran ‘los pirañitas’, como les dicen los peruanos a las bandas de chicos rateros”⁸⁶. Hay ciertos espacios que reiteran su presencia en varias de las crónicas: “La plaza (Miserere)”, “La estación” (se refieren a la estación de trenes Once de septiembre), “El paso a nivel” son lugares que se nombran repetidamente en las narraciones. Coincidimos con lo postulado por Barthes en “Semiología y urbanismo”⁸⁷ al sostener que el espacio urbano es significativo. Es decir, no interesa a nuestro análisis qué tan cercanas o lejanas de lo que puede llamarse “realidad” son las descripciones encontradas en las crónicas, sino cómo los espacios, en tanto construcciones

⁸⁵ Cucurto, 2012. Vale recordar, ante la inclusión de Cucurto en el corpus, que su obra refiere mayormente a las minorías y a los marginales. Entre sus libros, pueden mencionarse Zelarayán (1998), La Máquina de hacer paraguayitos (1999) y El curandero del amor (2006) Además es el fundador y referente principal de la editorial de elaboración artesanal Eloísa Cartonera.

⁸⁶ S/A, 2011.

⁸⁷ Barthes, 1985.

inevitablemente significantes, adquieren una forma determinada desde la mirada de los cronistas. De esta manera, a través de algunas citas veremos cómo son descritos los espacios para poder deducir cómo son construidos en los textos. En la crónica publicada en *La Nación* "Once, una ciudad dentro de otra", el autor (anónimo) nos cuenta: "Los alrededores de la estación son un hueco receptivo de espíritus opacos de cerveza y paco, gente puesta a sobrevivir en la calle, prostitutas que trabajan mal en la plaza, malandras fracasados y trabajadores fatigados que prefieren perder el tren."⁸⁸ Esta crónica expone testimonios de distintos "personajes" que habitan el barrio tanto de día como de noche planteando diferencias según el horario en que se recorra esta zona de la Ciudad de Buenos Aires. En sus líneas, híbridas de periodismo y literatura, deja entrever ciertos juicios de valor acorde a la línea editorial del diario en el que fue publicada. Otro de los espacios recuperados por excelencia en las crónicas es, como dijimos antes, "la plaza": "De Corrientes para Rivadavia es un Once: cosas más baratas, populoso. **La plaza condiciona.** Hay que ser guapo para ir. Del otro lado (Rivadavia, Pueyrredón, Córdoba y Pasteur) es más concheto. Más 'Once Hollywood'"⁸⁹. Algunos edificios son tomados como sinécdoques del barrio y utilizados para describir su deterioro luego de un pasado prometedor. Esto lo podemos ver en fragmentos como: "Liliana y Néstor Ledezma viven en Perón al 3000. El edificio, estilo antigua vivienda colectiva, podría ser una joya en otro barrio"⁹⁰, u otros como: "Ese es el contexto para alojarse en el Hotel Once (sobre Rivadavia, frente al Centro de Jubilados), un arruinado albergue que presume de un pasado ampuloso..."⁹¹ de "Bienvenidos a Once", o en esta cita del texto de Cristian Mitelman, "Miserere": "*La Rioja* 217. Me encontré frente a un edificio de dos pisos con el aspecto de esas barcazas abandonadas en el Riachuelo. La puerta (casi una tapia) estaba abierta (...) La escalera de mármol sucio, indicaba que en otros tiempos el edificio había sido pensado para familias acomodadas. La historia se encargó de mostrar lo contrario..."⁹². Estos ejemplos que rondan entre la nostalgia y el directo rechazo funcionan al mismo tiempo distinguiendo estos espacios urbanos particulares de otros y estableciendo su relación de marginalidad con lo que los rodea, pues para los cronistas citados todo lo que el Once toca está destinado a la marginalidad, incluso aquellos edificios que podrían ser "una joya en otro barrio". Esta misma operación la encontramos en algunos de los negocios que también son construidos en el relato como marginales. Como vimos anteriormente, hay ciertas zonas donde los

⁸⁸ S/A, 2011.

⁸⁹ Fernández Escudero, 2013. El subrayado es nuestro, de esta manera queremos resaltar cómo en el fragmento expuesto es utilizado el término plaza como referencia.

⁹⁰ S/A, 2011.

⁹¹ Blejman, 2004.

⁹² Mitelman, 2007. Cristian Mitelman es profesor de Letras Clásicas por la Universidad de Buenos Aires. Publicó dos obras: *Libro de mapas y de símbolos* (Poesía, 1999) y *Villa Medea* (Cuentos, 2007). Algunos de sus textos aparecieron en *Puro Cuento*, *La Prensa*, *Proa* y *Prisma*.

negocios son representados como de menor calidad, improvisados o con peor ambiente desde el punto de vista de los cronistas, dependiendo de qué lado de “la plaza” se ubiquen. También son indicios de cómo son sus dueños, clientes o quienes trabajan en ellos: “En el fondo de la galería, una peluquería atiende con fotos derruidas e invita a sentarse (...) Un grupito de manos tristes juntan unos platos de arroz y comen en las cabinas de unos locutorios de madera que venden la tarjeta La Peruanita, una versión de la Hable Más, que por cinco pesos comunica con Perú y ¡hablás más!”⁹³ También en ciertas narraciones se desliza como al pasar algunas descripciones que buscan dar cuenta del ambiente del Once: (...) “antes de bajar la persiana, se puso a discutir con el vendedor de falafel de al lado, **cuyo quiosco es una mugre con olores succulentos** (...) Enfrente, en la acera de un local largo, azulado como un corredor de hospital, **bolsas de basura mal anudadas** derraman un tapiz de pasto sintético para pesebres, esto en pleno mayo”⁹⁴. Estas maneras de contar al barrio y a las historias que suceden en él colaboran en la atmósfera de marginalidad que se va creando alrededor del Once: “El dolor más permanente del Once atisba en las pensiones de empapelado sofocante, en el humo y el frío de las parrillas de paso, en esas persianas eternamente torcidas, en la ansiedad de la mano que palpa las pocas monedas del bolsillo, en la grasa aglomerada en refrigeradores achacosos, y cobra cuerpo en la fatiga nerviosa del paso de la muchedumbre”⁹⁵. Todo esto, sumado a las atribuciones que se les hace a quienes habitan y transitan el barrio diariamente, ayuda a tejer los imaginarios alrededor del Once que nos habla de él como un barrio marginal, donde moran la delincuencia y la informalidad.⁹⁶ Más adelante nos expandiremos sobre estos dos puntos.

Las personas

Ligado fuertemente con los espacios del Once que se recuperan en las crónicas, se encuentran las personas que los habitan. Sostendremos que al construir lugares se construye a las personas que por ellos transitan diariamente, quienes pertenecen al universo narrado. Así vamos viendo cómo “la estación” es recorrida por “criaturas de la noche” y un “enjambre de viajeros”, o cómo la calle “explota de piratas copiones” y

⁹³ Blejman, 2004.

⁹⁴ Cohen, 2007. El subrayado es nuestro.

⁹⁵ Cohen, 2007.

⁹⁶ En “Textos Fronterizos. La crónica una escritura a la intemperie”, Rossana Reguillo afirma al hablar a propósito de este género que “hay realidades que no se dejan contar más que a través de ese lenguaje cotidiano en el que se ha convertido la crónica, al oponerle al discurso oficial unos relatos polifónicos (...) Mientras que los discursos tradicionales buscan reducir la complejidad del mundo sometiendo los lenguajes irruptivos a una tipificación normalizada, la crónica busca abrirse a esa complejidad (...)”. Sin embargo, en el apartado “Los espacios”, podemos ver cómo muchas veces se recurren a los imaginarios que rondan a la sociedad para describir al Once cayendo en el típico estereotipo de barrio-marginal sin dar lugar a estos “relatos polifónicos” que podrían dar cuenta de otra realidad.

alrededor de “la plaza” rodeada de cámaras de seguridad “morán los pirañitas”. Anteriormente, en el apartado sobre el Once como barrio-migrante, recuperamos las caracterizaciones sobre las distintas comunidades que habitan el barrio. En esta oportunidad, nos interesa destacar por sobre otros protagonistas de las crónicas a aquellos que son descritos como personajes marginales dentro de nuestro corpus. En general esta marginalidad se desprende del nivel socioeconómico de las personas que aparecen retratadas en las crónicas pero también dentro de un mismo nivel socioeconómico se trata de marginal a otro ya sea por su trabajo, vestimenta o adicciones. Es esto a lo que decidimos llamar “marginalidad dentro de la marginalidad”. Esto lo vemos cuando, por ejemplo, el cronista de “Once: una ciudad dentro de otra” enumera a las “...prostitutas que trabajan mal en la plaza, malandras fracasados y trabajadores fatigados que prefieren perder el tren”⁹⁷. La adjetivación utilizada en este caso nos dice mucho de la manera que se representa o construye a las personas que deambulan por el Once. En este sentido, nos interesa sobremanera el uso de estereotipos que se realiza en las crónicas. Según Graciela Falbo, es un rol imprescindible del cronista el de “...rescatar la palabra devaluada por la lógica del relato que uniforma y refuerza de este modo la exclusión, ya que fortalecer estereotipos es, en forma implícita, una negativa al diálogo, al debate, a la interrogación, a la escucha”⁹⁸. Si bien en ocasiones los cronistas dan voz a los que no la tienen – como a los vendedores del mercado–, no podemos afirmar que por medio de estas voces se esté realizando una representación alternativa de la marginalidad. La reducción de grupos étnicos o socioeconómicos a estereotipos afirma y refuerza simplificaciones asumidas como verdaderas por el sentido común e impide modos alternativos de describir y conocer a quienes son ubicados del lado de lo marginal. Sobre todo en la construcción de la noche en el Once caen en estereotipos sobre el delito, las víctimas y los victimarios que reducen la complejidad de los sujetos. Si bien los autores presentan por momentos una cosmovisión que va más allá de lo reproducido por la cultura dominante, las crónicas en general construyen a las subjetividades y espacios urbanos desde la mirada del discurso dominante. Esta condición paradójica es descrita por Alicia Montes cuando sostiene que los procedimientos de escritura de las crónicas urbanas pueden ser “unas veces literariamente contestatarios y otras, legitimadores de lo dado e inscriptos en la lógica de la cultura de masas y el mercado”⁹⁹. Incluir las voces de determinados sujetos no significa de ninguna manera “dar la voz a aquellos que no la tienen”, una de las funciones de la crónica urbana. Este dar a conocer la voz de un otro tiene que ver con mostrar qué expectativas podemos tener de esta persona. Por ejemplo: “Estás hablando con el Señor Once... ¿qué querés

⁹⁷ S/A, 2011.

⁹⁸ Falbo, 2007.

⁹⁹ Montes, 2009.

saber, amigo? Yo te llevo...”¹⁰⁰. La utilización del vocablo “amigo” nos está hablando de una persona a la cual desde el sentido común se la puede catalogar como “peligrosa” si tenemos en cuenta a los imaginarios y estereotipos que circulan en los medios masivos. Por si quedaba alguna duda, el cronista continúa su relato de esta manera: “Así empieza la recorrida nocturna de *La Nación*. Un ofrecimiento tentador, pero peligroso”¹⁰¹. El espacio urbano pasa a ser amenazante al estar sometido a la presencia de estos personajes nocturnos: “El túnel despejado, envuelto en hedor a orina. ‘El paso a nivel de la calle Ecuador, acá a 100 metros, está cerrado desde hace años después de que violaron a una chica’, comenta Roberto Enríquez. Unos pilotes clausuran la entrada, donde hay un sillón y una mesa. De la oscuridad más negra de esa cueva urbana surgen las voces underground del barrio”¹⁰². Esta forma de descripción del espacio se corresponde con el miedo a la inseguridad comprendida desde la mirada del sentido común y la necesidad de construir límites fronterizos con un “otro”. En el libro *Constructores de otredad*, Mauricio Boivin, Ana Rosato y Victoria Arribas plantean tres modelos claves a partir de los cuales se explicó a través de la historia de la antropología el proceso de construcción del “otro”: el modelo de la diferencia, el de la diversidad y el de la desigualdad. Según estos autores, “cada teoría o explicación formulada (...) se impuso como parte del sentido común, pasó a formar parte de lo “imaginario” colectivo en algunos sectores de nuestra sociedad, se impuso como “modelo” presente en la explicación desde el sentido común. Algunas de esas teorías o algunos aspectos de las mismas se constituyeron en modelos sobre la alteridad, lo distinto. Esos modelos tienen la fuerza de las “clasificaciones”, no son ideas o representaciones que están solo en nuestras cabezas o en la cabeza de la gente, sino que sirvieron como “vehículos” para la interacción, para las prácticas que desarrollamos para la comunicación, para marcar anticipadamente una relación entre “nosotros y los otros”¹⁰³. Esta relación que establecemos puede variar de acuerdo a la construcción del “otro” que hagamos. Boivin, Rosato y Arribas citan en este contexto a Edmund Leach, antropólogo inglés, quien plantea que en esta construcción del nosotros y de los otros atribuimos ciertas cualidades ya a unos o a otros de acuerdo a su proximidad o lejanía respecto a nosotros mismos. Leach propone un “otro” lejano y por eso mismo benigno y un “otro” cercano y predecible. Pero entre estos dos tipos de “otro” inofensivos (uno por lejano y otro por predecible) existe una tercera categoría: el “otro” cercano incierto. Según Leach, este “otro” que construimos “despierta un tipo de emoción totalmente distinta. (...) Todo aquello que está en mi entorno inmediato y

¹⁰⁰ S/A, 2011.

¹⁰¹ Ídem.

¹⁰² Ídem.

¹⁰³ Boivin, Rosato y Arribas, 2007.

fuera de mi control se convierte inmediatamente en un germen de temor”¹⁰⁴. La hipótesis del antropólogo inglés se aplica totalmente al corpus analizado. Consideramos que el cronista de “Once: una ciudad dentro de otra” construye un “otro” desde su mirada a quien atribuye el rol de lo amenazante y peligroso. Esta amenaza efectuada por el “otro” se corresponde con ciertos imaginarios contruidos en gran parte por los medios de comunicación dominantes y que acercan a esta crónica a la nota roja: la violencia callejera como forma predominante del delito, el peligro como azaroso, la noche como el momento de mayor riesgo de ser víctimas y los excluidos sociales como los victimarios¹⁰⁵. Todos estos imaginarios generan una sensación de vulnerabilidad en la colectividad del Once representada en las crónicas. Dicha vulnerabilidad es ilustrada a través de la inclusión de testimonios de lo que en las notas periodísticas suele construirse como “los vecinos”. Los “otros” vistos como peligrosos y “los vecinos” conviven en el espacio urbano y es esa convivencia la que genera tensiones. Ante la carencia de límites geográficos aparecen las construcciones de límites invisibles frente a los “otros” que resultan en la estigmatización. Aquellos que siguen otras líneas que no son las marcadas por los grupos dominantes son considerados, en términos de Erving Goffman¹⁰⁶, como estigmatizados. Los estigmas surgen cuando se naturalizan ciertas expectativas sobre las formas de actuar que supuestamente tendrán los miembros de ciertas categorías. Estas expectativas son las que nos hacen tomar recaudos hacia los individuos que consideramos peligrosos. De esta manera, el cronista nos está presentando una situación que repite la lectura de las zonas marginales como lugares donde se viven el miedo y la violencia. Bajo esta construcción, el Once es definido también como la naturalización de “lo peligroso” desde las voces dominantes. En cuanto a la marginalidad, esta es sacada a luz también mediante la importancia de la enunciación de la ocupación de quienes transitan por el barrio: “Villeros. Empleados administrativos. Desocupados periféricos. Emigrantes. Tropa multitudinaria del trabajo en negro, algunos incluso en la confección. Uno que otro diler¹⁰⁷; pungas también y charlatanes. No tienen grandes miedos, y andan con el deseo solo a medias gastado”¹⁰⁸. Como podemos ver, algunas de los trabajos nombrados son dentro del marco de la ley y

¹⁰⁴ Leach, 1967 en Boivin, Rosato y Arribas, 2007.

¹⁰⁵ Según Alicia Montes, la crónica urbana, al ser pensada como un intersticio, “un lugar entre”, brindaría justamente una manera alternativa de “representar la alteridad sin caer en la simplificación y los lugares comunes”; entonces estos textos son “espacios privilegiados para provocar la emergencia de aquellos relatos invisibles en el discurso dominante o invisibilizados por aquellos sistemas de representación que deciden escamotearlos.” Por lo dicho anteriormente, claramente este no es el caso de la crónica “Once, una ciudad dentro de otra”.

¹⁰⁶ Goffman, 1963.

¹⁰⁷ El término *diler* está tomado textual de la crónica. Pareciera ser que el autor quiso castellanizar el vocablo inglés *dealer*, sin embargo, damos fe que la palabra *diler* no figura en el diccionario de la Real Academia Española.

¹⁰⁸ Cohen, 2007.

otros no. Sin embargo, lo que importa es lo que tienen en común que es ser profesiones consideradas socialmente como marginales. También se pone el foco de atención en la forma de vestirse: “(...) muchos vaqueros sucios y ostentosas zapatillas descosidas...”¹⁰⁹, o en las adicciones de quienes son etiquetados como personajes marginales: “En la puerta del edificio había un muchacho con una botella de cerveza. Se hizo el dormido o no quiso correrse ni un milímetro”¹¹⁰. Recapitulando, entonces, las principales características con las que los cronistas construyen a los “marginales” son el consumo de alcohol y drogas, su manera de hablar y de vestirse y sus oficios. La cercanía con ciertos sectores marginales de la sociedad presenta un riesgo para los cronistas. Como explica Pereyra en “Cartografías del delito”, “La geografía de la ciudad se construye con el miedo, actuando como un operador simbólico que organiza los usos de los espacios y que regula las relaciones con las autoridades. Encarnado en determinados colectivos sociales y territorios, el miedo se transforma en una verdadera epidemia que altera la socialidad e instituye nuevos pactos de coexistencia atravesados por una tensión permanente”¹¹¹. De esta manera, el miedo a lo inseguro relacionado con la cercanía y lo incierto les atribuye a ciertos espacios urbanos el carácter de peligrosos. Este es el caso del barrio de Once construido en las crónicas. La cercanía con los “otros” vista como inseguridad fomenta la estigmatización de los sectores marginados. El miedo, como dice Pereyra, actúa como fuente para construir una distancia física y social entre las clases. Cuando la distancia física es vulnerada, es necesario construir límites invisibles frente a los “otros”, que quedan, de esta manera, estigmatizados. Así, frente a la amenaza del “otro”, no queda más que resguardarse: “(...) por las noches y los domingos la compulsión de los más acomodados del barrio a resguardarse en espacios alejados, seguros, deja este mundo secular desierto, paralizado, presa de un aire ominoso”¹¹². Los imaginarios sociales funcionan en la forma en que un grupo social construye el sentido común en un momento determinado, genera la adhesión a un sistema de valores que son naturalizados e interiorizados y distribuye posiciones dentro de un orden social. Es por esto que la construcción de imaginarios es de gran importancia en el análisis de estas crónicas urbanas. A partir de la presencia de ciertos estereotipos utilizados por los cronistas, al describir a las personas que protagonizan sus relatos, hemos ido desentrañando los imaginarios que operan conformando el sentido común sobre el cual se sostienen. Estas descripciones sólo pueden ser comprendidas a fondo si descubrimos aquellos imaginarios que están en juego en su discurso y que, al mismo tiempo, funcionan como justificativo del mismo. El trabajo de análisis de los imaginarios sociales no es menor

¹⁰⁹ Ídem.

¹¹⁰ Mitelman, 2007.

¹¹¹ Pereyra, 2009.

¹¹² Cohen, 2007.

ya que los imaginarios no sólo sirven para incluir y excluir a los demás, sino que también funcionan como mecanismos de legitimación del orden social.

El Once, de día y de noche

En las crónicas que conforman nuestro corpus, el Once es descrito de distintas maneras según el momento del día en que es recorrido. Por lo general, las mañanas son asociadas al trajín de quienes llegan desde el Oeste a la ciudad ya sea a través del tren como de micros y combis: “Por la mañana los trenes descargan incontables cuerpos, como una animal que estuviera regurgitando su alimento en la boca misma de la ciudad. Son los que vienen del Oeste”¹¹³, “También llegan los trenes, los camiones y las vans en que viajan ilegales hacia Morón y Moreno”¹¹⁴. Las tardes son asociadas puramente al frenesí comercial que de lunes a viernes predomina en las calles del Once: “Esta tarde, el barrio simplemente explota. Explota de vendedores ambulantes; explota de piratas copiones, de pungas, de telas colorinches, de baratijas inimaginadas, pero muchas veces soñadas. ¡Explota!”¹¹⁵ Tal ligazón existe entre la presencia multitudinaria en el barrio y todo lo relacionado a la actividad comercial que “(...) por las noches y los domingos la compulsión de los más acomodados del barrio a resguardarse en espacios alejados, seguros, deja este mundo secular desierto, paralizado, presa de un aire ominoso.” Es que a partir de la construcción de estas crónicas el Once parece ir variando su fisonomía según el momento del día en que se lo visite. Hacia las seis de la tarde el barrio parece retomar su fachada matutina, cuando todos aquellos que ingresaron a través de él a la ciudad, retornan a sus hogares: “Entonces su primo local decide llevarlo a dar una vuelta por el Once, por la estación de trenes y sus oscuros pasadizos a las seis de la tarde, cuando todos se vuelven para el lejano Oeste, donde (dicen) está el agite.”¹¹⁶ Ya hacia las ocho de la noche, en la descripción del barrio el espacio urbano pasa de ser el ajetreo del mercado y la fusión cultural a sinónimo de peligro: “Cruzar a pie por el túnel que pasa bajo las vías del Ferrocarril Sarmiento por la calle Jean Jaurès, que comunica con la desaparecida calle Mitre (sepultada por las ruinas de Cromañón), puede acarrear serios problemas, advierte Lilliana.”¹¹⁷ El territorio entonces pasa de ser llamado “la tierra prometida” a una “zona hostil”, la “cueva urbana”, “un hueco”. Y los actores pasan de ser una “comunidad” a “criaturas de la noche”, “voces del underground” y “espíritus opacos de cerveza y paco”. Las voces de los protagonistas que son tomadas como testimonios de esta situación lo afirman

¹¹³ Mitelman, 2007.

¹¹⁴ Blejman, 2004.

¹¹⁵ Cucurto, 2012.

¹¹⁶ Blejman, 2004.

¹¹⁷ S/A, 2011.

sin mucho preámbulo: “-Un desastre - ”¹¹⁸ responde Sonia, la dueña de un puesto de ceviche en Plaza Miserere ante la consulta del cronista de cómo es Once de noche. “El barrio está muy bravo; después de las 22 tenés que cuidarte mucho y es un basural; es como una zona olvidada de la ciudad”¹¹⁹, cuenta Liliana, una vecina del barrio ante la misma pregunta. Retomando ciertas cuestiones ya abordadas, a través de estas descripciones y testimonios, el Once es construido como un espacio ideal para la actividad comercial durante el día, puerta de acceso a la ciudad a la mañana como por la tarde, pero un lugar del que hay que huir o resguardarse luego de las siete u ocho de la noche ya que el peligro puede acechar en cualquiera de sus esquinas. De esta forma, tal como hemos afirmado anteriormente, los espacios del Once son construidos socialmente. Los cronistas construyen los espacios, lo que dota al Once y sus habitantes de identidad.

El Once en los sentidos

Muchas de las descripciones que colaboran en la construcción del Once como un barrio marginal están relacionadas con los sentidos. Por lo general, en las crónicas urbanas contamos con su presencia ya que uno de sus objetivos es el transmitir vivencias y delinear de manera realista distintas situaciones. Sin embargo, también podemos suponer que en este caso al estar construyendo una imagen marginal del barrio figuran los sentidos ya que lo corporal predomina por sobre otros aspectos. Así, en una de las crónicas, al hablar del Once se da cuenta de la “(...) simple tendencia al amuchamiento, a la promiscua dependencia mutua. (...) espacio atiborrado, activo, que niega la infausta, inflexible división burguesa entre relaciones cara a cara en ámbitos cerrados e intercambio expuesto y mudo en el lugar público.” De esta forma se crea cierta atmósfera de pesadez, incomodidad y encierro que no podría darse sin apelar a los sentidos y que operan por oposición al ideal burgués de orden. No sólo el tacto está presente sino que los autores también toman como recurso a los sentidos del olfato, la vista y el oído. Así, en un recorrido nocturno por el barrio podemos leer que “perturba el crujido de unas puertas de madera que amenazan con abrirse en una vivienda antigua de dos pisos”¹²⁰ o que el túnel por el que están a punto de cruzar está “envuelto en hedor a orina.”¹²¹ Siguiendo con la descripción de la zona en la crónica publicada en *La Nación* se comenta que luego de la violación de una chica se cerró el paso a nivel de la calle Ecuador. Al pasar por allí el autor narra: “De la **oscuridad más**

¹¹⁸ Ídem.

¹¹⁹ Ídem.

¹²⁰ Ídem.

¹²¹ Ídem.

negra de esa **cueva urbana** surgen las voces underground del barrio.”¹²² Podemos ver cómo en esa adjetivación nada ingenua se construye una imagen de quienes habitan en esa “cueva” en plena oscuridad. Pero, para no ser tan crueles con aquellos que viven en esas condiciones, el cronista tiene el cuidado de no llamarlos “marginales” sino “underground” - a su vez consideramos que esta denominación es una forma de alejamiento con el objeto que se está juzgando -. En cuanto a los sonidos, otros que se hacen presentes en la crónica de Cucurto son los tiros: “Se escuchan unos tiros y con Martín corremos hacia el grado de acción, pero todo se diluye rápidamente, no conseguimos ver nada y quedamos envueltos en la ola de gente caminando.”¹²³ Aromas, sonidos y texturas se suman para dar cuenta del desorden del Once en “Consolación por la baratija”: “(...) en la acera de un local largo, azulado como un corredor de hospital, bolsas de basura mal anudadas derraman un tapiz de pasto sintético para pesebres, esto en pleno mayo”¹²⁴. Esto ayuda al lector de las crónicas a “hacerse una postal” más completa del lugar y a su vez dirige su apreciación hacia una zona ideológica determinada: el Once es un barrio marginal y como tal quienes lo habitan y recorren son seres marginales.

Fuera de la ley

Al trabajar el tópico “El Once como barrio marginal”, no podemos dejar de comentar las representaciones que figuran en las crónicas sobre aquellos que viven al margen de la ley. Robos, vendedores ambulantes, venta de imitaciones, arrebatos, transportes no habilitados, drogas y prostitución van apareciendo en las crónicas que conforman nuestro corpus. A veces las acusaciones son explícitas, pero en otras ocasiones se deja al lector la tarea de asignar sospecha a las actividades que ocurren en el barrio. Por ejemplo, en “Bienvenidos al Once” podemos leer: “El brasileño de Viamonte y Uriburu, en cambio, está todo el día sentado en la puerta de un locutorio. **Nadie sabe bien a qué se dedica**, pero ya se hizo amigo de Coco, el quiosquero que durante las noches permanece abierto y oficia de guardarropas de Angelís...”¹²⁵ Sostendremos que el especial énfasis que se hace en algunas de las crónicas analizadas a determinados ilegalismos en el Once opera a varios niveles que son complementarios entre sí. Por un lado funcionan construyendo una “narrativa del miedo”¹²⁶. Ésta opera por medio de la representación de peligro permanente

¹²² Ídem. El subrayado es nuestro. Decidimos resaltar los términos elegidos para describir al espacio habitado por personas sin hogar.

¹²³ Cucurto, 2012.

¹²⁴ Cohen, 2007.

¹²⁵ Blejman, 2004. El subrayado es nuestro. Resaltamos la frase a partir de la que se infiere cierta sospecha sobre el individuo en cuestión.

¹²⁶ Martini y Pereyra, 2009.

y azaroso que acecharía a “los vecinos” del barrio. Cuando hablamos de “los vecinos” nos referimos a un sujeto social construido en el discurso. Lo podemos ver en la recuperación de sus voces, con uno de los ejemplos que ya hemos mencionado: “El barrio está muy bravo; después de las 22 tenés que cuidarte mucho y es un basural; es como una zona olvidada de la ciudad’, dice Liliana”¹²⁷. Como género camaleónico, la crónica urbana toma el recurso de recoger los testimonios de “los vecinos” de la nota roja, donde estos funcionan como una manera de legitimar lo dicho por la línea editorial del medio gráfico y agitar una cuerda emotiva que se contrapone a un debate racional sobre las problemáticas tratadas. Un claro ejemplo de esto lo encontramos en la crónica “El barrio donde todo tiene precio” donde el autor afirma: “Aunque más de una vez escuchaste frases como ésta: ‘Si vas para Once, agarrá bien la cartera y cuidate de los pungas’, vos entregate.”¹²⁸. En este enunciado el autor no busca representar una voz en particular, sino que en la advertencia “agarrá bien la cartera y cuidate de los pungas” está representada la voz del sentido común sobre la cual funciona el imaginario de peligro permanente y aleatorio. Este enunciado podría salir de la boca de cualquiera de “los vecinos” tal como son construidos en los medios masivos de comunicación. De esta manera, nos encontramos ante un relato verosímil en relación con los imaginarios del sentido común. Al construir la figura discursiva de “los vecinos” se está construyendo a su vez a aquellos “otros” que irrumpen en la cotidianidad y en los espacios tanto físicos como simbólicos. Marcelo Pereyra, en “Cartografías del delito: territorios del miedo”, explica cómo “la modernidad estableció en la urbe sus zonas claras de lo alto y de lo bajo, de lo limpio y de lo sucio y, aunque estas zonas aún existen, superpobladas, la violencia contemporánea desestabiliza todos los márgenes, penetrando y desdibujando zonas...”¹²⁹. Como hemos afirmado previamente, el desdibujamiento de fronteras físicas entre “los vecinos” y aquellos “otros” amenazantes implica la formación de fronteras imaginarias. En un segundo nivel, varios de los enunciados de nuestro corpus confunden ilegalismos con delitos y muchas veces marginalidad con delincuencia. Esto conlleva a la criminalización de aquellos “otros” amenazantes, lo que se suma a la exclusión de amplios sectores de la población. Respecto de esta cuestión, Pereyra les dedica un apartado a las ilegalidades y, refiriéndose a la prostitución, cuenta que: “(...) los medios tienden a asociar la prostitución con distintas formas más delictivas, a pesar de que su ofrecimiento callejero está reglamentado por el Código de Convivencia Urbana (CCU), y por tanto una infracción a ese código es una contravención y no un delito.”¹³⁰ En su crónica, Cucurto recurre múltiples veces a la enumeración para describir al barrio y, en uno de sus enunciados, sostiene: “(El

¹²⁷ S/A, 2011.

¹²⁸ Cucurto, 2012

¹²⁹ Martini y Pereyra, 2009.

¹³⁰ Ídem.

Once) Explota de vendedores ambulantes; explota de piratas copiones, de pungas, de telas colorinches, de baratijas inimaginadas, pero muchas veces soñada”¹³¹. Por su parte, Cohen también recurre al recurso de la enumeración para construir un cuadro del momento en que cientos de personas abandonan el barrio al atardecer: “Villeros. Empleados administrativos. Desocupados periféricos. Emigrantes. Tropa multitudinaria del trabajo en negro, algunos incluso en la confección. Uno que otro diler; pungas también, y charlatanes. No tienen grandes miedos, y andan con el deseo sólo a medias gastado”¹³². Sostenemos que enunciados como estos colocan a varios sujetos diferentes entre sí bajo un mismo manto de representaciones. De esta forma, la complejidad de sujetos y situaciones es reducida, asociando vendedores ambulantes, trabajadores y desempleados que sufren de la injusticia social y prostitutas con delincuentes. Estas caracterizaciones propias de las narrativas del miedo operan en la construcción y afirmación de los imaginarios de peligro y amenaza que trazan fronteras entre “lo alto” y “lo bajo”. Dedicaremos una sección aparte al comercio en el barrio del Once¹³³, pero vale la pena señalar el uso que encontramos en las crónicas de la venta de imitaciones y la venta ambulante en la construcción de lo marginal. Cucurto escribe: “En la esquina de Mitre, frente a la Recova, pegamos onda con los buscas que ofrecen sus termos, sus jarras y tappers de plástico. Muchachos como nosotros que están ahí ganándose el mango. Pero tienen algo que los distingue del resto del mundo. Llevan el rencor y la alegría a flor de piel.”¹³⁴ Blejman, por su parte, señala: “Hay un argentino que se llama Marito que vende incienso fuerte (de esos gorditos que tienen un nombre raro) con forma de habano. '¿Se fuman?', pregunta algún paseante. 'Sí, se pueden fumar. Pero no pegan', confía Marito. '¿Vos estás siempre acá?' 'A veces acá, otras más allá y otras estoy en cana.' Porque viene la policía a realizar controles incontrolables y se lo lleva”¹³⁵. En su texto Cohen describe al ajetreo diario del barrio como “el emporio de la imitación empeorada”¹³⁶ y más adelante enumera: “Agencias de envío de dinero, reventa de celulares usados, sótanos donde cúmulos de billeteras robadas esperan reconocimiento cinco metros por debajo de un tul de olor a varéniques, choripán, arenque encebollado...”¹³⁷. Como vemos el comercio del barrio es puesto en relación con lo que está por fuera de la ley. Dichas representaciones parecerían sumarse a las variables del comercio llevado adelante en el Once con el mercado alejado de los modos dominantes de compra y venta de mercaderías, es decir, los modos racionales impuestos por el mercado

¹³¹ Cucurto, 2012.

¹³² Cohen, 2007.

¹³³ Nos referimos a "El Once como barrio-mercado".

¹³⁴ Cucurto, 2012.

¹³⁵ Blejman, 2004.

¹³⁶ Cohen, 2007.

¹³⁷ Ídem.

moderno burgués. En el apartado donde nos ocuparemos del Once como barrio-mercado ahondaremos más sobre este tema. Por ahora deseamos señalar la importancia de estos imaginarios a la hora de trazar límites imaginarios entre sujetos que conviven en un mismo espacio urbano, así como entre lectores y sujetos representados. Porque si bien en ocasiones los cronistas aparentan un acercamiento al universo que es el Once, como cuando Cucurto afirma que los buscas son “muchachos como nosotros que están ahí ganándose el mango”¹³⁸, esta fachada queda descubierta como tal al realizar nuestro análisis. Incluso Cucurto, unas líneas más adelante, advierte “...nos sacamos infinidad de fotos con nuestros buscas amigos de la esquina de Mitre y Pueyrredón. Posamos todos juntos y nos rajamos. Con Nacho, ya comenzamos a desconfiar de todos”¹³⁹. Estas narrativas del miedo se contraponen radicalmente con la afirmación de Alicia Montes quien señala que la crónica urbana “...lucha contra las narrativas fantasmagóricas que tienen como finalidad generar el imaginario del miedo, la vulnerabilidad y la indefensión, en el ciudadano común frente a lo que vive como radicalmente otro, proponiendo otras representaciones sociales y culturales a partir de las cuales pueda constituirse una memoria colectiva diferente”¹⁴⁰. Afirmaremos que la reducción del Once y los sujetos que lo habitan y transitan a diario a las representaciones mencionadas, al contrario de lo propuesto por Alicia Montes, impide problematizar la complejidad de lo social. El miedo, la sensación de indefensión, el peligro permanente, los testimonios emocionales cierran la posibilidad de la multiplicidad de voces representadas y del debate. Si, como sostiene Alicia Montes, consideramos a la crónica urbana como una manera de testimoniar la realidad social contemporánea en América Latina, aquí no podemos afirmar que haya testimonios de los cronistas que se opongan al discurso dominante del sentido común. Los argumentos son simples: hay caos, hay irrupción de la amenaza en la cotidianidad, invasión de los espacios físicos y ruptura del orden. A su vez, como hemos visto, el miedo está focalizado en determinados grupos sociales y espacios geográficos. Así es que nos encontramos ante la imposibilidad de darles voz a aquellos que no la tienen. Tal como afirma Beker en *Escribir la ciudad. El taller de escritura y la crónica urbana*, “La crónica urbana tiene la aspiración de determinar las características de la sociedad en un determinado lugar y momentos precisos”¹⁴¹. Es por esto que debemos señalar la importancia de las líneas editoriales de los medios de comunicación donde las crónicas mencionadas fueron publicadas. Será tal vez por la toma de posición del medio o los cronistas que en lugar de trazar puentes de comprensión y empatía hay fronteras simbólicas. Aunque se intenten plantear

¹³⁸ Cucurto, 2012.

¹³⁹ Ídem.

¹⁴⁰ Montes, 2009.

¹⁴¹ Beker, O. y E. Mansilla (comp.), 2013.

acercamientos de los cronistas a los espacios y sujetos representados, estos están sólo en la superficie. Al final del día, si miramos un poco más allá de lo que nos dicen los cronistas parecería que, tal como afirma Cucurto, debemos sospechar de todos.

Parte 3. El Once como herida en la ciudad

“Nuestra mejor forma de combatir el drama consiste en replegarlo a un pasado en el que ya ocurrió. Este peculiar engaño colectivo permite pensar que estamos más allá del apocalipsis: somos el resultado y no la causa de los males. Los signos de peligro nos rodean pero no son para nosotros porque ya sobrevivimos de milagro.”

Juan Villoro¹⁴²

Atentado a la AMIA. Incendio de Cromañón. Tragedia de Once. Estos tres hechos tienen en común mucho más que el que hayan ocurrido en el Once. Desatan miles de imágenes y recuerdos de quienes habitan nuestro país y más de quienes transitan diariamente por el barrio. Además de haber sucedido allí, la búsqueda de justicia por parte de los familiares y amigos de quienes fueron sus víctimas parece no tener fin. Su reclamo perenne y la demanda de memoria de lo sucedido han dejado huellas en las crónicas que conforman nuestro corpus. Llamó nuestra atención el hecho de que a pesar de que la mayoría de ellas no tratan directamente el tema siempre aparece una mención (aunque sea breve) a alguno o a todos estos siniestros ocurridos entre 1994 y 2012. Es por eso que no podemos dejar de reflexionar sobre los imaginarios que construyen en su conjunto, lo cual desarrollaremos en este apartado al que hemos denominado: “El Once como herida en la ciudad”.

Las tragedias

“Un barrio signado por las tragedias”¹⁴³, reza un apartado en el artículo “Once, de enclave judío a espacio multicultural” de Clara Fernández Escudero. Y es que, como dice la cronista, “en un radio que no abarca más de cinco kilómetros cuadrados, la tragedia golpeó al menos tres veces. Una en 1994, la segunda diez años después, en 2004; y otra muy reciente: poco menos de un año atrás”¹⁴⁴. Como dijimos anteriormente, estas tres tragedias produjeron cambios en el imaginario social sobre el Once. También modificaron el barrio físicamente. Y esto se ve registrado en las crónicas que componen nuestro corpus. Aun no tratando

¹⁴² Villoro, 2003. Juan Villoro es un escritor y periodista mexicano. Escribe sobre diversos temas, como deportes, rock y cine, además de literatura. En 2004 publicó *El testigo* (2004), novela con la cual obtuvo el Premio Herralde, otorgado por la Editorial Anagrama. Fue colaborador en publicaciones como *Cambio*, *Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, *El País*, *Letra Internacional*, *ABC*, *Diario 16*, *Crisis*, *El Malpensante*, *Letras Libres*, *Proceso* y *Vuelta*. Además fue jefe de redacción de *Pauta* y director de *La Jornada Semanal*, suplemento cultural del diario *La Jornada*, de 1995 a 1998.

¹⁴³ Fernández Escudero, 2013. En su crónica la autora, periodista y editora de contenidos, dedica un apartado a la mención de las tragedias que marcaron al barrio. En dicho apartado rescata datos concretos, como las fechas y la cantidad de víctimas de cada hecho trágico, así como la voz del director ejecutivo adjunto de la DAIA, para describir los sucesos a los lectores y a su vez mostrar su impacto emotivo.

¹⁴⁴ Ídem.

específicamente de esta arista del Once, muchas veces los cronistas se topan en su recorrido con indicios de estas tres tragedias que no pueden dejar de observar. Por ejemplo, en la crónica “Once, una ciudad dentro de otra”, el testimonio de una vecina del barrio da cuenta de la “desaparecida calle Mitre (sepultada por las ruinas de Cromañón)”¹⁴⁵. Por otra parte, Mariano Blejman, en “Bienvenidos a Once”, afirma que “Alejados del bizarrismo que percude cualquier visualización del barrio, los recordatorios de los 85 muertos que dejó el atentado terrorista a la AMIA están incrustados en las baldosas de Pasteur desde el 500 hasta el 800. Son baldosas con nombres que los vecinos pisan sin querer, que hasta podrían pasar desapercibidas pero están ahí, como testigos frescos que explican los motivos que llevaron a los ¿últimos? cambios ergonómicos del barrio: cada institución judía tiene sus consabidos pilotes. Hay tensión evidente cada vez que alguien pasa, o se detiene”¹⁴⁶. De alguna manera, estos tres hechos que ocurrieron en un pequeño perímetro han dejado tanto huella en la memoria y vida de quienes lo habitan como en la fisonomía del barrio: “Al parecer, la política informal de esta parte de la ciudad es que donde ocurre algo trágico, como en este túnel de la calle Ecuador o en Mitre, a la altura de Cromañón, el paso, el camino, debe cerrarse. Aunque las heridas sigan bien abiertas”¹⁴⁷. Según la fecha en las que fueron publicadas las crónicas se llama la atención sobre una u otra tragedia. El atentado a la AMIA, por ser la primera que ocurrió, se destaca por sobre las demás pero esto claramente es por una cuestión temporal ya que es innegable que las tres han dejado marcas imborrables en el barrio.

AMIA

La primera herida en la ciudad acaecida en el Once fue el atentado a la AMIA. Por la relación establecida entre la comunidad judía y el barrio, esta tragedia es un punto importante para resaltar dentro del imaginario social del Once: “La explosión cambió a Once en muchos aspectos. Directamente, el edificio moderno, pujante, que quedó destruido. Y en lo anímico, con miedo al futuro”¹⁴⁸. Un recurso utilizado en las crónicas al hablar de este episodio es el de retomar testimonios de víctimas o allegados a ellas. Por ejemplo, en la crónica “Once: de enclave judío a espacio multicultural”, Clara Fernández Escudero recopila distintas historias de vida ligadas al Once y su costado inmigrante. De pronto se topa con el testimonio de Víctor Garelik (director ejecutivo adjunto de la DAIA¹⁴⁹) quien recuerda el día

¹⁴⁵ S/A, 2011. Recordamos que en 2011, momento en que fue publicada la crónica, la calle Bartolomé Mitre se encontraba cortada desde hacía siete años.

¹⁴⁶ Blejman, 2004.

¹⁴⁷ S/A, 2011.

¹⁴⁸ Fernández Escudero, 2013.

¹⁴⁹ Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas. Esta sigla da cuenta de la ONG donde están adheridas 140 instituciones judías de Argentina y cuya misión es luchar contra toda expresión de

del atentado: “El día de la bomba, la telefonista no iba a venir porque tenía examen en la facultad. Como no estudió, vino. Y hoy nuestra sala de reuniones lleva su nombre”¹⁵⁰. Al tener una relación tan estrecha con el barrio, la tragedia, cuyas víctimas mayoritarias pertenecen a esta colectividad, no puede dejar de recordarse al hablar del barrio y la comunidad israelí. A pesar de los recuerdos que abruma, no se consideró cambiar la sede del lugar ya que, como afirma Garelik, “el edificio con la fachada que recuerda a sus muertos ocupa en Once un espacio importante: es uno de sus íconos. Para los no judíos representa lo negativo, por la bomba, y lo positivo, por las actividades que desarrolla. Sí, podría funcionar en otro barrio, pero nos gusta estar acá”¹⁵¹.

Cromañón

En contraste con el tratamiento que se le da en las crónicas al atentado a la AMIA que recupera testimonios en primera persona, el incendio de República de Cromañón es representado de otro modo. Para empezar, no se incluye ningún testimonio en primera persona o de algún allegado a la tragedia sino que quienes dan cuenta de ella son personas no afectadas. En cierto sentido, fueron afectadas por ella, pero indirectamente, a partir del corte de la calle Bartolomé Mitre donde se encuentra el monumento a sus víctimas: “A cincuenta metros de la esquina nordeste de la Plaza Miserere, de espaldas a las vías del tren, está el monumento a los muertos en la catástrofe de la discoteca Cromañón. Todo monumento funerario es una exhibición franca y hasta jactanciosa de herida íntima, pero esta instalación asfixia la piedad del que pasa. Después de verla uno siente que el dolor que prolifera en la vida del Once es mucho más fino, insondable y penetrante que la vindicación del dolor que teatralizan estas descoloridas fotos de familia, las zapatillas chamuscadas que cuelgan de alambres”¹⁵². Por lo general, en las crónicas que dan cuenta de esta tragedia se hace hincapié en el corte de la calle más que en la tragedia en sí: “Al parecer, la política informal de esta parte de la ciudad es que donde ocurre algo trágico, como en este túnel de la calle Ecuador o en Mitre, a la altura de Cromañón, el paso, el camino, debe cerrarse. Aunque las heridas sigan bien abiertas”¹⁵³. Ya volveremos sobre la caracterización de las víctimas y allegados en un próximo apartado.

antisemitismo, xenofobia y discriminación, velando por la seguridad de las instituciones e integrantes de la comunidad judía argentina. Parte de su misión es también promover el diálogo interreligioso. La DAIA funciona como representante político de la comunidad judía argentina y ha tenido un desempeño activo en el esclarecimiento y búsqueda de justicia por el atentado a la AMIA.

¹⁵⁰ Fernández Escudero, 2013.

¹⁵¹ Ídem.

¹⁵² Cohen, 2007.

¹⁵³ S/A, 2011.

Tragedia de Once

El 22 de febrero de 2012 quedará grabado por siempre en la sociedad argentina. Ese día se produjo el accidente de trenes que provocó la muerte de 52 personas mientras que un centenar resultó herido. En el corpus del presente trabajo se incluye “El largo camino del dolor”, escrito por Beatriz Sarlo para *La Nación*. Esta crónica fue publicada el 23 de febrero de 2013 en el contexto del primer aniversario del accidente ferroviario de la estación Once de septiembre. La crónica narra los distintos actos y manifestaciones que se produjeron durante la jornada del 22 para recordar a sus víctimas. Junto al de Clara Fernández Escudero son los artículos que recuperan esta tragedia ya que el resto de nuestro corpus fue publicado con anterioridad. “Once, de enclave judío a espacio multicultural” (la crónica de Fernández Escudero) sólo hace una breve mención cuando trata sobre la etimología del barrio: “Su nombre proviene de la terminal de ferrocarril tristemente célebre desde febrero de 2012, que a su vez viene del 11 de septiembre de 1852, fecha en la que Buenos Aires se separó del resto de la Argentina”¹⁵⁴ ya que el foco de su crónica es la multiculturalidad del barrio y no los episodios que son eje de este apartado. Por eso tomaremos mayormente la crónica de Sarlo en lo que concierne a esta tragedia. “El largo camino del dolor” funciona como una gran secuencia argumentativa que ya desde el título busca cierta reacción y/o cierta valoración o juicio sobre un episodio que se considera político. Su carácter de crónica se ve expuesto ya que toma recursos de distintos géneros pero no es un texto periodístico, una nota de opinión o un texto literario sino que es una mixtura; su primera oración remite al periodismo: “Estación Once, nueve y media de la mañana”¹⁵⁵, palabras que aluden a la ubicación de la crónica y que responden a la técnica periodística de “las 5 W”¹⁵⁶. Pero por otro lado, también toma recursos literarios como referirse al tren como “ese amasijo de hierro y plástico”¹⁵⁷. Hay otros recursos propios de la crónica urbana que nos interesa resaltar: uno de ellos es la intertextualidad. Este recurso consiste en la relación entre dos textos a partir de la inclusión de uno en otro en forma de cita o alusión apelando de esta manera a la competencia cultural e ideológica de los receptores.¹⁵⁸ A través de él el artículo de Sarlo se relaciona con otros discursos lo que crea cierta atmósfera que funciona como puente entre la crónica y los lectores. Esta intertextualidad tiene que ver con la relación que

¹⁵⁴ Fernández Escudero, 2013.

¹⁵⁵ Ídem.

¹⁵⁶ Las cinco W es un concepto periodístico vinculado a la redacción que se considera básico en la reunión y presentación de información. En teoría para que un artículo sea considerado completo, debe responder en su primer párrafo a cinco preguntas, cada una de las cuales comprende una palabra interrogativa en inglés: who? (¿Quién?), what? (¿Qué?), where? (¿Dónde?), when? (¿Cuándo?), why? (¿Por qué?).

¹⁵⁷ Sarlo, 2013.

¹⁵⁸ Cfr. Arnoux, 1986. Elvira Arnoux es Directora de la Maestría en Análisis del Discurso y Profesora titular de Lingüística Interdisciplinaria y Sociología del Lenguaje en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Investiga sobre los discursos políticos contemporáneos en Sudamérica.

se establece entre el artículo y el hecho (y su circunstancia) eje del mismo. Incluyendo frases como: “«Estamos trabajando para brindar un mejor servicio. Disculpe las molestias», se destaca un rectángulo negro con letras blancas: «Maldita impunidad»”¹⁵⁹ se hace pie en la realidad, se afirma ya desde el principio de la crónica que lo que se va a narrar después no es ficción sino que ha ocurrido *en la realidad*. Esto tiene que ver con el carácter híbrido de la crónica urbana que, como señalamos anteriormente, resulta de una mixtura entre periodismo y literatura. A partir del uso de la enumeración como podemos ver en este fragmento: “Tumini, Donda, Stolbizer”¹⁶⁰ o en este otro: “... nueve familiares leen su texto: nerviosos, angustiados, enfrentando por primera vez el vértigo de una multitud”¹⁶¹, se da forma a las secuencias descriptivas que se encadenan en la crónica. De dichas descripciones se desprenden valoraciones explícitas ya sea del acto como de quienes participan en él. Estos juicios de valor también se hacen presentes en la crónica a través de subjetivemas. Estos elementos léxicos tienen cierta carga afectiva que hacen que no se tomen denotativamente sino que se tiene en cuenta su connotación que se relaciona directamente con la situación de enunciación. Ejemplos de este tipo de términos son: “La Plaza”¹⁶², “Este 22 de febrero”¹⁶³ y hasta incluso “Once”¹⁶⁴.

Las víctimas y sus familiares

Las crónicas que componen nuestro corpus realizan distintas construcciones de las víctimas y de las formas de pedir justicia de cada víctima o familiar de las distintas tragedias. Así como cada hecho tiene sus características distintivas, sus víctimas no son representadas de la misma manera. Comencemos con la primera tragedia cronológicamente hablando: el atentado a la AMIA. Teniendo en cuenta la íntima relación que tiene la comunidad judía con el barrio (relación que abordamos en el apartado “El Once como barrio-migrante”), podemos observar que el atentado a la AMIA ha marcado profundamente las representaciones sobre el barrio de Once y esto no lo han pasado por alto los cronistas de nuestro corpus. Uno de los entrevistados, Víctor Garelik, director ejecutivo adjunto de la DAIA, destaca al “edificio con la fachada que recuerda a sus muertos” como “un espacio importante: es uno de sus íconos”¹⁶⁵ [de Once]. En la crónica “Once, una ciudad dentro de otra” se compara la cantidad de sus víctimas y del incendio de Cromañón con la cantidad de los caídos en la Guerra de Malvinas. De esa forma podemos ver el impacto que estas dos tragedias tuvieron

¹⁵⁹ Sarlo, 2013.

¹⁶⁰ Ídem.

¹⁶¹ Ídem.

¹⁶² Ídem.

¹⁶³ Ídem.

¹⁶⁴ Ídem.

¹⁶⁵ Fernández Escudero, 2013.

y siguen teniendo en el imaginario de la sociedad argentina, o por lo menos, de los porteños. Podemos ver, en la construcción de esta tragedia que se desarrolla a lo largo del corpus, cierta individualización de las víctimas, a diferencia de los otros dos hechos. Para ejemplificar esto tomaremos nuevamente el testimonio de Garelik, quien al recordar el día del atentado comenta: “El día de la bomba, la telefonista no iba a venir porque tenía examen en la facultad. Como no estudió, vino. Y hoy nuestra sala de reuniones lleva su nombre”¹⁶⁶. Por otra parte, Mariano Blejman, en su recorrido por el barrio, se topa con un homenaje a las víctimas del atentado, un conjunto de baldosas que se extienden desde el 500 hasta el 800 de la calle Pasteur: “Alejados del bizarrismo que percude cualquier visualización del barrio, los recordatorios de los 85 muertos que dejó el atentado terrorista a la AMIA están incrustados en las baldosas de Pasteur desde el 500 hasta el 800. Son baldosas con nombres que los vecinos pisan sin querer, que hasta podrían pasar desapercibidas pero están ahí, como testigos frescos que explican los motivos que llevaron a los ¿últimos? cambios ergonómicos del barrio: cada institución judía tiene sus consabidos pilotes. Hay tensión evidente cada vez que alguien pasa, o se detiene.”¹⁶⁷ El hecho de que las víctimas tengan nombres, ocupaciones, historias de vida, etc., contribuye a que se las individualice como tales. No ocurre lo mismo en los fragmentos en que se recuerda el incendio de República Cromañón, en donde se señala con mayor énfasis la interrupción del tránsito por el monumento construido por los familiares de las víctimas que las historias que cada una de ellas pudiera tener: “Al parecer, la política informal de esta parte de la ciudad es que donde ocurre algo trágico, como en este túnel de la calle Ecuador o en Mitre, a la altura de Cromañón, el paso, el camino, debe cerrarse. Aunque las heridas sigan bien abiertas”¹⁶⁸. Los muertos que se cobró esta tragedia se representan en el corpus así, en general, como “muertos”, se los contabiliza pero no se deja entrever ningún detalle o característica que nos permita individualizar o conocer a las víctimas: “El ataque que voló la sede de la AMIA costó 85 vidas; el incendio de la discoteca Cromañón, 194...”¹⁶⁹. Marcelo Cohen, en “Consolación por la baratija”, compara el dolor de quienes perdieron a un ser querido en el incendio con el que inunda el barrio diariamente: “A cincuenta metros de la esquina nordeste de la Plaza Miserere, de espaldas a las vías del tren, está el monumento a los muertos en la catástrofe de la discoteca Cromañón. Todo monumento funerario es una exhibición franca y hasta jactanciosa de herida íntima, pero esta instalación asfixia la piedad del que pasa. Después de verla uno siente que el dolor que prolifera en la vida del Once es mucho más fino, insondable y penetrante que la vindicación del dolor que teatralizan estas descoloridas fotos

¹⁶⁶ Ídem.

¹⁶⁷ Blejman, 2004.

¹⁶⁸ S/A, 2011.

¹⁶⁹ Fernández Escudero, 2013.

de familia, las zapatillas chamuscadas que cuelgan de alambres”¹⁷⁰. Como podemos ver, se sigue sin individualizar a las víctimas, no hay testimonios, no hay detalles. Hay “fotos de familia” y “zapatillas chamuscadas” sin identificar. Por último podemos observar que se hace una mención a la evolución de la causa: “En Cromañón, los condenados –Chabán, Fontanet– tienen penas en suspenso. (...) Parece poco solaz para tanto dolor”¹⁷¹. La referencia a la situación actual¹⁷² de las causas de las tres tragedias que nos atañen está presente en casi todas las crónicas que se refieren a ellas. Por último, veamos la caracterización de las víctimas y familiares de la tragedia de Once. Como dijimos con anterioridad, para la construcción de este episodio tomamos como crónica fundamental “El largo camino del dolor” de Beatriz Sarlo. Este accidente ferroviario se produjo un día de semana, miércoles para ser más precisos, a las 8:33 de la mañana. Por ese motivo, la construcción que se realiza por lo general de las víctimas es de gente “de trabajo” que se estaba dirigiendo a este cuando sufrió el accidente. No obstante, en el artículo de Sarlo más que en las víctimas el foco está puesto en sus familiares. Teniendo en cuenta los términos utilizados para referirse a ellos podríamos rápidamente realizar un boceto sobre sus personas. Los familiares de las víctimas de la tragedia de Once serían personas austeras, dignas y tranquilas pero firmes: “Para llegar a la línea de velas, encendidas sobre el borde del andén 2, se pasa frente a un austero abanico de rosas rojas. De uno y otro lado de estas flores, todos tienen una historia que contar: los familiares, los amigos, los vecinos, gente digna, firme, ajena a la verborragia”¹⁷³. Nos interesa destacar los adjetivos utilizados por Sarlo para describir a los familiares: gente digna, firme, ajena a la verborragia; en una palabra “austera”. La Real Academia Española presenta varias acepciones de “austero”. Creemos que la elección de este adjetivo es significativa en cuanto a su poder de condensación de varias cuestiones que se construyen a lo largo de la crónica. Entre estas acepciones queremos destacar: “ajustado a las normas de la moral”, “sencillo” y “sin ninguna clase de alardes”. A pesar de haber pasado por una situación difícil, los familiares expresarían su dolor de manera digna y silenciosa: “Rodeados por el estruendo del microcentro y los bombos que suenan en el otro extremo de Plaza de Mayo, el dolor es, en la Catedral, silencioso, como en esos planos de televisión que hemos visto, donde hombres casi viejos están llorando a su hija, a su hijo, sin llevarse las manos a los ojos, para evitar el gesto clásico del llanto”¹⁷⁴. Otra acepción de “austero” que llamó nuestra atención, tal vez no tan relacionada con las anteriores pero igualmente válida para la descripción de los

¹⁷⁰ Cohen, 2007.

¹⁷¹ Fernández Escudero, 2013.

¹⁷² Por “la situación actual” nos referimos al momento de la publicación de las distintas crónicas que conforman nuestro corpus.

¹⁷³ Sarlo, 2013.

¹⁷⁴ Ídem.

familiares es “Agrio, astringente y áspero al gusto.” Creemos que es igualmente válida porque los familiares expresarán su dolor con sencillez y sin alarde pero no por eso su búsqueda de justicia es menos intensa. Son, para los responsables del hecho, la voz de la conciencia que siempre les recordará lo ocurrido y seguirá el caso atentamente para corroborar que “se haga justicia”. Continuando con su construcción en la crónica, podemos decir que son nombrados en la crónica de Sarlo como “familiares”, “padre”, “madre”, “gente” y “sujeto colectivo” lo cual nos habla de cierta organización y cohesión entre ellos. Se los ve angustiados y a quienes realizan la tarea de oradores nerviosos “enfrentados por primera vez el vértigo de una multitud”¹⁷⁵. En este punto vemos una diferencia en el tratamiento de los familiares de esta tragedia y los de las víctimas del incendio de República Cromañón. Como dijimos anteriormente, a estos últimos se los intuye a partir del monumento erigido para recordar a sus muertos que impedía el tránsito por la calle Bartolomé Mitre. En este caso el dolor es expuesto, se exhibe de manera que es imposible no poner la atención en él. Por el contrario, Sarlo representa el dolor de los allegados a las víctimas del accidente ferroviario como silencioso y austero como quien no quiere llamar la atención. Podemos ver en este caso aquella función de la crónica urbana que nos habla de dar voz a quienes no la tienen. De esta manera Beatriz Sarlo podría estar siendo portavoz del pedido de justicia. Sin embargo, ciertos juicios de valor se entrecruzan entre sus afirmaciones y nos recuerdan la línea editorial del medio que publica su artículo: “La Plaza es política, no porque se silbe el nombre de Cristina Kirchner (muy moderadamente, en verdad), sino porque un sujeto colectivo elige designar su acto con ese nombre. Los familiares de Once, con su estilo manso, merecen justicia. Pero quizá sean también el impulso de un nuevo tipo de ciudadanía, lejos de una oposición encerrada en el insulto e igualmente lejos de convertirse en carne de una operación que los coopte. Aprendieron demasiado”¹⁷⁶. De esta manera se explicita el tono prescriptivo que predomina en toda la crónica sobre qué es político y qué es política. El mismo tono prescriptivo que nos dice que “Los familiares de Once, con su estilo manso, merecen justicia”¹⁷⁷.

¿Por qué Once?

“¿Por qué Once?”, podríamos preguntarnos, “¿por qué estas grandes tragedias argentinas sucedieron allí?”. ¿Y por qué no? Como venimos reflexionando sobre él en apartados anteriores, el Once es un barrio en donde confluyen varias funciones urbanas. Como dice el título de la crónica de *La Nación*, podríamos decir que este barrio es “una ciudad dentro de otra”. Transporte, cultura y entretenimiento son las tres áreas del funcionamiento urbano

¹⁷⁵ Ídem.

¹⁷⁶ Ídem.

¹⁷⁷ Ídem.

que podríamos relacionar con estas tres grandes tragedias: tragedia de Once, atentado a la AMIA e incendio de República Cromañón. Luego de ellas Once, como significante, no volvió a ser el mismo. Sostenemos que la carga simbólica del Once cambió tras las tragedias anexando nuevos significados. Dice Stella Martini en “La sociedad y sus imaginarios”: “El imaginario opera sobre la organización y el dominio del tiempo colectivo sobre el plano simbólico. O sea, interviene activamente en la memoria colectiva para la cual los acontecimientos cuentan menos que las representaciones imaginarias a las que ellos dan origen y encuadran”¹⁷⁸. Agrega Fernández Escudero en la crónica que forma parte de nuestro corpus: “El ataque que voló la sede de la AMIA costó 85 vidas; el incendio de la discoteca Cromañón, 194; y ahora, el choque del tren en el Andén 2 de la estación del ferrocarril Sarmiento dejó 52 muertos y más de 800 heridos. Las vidas de las personas tocadas en estos hechos quedaron afectadas para siempre; las de la sociedad argentina, también”¹⁷⁹. Es por eso que decidimos incluir este apartado en nuestro trabajo. Más que los hechos en sí (la explosión, el incendio, el choque), nos interesa la representación de ellos (y de sus víctimas) que se hicieron presentes en el corpus: Cómo se caracterizan a sus víctimas y cómo se recuerdan los episodios pero fundamentalmente que significaron para el barrio de Once.

¹⁷⁸ Martini, 2003.

¹⁷⁹ Fernández Escudero, 2013.

Parte 4. El Once como barrio-mercado

“La embriaguez me liberaba de esa miopía cotidiana, para la cual el barrio de Once sería un mero bodoque mercantil plantado en medio de Buenos Aires. No. Yo había entrado en una zona anómala donde la baratija revolucionaba el sentido común.”

Marcelo Cohen¹⁸⁰

El frenesí comercial está presente en todas las crónicas que componen nuestro corpus. “Bolsas llenas de chucherías; de manteles de plástico (...) bolsas llenas de polleritas de colores, cedés; comida del Trópico”¹⁸¹ se encuentran por doquier. “Gente comiendo, cargando, comprando; soñando con cualquier cosa que ve en la vidriera, sonriendo por los precios siempre baratos...”¹⁸² son imágenes recurrentes en los recorridos. Cucurto, por ejemplo, recorre con su mirada y enumera, y a través de esta enumeración asigna significado y argumenta. Sostendremos que por medio del recurso de la enumeración y el sentido de la vista los cronistas de nuestro corpus nos presentan una cadena de significantes que operan asociando al Once con un barrio-mercado de características y lógicas propias. Nos interesa en este capítulo profundizar en la construcción de dichos imaginarios.

Una primera mirada sobre el barrio-mercado

En varias de las crónicas que analizamos, el Once es comparado con otros grandes mercados del mundo: “Esto es como Hong Kong o la zona comercial de cualquier ciudad grande; muchos vienen a buscar lo que no encuentran en ningún otro lugar... en el Once lo encuentran, si no, no existe.”¹⁸³ En la voz de Carlos, un comerciante de origen judío, se explicita aquí una creencia de sentido común: “si no está en el Once, no existe”. Por medio del recurso de la enumeración, ya mencionado como característico del género de la crónica urbana, Cohen muestra esta creencia a los lectores de una manera más implícita pero evidente cuando sostiene: “en el Once se puede comprar: 17 metros de perlón antipiling imitación leopardo; sarga, shantu, muselina o lamé nacarado de 1.80m de ancho; cincuenta y siete modelos de gorros, cada uno posible con los colores de la bandera argentina, brasileña, finlandesa, etcétera; manteles individuales con forma de vaquita, uva, banana o

¹⁸⁰ Cohen, 2007. Marcelo Cohen es un escritor, traductor y crítico literario argentino. En la actualidad dirige -junto a Graciela Speranza- la revista de artes y letras *Otra Parte*. Cohen es reconocido por su prosa poco corriente. Todas sus obras poseen un estilo personal muy marcado, en el cual se pueden hallar adjetivos, expresiones y diversas innovaciones lingüísticas.

¹⁸¹ Cucurto, 2012.

¹⁸² Ibidem.

¹⁸³ S/A, 2011.

niña pequinesa; sacapuntas extrasuave para lápiz de ojos; el libro *Patología Forestal del Cono Sur Latinoamericano*, de Raúl Mosteroni y el libro *La condición humana* de André Malraux; un vídeo de *Zazie en el metro* de Louis Malle; un fraude no empalagoso de colonia Calvin Klein One llamado Cavin Lein Uno; un símil de placenta con los fetos de dos gemelos en resina epoxy; floreros de vidrio de veintitrés formas en tamaños chico, mediano, grande y extragrande, si se quiere con el girasol de plástico incluido; vaqueros, delantales, gargantillas, cepillos de dientes fosforescentes para verlos durante cortes de luz. Ahí la industria se ha vuelto naturaleza, sólo obedece a la pulsión inacallable de replicarse”¹⁸⁴. Enunciados como este pueden ser rastreados repetidas veces a lo largo de la crónica de Cohen. El recurso de la enumeración produce un efecto de acumulación que, como veremos más adelante, funciona asignando al Once características de caos y desorden. Por otro lado, el Once representado funciona como una sinécdoque¹⁸⁵ de un clima social y económico del país. En su crónica Blejman escribe; “Once es el mejor centro de informaciones de la ciudad para saber cómo marcha el rumbo de la economía. Se llenó de negocios de importación y exportación durante la convertibilidad, y cuando vino la debacle los coreanos y sus puertas importadas se cerraron en menos de una semana”¹⁸⁶. De esto habla Tanius Karam cuando define a la crónica urbana como “sinécdoque de cualquier información de actualidad”¹⁸⁷. También podemos agregar que es común encontrar en el género la narración de eventos particulares como representativos de un conjunto y, a su vez, de espacios y sujetos como representativos de muchos otros similares que caracterizan una ciudad y un clima epocal. Asimismo, como hemos mencionado previamente, la fisonomía del Once parece variar de acuerdo al momento del día en que es recorrido por los cronistas, en especial cuando se trata de representar al barrio como un barrio-marginal asociando sus amenazas con la noche¹⁸⁸. Si durante la noche el barrio es sinónimo de peligro, durante el día es característico su frenesí comercial. Fernández Escudero lo deja en claro al tomar la voz de Moldavsky, un comerciante del barrio y un sujeto representativo de muchos otros sujetos, cuando escribe: “La vida en Once es eminentemente diurna: arranca a las 9 de la mañana y termina a las 3 de la tarde. Al mediodía hay que vender, negociar, moverse. ‘Siempre es un quilombo de tránsito. Y eso es muy bueno, porque tiene que haber movimiento, ebullición; si no, no sirve’”. La hora del día

¹⁸⁴ Cohen, 2007.

¹⁸⁵ Según la Real Academia Española, la sinécdoque es un tropo que consiste en extender, restringir o alterar de algún modo la significación de las palabras, para designar un todo con el nombre de una de sus partes, o viceversa; un género con el de una especie, o al contrario; una cosa con el de la materia de que está formada, etc.

¹⁸⁶ Blejman, 2004.

¹⁸⁷ Karam, 2004.

¹⁸⁸ Sobre este tema, ver “Parte 2 – El Once como barrio marginal”.

en que se describe al Once es crucial para otorgarle carácter. Cuando los negocios están abiertos el barrio cobra vida, es caracterizado por su “frenético ritmo comercial diurno”¹⁸⁹, es un “bolonqui de gente cargando bolsas”¹⁹⁰ y uno de los cronistas hasta llega a enfrentarse con lo que caracteriza como una “muchedumbre que me estaba zarandeando, se agolpaba contra vidrieras y zaguanes”¹⁹¹. En cambio, cuando los días y horarios destinados al comercio desaparecen del recorrido de los cronistas, nos encontramos con enunciados como el de Cohen, quien sostiene: “(...) Por las noches y los domingos la compulsión de los más acomodados del barrio a resguardarse en espacios alejados, seguros, deja este mundo secular desierto, paralizado, presa de un aire ominoso. Ni los varios e inconspicuos templos del barrio, ni el bullicio de los muchachotes jasídicos en las esquinas compensan el cierre de los comercios”¹⁹².

Mercado y marginalidad: la lógica de lo ajeno

La utilización de determinados subjetivismos que podemos encontrar en la superficie de los textos deja entrever la opinión de los autores sobre los objetos representados. Incluso en la crónica de nuestro corpus que no fue firmada con nombre y apellido encontramos marcas de subjetividad en enunciados como: “Según algunos cálculos, hay más de 3300 comercios en Once. Uno de los cambios comerciales más polémicos de los últimos años fue la instalación de grandes complejos subdivididos en locales tipo La Salada (11 Elefantes)”¹⁹³. El uso del adjetivo “polémicos” implica que para el juicio del autor estos tipos de comercios generan controversia. En “Once: una ciudad dentro de otra” el autor sostiene: “Por aquí las marquesinas de los comercios anuncian sin doble sentido que no hay excusas para la venta. ‘Lencería la Bomba-Chita’; ‘hay talles para gordos... y súper gordos’; ‘Mundo Peluche’; ‘Adolfo Perchas’; ‘La Casa de las Fajas’; ‘Paseo de compras + de 200 locales’; ‘11 Elefantes...’”. Los nombres de los comercios se hacen presentes en el relato en tanto son considerados pintorescos para los enunciatarios construidos. Vemos entonces que el enunciatario construye un enunciatario para desplegar su argumentación que está distanciado culturalmente del universo de sentido atribuido al Once. Por su parte Cohen señala: “Pero, cosa rara, la embriaguez me libraba de esa miopía cotidiana, para la cual el barrio del Once sería un mero bodoque mercantil plantado en medio de Buenos Aires. No. Yo había entrado en una zona anómala donde la baratija revolucionaba el sentido

¹⁸⁹ S/A, 2011.

¹⁹⁰ Cucurto, 2012.

¹⁹¹ Cohen, 2007.

¹⁹² Ibid.

¹⁹³ S/A, 2011.

común¹⁹⁴. La palabra “baratija” tiene varias implicancias. El *Diccionario de la Real Academia Española* define a la baratija como cosa de poco valor. El uso de este término no es ingenuo. El autor lo emplea asignando su propia subjetividad a aquello que observa en su recorrido. Es característico de la crónica urbana el ingreso de la subjetividad del narrador y, cabe resaltar, que puede encontrarse tanto en una crónica sin autoría explícita publicada en un soporte periodístico como es el diario de tirada nacional *La Nación*, como en una donde un autor con nombre y apellido explaya sus líneas en soporte literario como lo es un libro. Volviendo al término “baratija” podemos afirmar que es de suma importancia para comprender la mirada que se centra en el mercado del Once en nuestro corpus. Éste no es un mercado como cualquier otro, sino que tiene características que lo distinguen. Es necesario pensar qué tipo de mercaderías se intercambian en este barrio-mercado para hacer una descripción válida del mismo. En la crónica de Cucurto encontramos nuevamente dicho término: “El puesto callejero de Once con más gente está debajo de la Recova, casi escondido. Es un puestito de baratijas de bijouteries. Vinchas, aros, pulseras, hebillas para el pelo, extensores para corpiños, todo a un peso. Es el lugar más barato del mundo”¹⁹⁵. De acuerdo con lo planteado por Pierre Bourdieu en su texto “La elección de lo necesario”¹⁹⁶, en las clases populares la necesidad asigna un gusto por necesidad. Para el autor el gusto de necesidad no debe ser confundido con la necesidad propiamente dicha, sino que debe comprenderse como funcionando en un habitus¹⁹⁷ de clase, el cual a su vez no se explica únicamente por condiciones económicas. Las necesidades de la clase popular se condicionan coherentemente a un habitus que las elige. Una de las características de este gusto por necesidad es intentar obtener el máximo efecto al menor costo posible, lo que desde el punto de vista burgués es sinónimo de vulgaridad. La “baratija” es esa mirada burguesa materializada en un término. Celebrada como en el caso de Cucurto o juzgada desde la mirada de Cohen, pero siempre vista desde un narrador ajeno al universo narrado. La venta informal parece estar irremediabilmente anudada al barrio-mercado del Once en las descripciones de algunas de las crónicas de nuestro corpus. Los artículos de imitación, los puestos callejeros “escondidos”¹⁹⁸, “las películas y juegos de PlayStation ilegales y la ropa,

¹⁹⁴ Cohen, 2007.

¹⁹⁵ Cucurto, 2012

¹⁹⁶ Bourdieu, 1979

¹⁹⁷ Para Bourdieu, las representaciones del mundo social que tienen los agentes varían según su posición en el mismo y su “habitus” (Bourdieu, 1987). Este último es un sistema de esquemas de producción, de percepción y apreciación de prácticas. Es decir, a través de la experiencia de una posición en el mundo social se adquieren estos esquemas de producción y percepción que, a su vez, expresan la posición social en las cuales se han construido. Por medio del habitus el mundo social no se presenta a las personas como caos, sino que existe un orden. El mundo se presenta como evidente porque las personas aplican a las estructuras del mundo social estructuras de percepción que provienen de estas mismas estructuras objetivas.

¹⁹⁸ Cucurto, 2012

más que ‘de’ marca, ‘con’ marcas de manos ‘esclavas’¹⁹⁹ aparecen en las descripciones del mercado del Once donde los autores no paran de destacar “el plagio industrial”²⁰⁰. En *La ciudad vista: mercancías y cultura urbana*, Beatriz Sarlo hace un análisis de los mercados latinoamericanos y su venta callejera, y realiza una clasificación de los vendedores del “mercado negro”²⁰¹ de la siguiente manera: “Venden ropa y objetos industriales, chatarra nacional importada, que, a su vez, se divide en tres tipos: los ‘útiles’, que se ofrecen más baratos que en los comercios (o esto suponen los clientes y pregonan los vendedores), como pilas, lapiceras, linternas, destornilladores, baterías... etc. Los objetos industriales ‘inútiles’, que agregan un toque estético a la vida de quien los adquiere: adornitos, animales de peluche, cuadritos. Estos objetos interesan fundamentalmente a los sectores de bajos recursos, y no ofrecen ninguna cualidad de pintoresquismo social ni urbano. Son la polución de lo peor que vomitan fábricas que, según denuncias continuadas, también operan en la ilegalidad o en sus proximidades (...) El tercer tipo de objeto son los de entretenimiento: juguetes a pila, CD y DVD truchos de música, juegos y películas...”. Pero a diferencia de lo planteado previamente por Bourdieu, Sarlo encuentra que el consumo de los sujetos de las capas bajas de la sociedad no se rige tan sólo por la lógica de la necesidad. Así lo afirma cuando escribe: “...podría pensarse que los objetos se adquieren sólo porque su baja calidad y su presencia habitual fuera de la legalidad del mercado los vuelven baratos y los colocan cerca de sus futuros propietarios. Esto es cierto y funciona como razón objetiva mayor, ya que los ambulantes venden las mercancías de los pobres. Pero esta conclusión estrecha, e inevitable desde el punto de vista económico, pasa por alto el plus de sentido que estos objetos agregan a la estricta necesidad”²⁰². Lo que Cohen llama el “emporio de la imitación empeorada”²⁰³ y Cucurto “bolsas llenas de chucherías”²⁰⁴, se acerca más a la lectura bourdiana de los objetos asociados a los sujetos del Once que a una mirada que encuentre el uso desviado y el simbolismo por fuera del mero pragmatismo que proclama Sarlo. De esta manera podemos señalar cómo opera dentro de los imaginarios de este barrio-mercado, como espacio de lo inútil y lo desperfecto, la dinámica propia de lo que es marginado por la mirada ajena.

El Once: orden dentro del caos

Ya hemos mencionado el efecto de acumulación encontrado en determinadas narraciones de nuestro corpus. Sin embargo, vale la pena revisitar dicho efecto de lectura que

¹⁹⁹ S/A, 2011

²⁰⁰ Cohen, 2007.

²⁰¹ Sarlo, 2010.

²⁰² Ibid.

²⁰³ Cohen, 2007.

²⁰⁴ Cucurto, 2012.

consideramos como no azaroso, ya que creemos ocupa un lugar como estrategia discursiva principal para dar a entender a los lectores una de las características que distinguen a este barrio-mercado: el desorden. Por un lado hay una toma de posición explícita y clara de los narradores. Al referirse al barrio Blejman lo denomina “una especie de aquelarre mal organizado”²⁰⁵. El narrador de la crónica de Cucurto hace uso de un coloquialismo al referirse al clima de la calle como “bolonqui de gente”²⁰⁶. Vale aclarar que el uso de coloquialismos es un recurso recurrente en la crónica del autor de "El barrio donde todo tiene precio" y que en contraste con el uso que hace además de un tipo del lenguaje literario²⁰⁷ generan un efecto simultáneo de cercanía y distanciamiento con el universo representado. Nos encontramos ante un narrador distante y contemplativo que si bien celebra o entabla relación con las voces populares del Once nunca deja de tener la mirada de un etnógrafo que describe el escenario del barrio que observa con admiración. Volviendo al efecto de acumulación, vemos que el autor de “Once, una ciudad dentro de otra” enumera en su enunciado: “Cualquier cosa que pueda moverse o arrastrarse anda por aquí. Autos, camiones, cartoneros, recolectores de basura, bicicletas, peatones, porteadores de telas en carros... y más porteadores de telas en lo que sea”. El sentido de la vista es el sentido principal por medio del cual los autores construyen el clima caótico y abrumador de este mercado particular. Pero también entran en juego otros sentidos como el del olfato: “Canto a la ciudadela de los apelmazados rollos de franela y perlón estridente, a las cuadras y cuadras de inhóspitos comercios mayoristas de mostrador largo, anaqueles horribles y **tufo a desodorante, té con limón, y humedad acidulante**”²⁰⁸. Y el sentido del oído: “En las orillas de la plaza los recibe la música de las disquerías de ocasión, rutina de sámples y procacidad anodina, María Carey, Natalia Oreiro y Jorge Sanz, Tuve tu amor y también tu fuego,/Tuve tu veneno,/Tuve tu vida y ya no la quiero, que un pasillo de olores de chipa y pochoclos transforma, como en un Escher bárbaro, en formas repetidas de negocios de ropa, hospitalidad asfixiante de locutorios, zapaterías, bazares de regalos”²⁰⁹. La yuxtaposición de elementos también se hace presente cuando los narradores establecen una relación de intertextualidad con los nombres de las marquesinas del mercado: “Párense en la esquina de Uriburu y Lavalle mirando al sudeste y miren los letreros:

²⁰⁵ Blejman, 2004.

²⁰⁶ Cucurto, 2012.

²⁰⁷ En el texto de Cucurto podemos encontrar en varias ocasiones términos que contrastan los coloquialismos con los que en general el narrador nos transporta por las calles del barrio. Un ejemplo de esto es el uso del término “faena” para describir su paseo. Además de este recurso el autor recurre a la intertextualidad cuando interrumpe su descripción para mencionar figuras literarias. Por ejemplo cuando escribe “¡Cuánto arte, cuánta historia, cuánta cumbia, cuánta salsa y cuánto César Vallejo le debemos al Perú! Un escritor un poco burgués, otro toco bailanero dijo que ‘en cada peruano late la cumbia y late César Vallejo’” o “...dos tipos callados, observadores, dos auténticos quijotes de la contemporaneidad: Nacho y yo”.

²⁰⁸ Cohen, 2007. El subrayado es nuestro.

²⁰⁹ Ibid.

Gatuvía, accesorios para la noche; remeras Nick Tramsay; Tobías Michels, el rey del plástico; Carteras Mireia Peyton; Peceras Chuan Leng; Panchos 'Explorer'; Artículos de cotillón 'Tu festichola'; Lo de Sara; Danzas Agarrame; Escribanía Chalukián. En cuanto uno se habitúa al mareo, descubre método en el delirio aparente"²¹⁰. Vemos así cómo los efectos de acumulación y provocación a los sentidos ubican a los lectores ante un barrio-mercado cuyo espacio tiene una dinámica propia que diverge de la racionalidad y pragmatismos mercantiles, pero que sin embargo mantiene una lógica específica y clara para quienes pertenecen al universo narrado. ¿A qué nos referimos cuando hablamos del contraste con el pragmatismo mercantil? En su libro *La ciudad vista*²¹¹, Sarlo propone como contrapartida de la ciudad-mercancía al centro comercial. Sostenemos que mientras que este último encarna los imaginarios de la perfección, la eficacia y el orden regido por el mercado, el primero, como hemos mencionado previamente, se caracteriza por ser terreno de lo defectuoso y lo carente de verdadera utilidad. Es decir, aquello que queda rezagado a las capas más pobres de la sociedad. Sarlo sostiene en su libro que en una sociedad donde las identidades han estallado el shopping-center es el espacio "universal y libre"²¹² que ayuda a llenar esas identidades y sueños que han quedado vacíos. En *Escenas de la vida posmoderna: Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*, la autora describe el shopping center de la siguiente manera: "...no importa cuál sea su tipología arquitectónica, es un simulacro de ciudad de servicios en miniatura, donde todos los extremos de lo urbano han sido liquidados: la intemperie, que los pasajes y las arcadas del siglo XIX sólo interrumpían sin anular; los ruidos, que no respondían a una programación unificada; el claroscuro, que es producto de la colisión de luces diferentes, opuestas, que disputan, se refuerzan o, simplemente, se ignoran unas a otras; la gran escala producida por los edificios de varios pisos..."²¹³. Contrario a esto el espacio público implica siempre el desorden, aun cuando la lógica del mercado y los controles imperen, y más aun cuando dicho mercado transgrede las leyes del mercado formal e impone un sistema de reglas propias como lo hace el del Once.²¹⁴ Ya hemos señalado en los textos las marcas que los narradores dejan para sembrar esta idea de desorden reinante de este espacio público. El cronista del texto de Cohen es quien toma una postura más explícita al respecto cuando describe los espacios y por ejemplo señala que en el Once "no hay frontera entre el local y la calle; a lo

²¹⁰ Ibid.

²¹¹ Sarlo, 2009

²¹² Sarlo, 1994.

²¹³ Ibid.

²¹⁴ Respecto a los mercados al aire libre Sarlo explica en su texto: "Las calles comerciales, entregadas a la competencia, tienden al desorden incluso cuando se regula el tamaño de los carteles, los anuncios y las marquesinas. Las vidrieras responden al capricho o al buen diseño de los dueños de los comercios. Los mercados al aire libre tienden a soportar una fuerza entrópica, incluso cuando las mercancías alcanzan su ordenamiento más riguroso". Sarlo, 2009.

sumo una mampara aísla la oficina que hay al fondo del negocio: más allá de la gestión del dinero, parece que nadie tuviera una privacidad que defender. Y no es por una ética de la comunidad, ni siquiera por un ideal campechano; es simple tendencia al amuchamiento, a la promiscua dependencia mutua²¹⁵. El Once construido es entonces caos y desorden pero, a su vez, detrás del aparente caos los cronistas nos dejan entrever una lógica y un orden. Es decir, este barrio-mercado es construido por los narradores mencionados como una comunidad organizada por una lógica informal en lugar de leyes racionales y abstractas. O más específicamente, como una comunidad que existe por sobre toda organización racional. El Once entonces tiene una identidad en tanto se sostiene por una lógica propia que descansa en los imaginarios de quienes lo habitan o recorren y que, por lo tanto, lo hace indescifrable a simple vista para quien no comparte esos lazos sociales. Reiteradamente los cronistas recurren a las voces de los sujetos representados. En estas ocasiones encontramos lo que los narradores no logran descifrar explícitamente: que detrás del caos que tanto se interesan por resaltar hay una serie de lógicas y leyes implícitas que conforman una cultura que va más allá del mero “amuchamiento”²¹⁶ y “tumulto”²¹⁷. Cucurto toma la voz de Matías, un busca vendedor ambulante:

“- Acá el problema son los peruanos.

- ¿Por qué?

- Y agarran los mejores lugares, viste. Y ponen a un familiar, a un amigo al lado y te van tirando cada vez más lejos de la zona de venta. Pero yo respeto y me gusta que me respeten. Si falto el respeto, estoy seguro de que me lo van a faltar, y si me lo faltan, lo voy a faltar, al respeto, ¿me entendés? Por eso estoy en este rincón, me la aguanto”²¹⁸.

Pero la mirada no se detiene en el sujeto y el narrador rápidamente continúa su recorrido por este “atentado a la visión y al sistema auditivo”²¹⁹.

El aquí y ahora

Consideramos que la toma de posición sobre lo que los narradores están representando es fundamental para comprender la época y el lugar desde los que se narra. Coincidimos con lo expresado por Falbo quien ve a la crónica urbana como “uno de los modos de testimoniar

²¹⁵ Cohen, 2007.

²¹⁶ Ibid.

²¹⁷ Cucurto, 2012.

²¹⁸ Ibid.

²¹⁹ Ibid.

la realidad social contemporánea en América Latina”²²⁰. Si, tal como afirma Beatriz Sarlo, el centro comercial elimina todo rastro de las particularidades de lo urbano del mercado y debido a esto produce una cultura extraterritorial donde un centro comercial puede parecerse a cientos de otros en cualquier lugar del mundo²²¹, el Once construido en el corpus analizado es lo contrario. El barrio-mercado del Once, con sus lógicas y cultura propia, sólo puede existir en una gran urbe latinoamericana. Creemos y hemos argumentado a lo largo de este capítulo que el Once narrado es pura territorialidad, no podría existir fuera de Latinoamérica. En este sentido las representaciones propuestas por los cronistas - con sus miradas subjetivas y argumentos - son “un intento siempre fracasado de atrapar el tiempo en que uno vive”²²², tal como explica Martín Caparrós en el prólogo de *La Argentina Crónica*.

²²⁰ Falbo, 2007.

²²¹ Sarlo, 1994.

²²² Martín Caparrós en Tomás, 2007.

Consideraciones finales

Luego de este recorrido analítico a través de los distintos sentidos asignados al Once hemos desarticulado algunos imaginarios sobre el barrio. No obstante, como bien aclaramos en la introducción, consideramos al Once como un torrente simbólico que nunca termina de ser construido. Al momento de realizar la aproximación analítica, hemos tenido en cuenta aquellos aspectos que nos hablaban acerca del Once como barrio-mercado, como barrio-marginal, como barrio-migrante y como herida en la ciudad. Sin embargo, somos conscientes de que estos sentidos no son únicos, fijos ni totalmente abarcativos de la construcción imaginaria del barrio de Once sino que variaron y variarán a lo largo del tiempo. En este sentido, no planteamos las ideas que logramos obtener luego de nuestro trabajo como definitivas sino como aspectos a considerar y como abiertas al debate. Creemos que el Once se constituye como tal en la medida en que es construido en los imaginarios sociales. Desde un principio hemos considerado a la ciudad como discurso y como construcción colectiva. No existe una diferenciación entre el Once “real” y el Once “discursivo”. Es por eso que hemos indagado en la polisemia del barrio articulando los diversos sentidos en los ejes que determinamos. La **primera parte** construyó al Once como un barrio en el cual confluyen diversas nacionalidades y culturas. Hemos abordado cómo son caracterizadas en el corpus las distintas comunidades que habitan el Once y cómo se relacionan mientras construyen su propia identidad. Llamó nuestra atención el hecho de que, a pesar de que se explicitara buenos vínculos entre ellos, existiera una especie de segregación desde el principio al punto que en el corpus analizado, no aparecieran representadas las dificultades, las injusticias y las situaciones que atraviesan los migrantes en general en las grandes ciudades contemporáneas, sino que las situaciones representadas eran diferenciadas por comunidad. El **segundo apartado** lo llamamos “El Once como barrio marginal” justamente porque recogía aquellos imaginarios del Once que lo construyen como un barrio relegado, en el sentido de que es cuna de situaciones de vulnerabilidad social tales como delito callejero, la prostitución y las drogas. Tanto los espacios (la estación de trenes, la plaza, las calles) como las personas que habitan o transitan el Once a diario son fundamentales para esta representación del barrio, por esta razón sus descripciones ocuparon gran parte del apartado. También los sentidos (vista, olfato, tacto, oído y gusto) y el tiempo transcurrido en los recorridos realizados colaboraron para la descripción de este barrio “fuera de la ley”. Tanto en el primer como en el segundo apartado hemos realizado especial hincapié en las otredades, es decir, en cómo se construyen en las crónicas que conforman nuestro corpus el otro y cómo a partir de esa construcción también se define la propia identidad. Para eso hemos tenido en cuenta, entre otras cosas, las voces que recuperaron los cronistas en sus textos. Una de las

características de la crónica urbana, en teoría, es la de dar voz a aquellos que no la tienen. Por eso, en nuestra aproximación analítica, nos preguntamos acerca de los testimonios que aparecen en el corpus. Si bien la mayoría de las veces observamos que las voces que aparecían en los artículos eran de sujetos que podrían ser considerados como representativos de muchos sujetos también pudimos notar que no podemos afirmar que por medio de estas voces se esté realizando una representación alternativa de la realidad. Muchas veces, el recurrir a distintos testimonios se hace solamente en pos de agregar “color” o verosimilitud al artículo y no con el objetivo de construir una representación alternativa de la realidad. De esta forma, el cronista nunca termina de cruzar la frontera simbólica que lo separa del universo representado. Aventuraremos que las características de las crónicas urbanas planteadas en la teoría que conforma nuestro marco teórico y que no vemos reflejadas en nuestro corpus están ausentes, tal vez, por el soporte en el que están inscriptas. Al ser sus contextos distintos medios masivos se ven “obligadas” a seguir su línea editorial. Sin ir tan lejos, la cuestión de la línea editorial podemos verla en el lenguaje utilizado por cada cronista. El vocabulario, los testimonios recogidos y las diferentes proporciones de lenguaje literario y jerga periodística en la mixtura final son claros ejemplos de lo dicho anteriormente. Es que los cronistas tampoco pueden escapar y ser ajenos a la circulación de discursos en la cultura de masas. Y es en este punto donde el soporte los condiciona. Es por esta razón que decimos que algunas características de la crónica urbana como género (dar cuenta de lo complejo y no recurrir a estereotipos, dar la voz a quienes no la tienen, presentar una mirada alternativa de la realidad) no están presentes en gran parte del corpus analizado. De esta manera, se afirman y refuerzan simplificaciones asumidas como verdaderas por el sentido común y se impide el surgimiento de modos alternativos de conocer y construir al barrio. Por otro lado, vale aclarar que sí vemos aquella característica de la crónica urbana que nos habla del género como testimonio de una época. Creemos que los distintos cronistas han realizado un trabajo de representación de una época vivida en un barrio que puede ser representativo de las urbes latinoamericanas aun cuando algunas de las descripciones u opiniones deslizadas sean representaciones que se condicen en algunos aspectos con el relato que los medios de comunicación dominantes imponen. En este sentido, el clima epocal reconstruido no intentaría transgredir ciertas naturalizaciones del sentido común sino que las alimentaría en más de una ocasión. En este punto coincidimos con lo que sostiene Tanius Karam cuando afirma que “...la mirada no es pasiva, tiene el poder de actuar sobre la realidad ya sea para transformarla o para conservarla”²²³. De esta manera, el rol de los imaginarios sociales que subyacen en el corpus no es menor ya que los imaginarios no sólo sirven para incluir y

²²³ Karam, 2004.

excluir a los demás, sino que también funcionan como mecanismos de legitimación del orden social. En la **tercera parte** planteamos a Once como una "herida en la ciudad". Nos referimos, en este caso, al barrio en cuanto escenario de diversos hechos trágicos como el atentado a la AMIA en 1994, el accidente de trenes de febrero de 2012 titulado como "La tragedia de Once" y el incendio en República Cromañón en 2004. Mencionamos no sólo la presencia del recuerdo de las tragedias en las crónicas y como fueron descritas en estas, sino también la construcción de sus víctimas y de sus familiares. En este apartado se hizo más evidente la toma de posición del cronista y su rol fundamental en la construcción de la crónica. A partir de distintas modalidades enunciativas, se hizo evidente que en este género tienen mucho más peso las valoraciones del autor que en otro tipo de artículo periodístico menos argumentativo. Ya desde los recorridos escogidos por los cronistas que, obviamente, tienen relación con el eje de su crónica, podemos notar que hay cosas que se eligen contar y cosas que no. Un ejemplo de esto es la crónica "Once, de enclave judío a espacio multicultural" donde la autora recoge distintos testimonios de vecinos del barrio que no coinciden con otros testimonios recogidos en crónicas como "El barrio donde todo tiene precio". La **cuarta y última parte** plantea a Once como barrio-mercado, refiriéndose a él como el lugar dentro de la Ciudad de Buenos Aires donde es posible comprar cualquier artículo buscado y que a su vez funciona como sinécdoque de una situación económica nacional. Hemos señalado cómo este es un mercado con lógicas y leyes propias, que contrastan con las del imaginario de orden burgués, cercano a la racionalidad y pragmatismos mercantiles. Sostenemos en dicho apartado que la mirada de los cronistas que se posan en el barrio como espacio de compra y venta rescata en general valores como el desorden, la cercanía de los cuerpos en el espacio y el intercambio de mercancías de imitación, y les asigna el estatus de disfuncionalidad. Éstos se hacen evidentes al lector por medio de la utilización de recursos representativos del género de la crónica urbana, como lo son la enumeración, la presencia de los sentidos de la visión, el olfato y oído, así como la intertextualidad que deja entrar voces al relato y se suma a la yuxtaposición de elementos. Es por medio de este análisis que buscamos esclarecer los procesos por los cuales se genera lo que denominamos el efecto de lectura principal: la acumulación. Pero sin embargo, en raras ocasiones, cronistas como Cucurto logran mostrarnos que detrás del caos aparente estamos ante una organización que, como hemos mencionado, no respeta leyes dominantes del orden. Para comprender el significado que tiene en nuestra sociedad la necesidad del orden recurrimos a el concepto de shopping-center²²⁴ de Beatriz Sarlo. Por medio del contraste que encontramos entre la cápsula territorial y temporal del centro comercial y las características mencionadas por los autores del mercado del Once

²²⁴ Sarlo, 1994.

elaboramos nuestra conjetura: el mercado del Once sólo puede ser comprendido desde una mirada que se pose sobre los mercados latinoamericanos. A lo largo del capítulo argumentamos cómo la mirada de los autores, sobre todo los dos autores que más tratan la temática del mercado como son Cohen y Cucurto, oscila entre el acercamiento e interés por ser parte del universo narrado y el alejamiento; una postura distante que se deja entrever en el uso de determinados subjetivismos, la recuperación de voces singulares, y el uso de referencias intertextuales más cercanas al canon literario que a las voces populares. A través de la intrincada red en donde se entrelazan distintas construcciones, representaciones y características del barrio de Once, vamos viendo **qué y cómo es** el Once para los autores que dan cuenta de diversas aproximaciones. Por ejemplo, para Blejman²²⁵ el verdadero Once es lo escondido, lo oculto. El cronista viene a mostrar el **verdadero** Once: “Hay un secreto jamás contado”²²⁶. En cambio, Cucurto plantea en su crónica²²⁷ todo lo contrario; el Once está ahí, al alcance de todos, y somos nosotros quien debemos ir a su encuentro: “Liberate, abrí los brazos y los pulmones y recibí una buena dosis de Once”²²⁸. Entre estos dos extremos transitan las crónicas que componen nuestro corpus. Y es así como surgen el barrio-mercado, el barrio-migrante, el barrio-marginal y el barrio-herida en la ciudad. Es interesante señalar que, si bien aparecen diversas miradas sobre el barrio, todas estas pertenecen a los cronistas. En ningún momento se menciona como perciben los "representados" (vendedores ambulantes, comerciantes, miembros de distintas comunidades, etc.) al Once. Allí podemos ver la gran paradoja de la crónica urbana que se presenta como un formato democrático e inclusivo pero la mayoría de ellas no están escritas por sus protagonistas. En mayor o menor medida se retoman sus voces pero es el autor del artículo quien decide qué voces incluir y cuáles recortar. Por último, no podemos dejar de destacar que la crónica urbana no puede escapar de sus circunstancias: no es reflejo fiel de la realidad sino artificio y construcción de la escritura.

²²⁵ Autor de “Bienvenidos a Once”.

²²⁶ Blejman, 2004.

²²⁷ Nos referimos a la crónica “El barrio donde todo tiene precio”.

²²⁸ Cucurto, 2012.

Referencias bibliográficas

- Anderson, Benedict (1983). "Conceptos y definiciones". En B. Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: F.C.E, 1993.
- Anderson, Benedict (1983). "Introducción". En B. Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: F.C.E, 1993.
- Arnoux, Elvira y colaboradores (1986) "Polifonía". Material producido especialmente para la cátedra, en Curso completo de Elementos de Semiología y Análisis del discurso. Fascículo 4. Buenos Aires: Ediciones Cursos Universitarios.
- Augé, Marc (2000). "De los lugares a los no lugares" en *Los « no lugares » espacios del anonimato*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Bajtín, Mijail (1982). "El problema de los géneros discursivos" en *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI editores.
- Barth, Fredrik (1969). "Introducción" en F. Barth, *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México: F.C.E, 1976.
- Barthes, Roland (1985). "Semiología y urbanismo" en *La aventura semiológica*. Barcelona: Ediciones Paidós, 1993.
- Beker, Osvaldo y Emiliano Mansilla (comp.) (2013). *Escribir la ciudad. El taller de escritura y la crónica urbana*. Buenos Aires: Zeit ediciones.
- Birmajer, Marcelo (2006). "Nota previa" en *El Once, un recorrido personal*. Buenos Aires: Aguilar.
- Boivin, Mauricio; Ana Rosato y Victoria Arribas (2007). *Constructores de otredad: una introducción a la antropología social y cultural*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Bonfim, Carlos (2003). *Humor y crónica urbana. Ciudades vividas, ciudades imaginadas*. Quito: Ediciones Abya-Yala; Universidad Andina Simón Bolívar; Corporación Editora Nacional.
- Bourdieu, Pierre. (1979). "La elección de lo necesario" en *La distinción*, Madrid: Taurus, 1979
- Bourdieu, Pierre. (1987). "Espacio social y poder simbólico". En *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa, 2007.
- Castoriadis, Cornelius (1982). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Falbo, Graciela (2007). *Tras las huellas de una escritura en tránsito. La crónica contemporánea en América Latina*. La Plata: Ediciones al Margen.
- Gelpí, Juan (1997) "Sujeto y cultura urbana (Octavio Paz, Elena Poniatowska y José Joaquín Blanco) en *Revista de Crítica Cultural N°14 Relatos de la ciudad y crítica urbana*, Santiago de Chile.
- Goffman, Ervin (1963). "Estigma e identidad social" en E. Goffman, *La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu, 1998.
- González Requena, Jesús (1987). "Enunciación, punto de vista, sujeto" en *Revista Contracampo IX, 42*, (págs. (6-47)).
- Iglesias Sánchez, Brenda (2008). "Crónica urbana, la experiencia de vivir en la ciudad" en Marco Córdova Montúfar (coordinador), *Lo urbano en su complejidad: una lectura desde América Latina*. Quito: Flacso.
- Karam, Tanius (2004). "Representaciones de la ciudad de México en la crónica" en *Revista de investigación social*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (1987). "Capítulo 3: Más allá de la positividad de los social: antagonismo y hegemonía" en *Hegemonía y estrategia socialista*. Madrid: Siglo XXI.
- Martini, Stella (2009). "El delito y las lógicas sociales. La información periodística y la comunicación política" en S. Martini, & M. Pereyra, *La irrupción del delito en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Biblos.
- Martini, Stella (2003). "La sociedad y sus imaginarios". Buenos Aires, Documento de la Cátedra (versión original 2002).
- Montes, Alicia (2009). "Esto no es una pipa: la crónica urbana y el problema del género". Ponencia presentada en el VII Congreso Internacional Orbis Tertius "Estados de la cuestión", Universidad Nacional de La Plata.
- Pereyra, Marcelo (2009). "Cartografías del delito, territorios del miedo" en S. Martini & M. Pereyra, *La irrupción del delito en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Biblos.
- Real Academia Española (2001). Diccionario de la lengua española (22.aed.). Consultado en <http://www.rae.es/rae.html>
- Reguillo, Rossana (ed.) (2001). "El laberinto, el conjuro y la ventana", cuaderno anexo a *La lotería urbana: un juego para pensar la ciudad*. México: ITESO.
- Reguillo, Rossana (2004) en T. Andrade, "La crónica es una marca de época" en *Elsalvador.com*, 4 de julio de 2004. Disponible en: <http://www.elsalvador.com/vertice/2004/040704/entrevista.html>
- Reguillo, Rossana (2007). "Textos fronterizos. La crónica, una escritura a la intemperie" en Graciela Falbo (ed.). *Tras las huellas de una escritura en tránsito. La*

crónica contemporánea en América Latina. La Plata: Ediciones Al Margen.

- Sarlo, Beatriz (2010). "La ciudad de las mercancías" en *La ciudad vista: mercancías y cultura urbana*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Sarlo, Beatriz (1994). "Ciudad" en *Escenas de la vida posmoderna: Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires: Seix Barral, 2011.
- Steimberg, Oscar (1998). "Proposiciones sobre el género" en *Semiótica de los medios masivos*. Buenos Aires: Atuel-Colección del Círculo.
- Tomás, Maximiliano (2011). *La Argentina Crónica*. Buenos Aires: Booket.
- Verón, Eliseo (2004). "Diccionario de lugares no comunes" en *Fragmentos de un tejido*. Barcelona: Gedisa.
- Verón, Eliseo (1995). "Semiosis de lo ideológico y del poder" en *Semiosis de lo ideológico y del Poder. La mediatización*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, U.B.A.
- Verón, Eliseo (1993). *La semiosis social*. Barcelona: Gedisa.
- Villoro, Juan (2006). "La crónica, ornitorrinco de la prosa" en *La Nación*, 22 de enero de 2006. Disponible en: <http://www.lanacion.com.ar/773985-la-cronica-ornitorrinco-de-la-prosa>
- Villoro, Juan (2003). "El vértigo horizontal. La ciudad de México como texto" en Boris Muñoz y Silvia Spitta, editores, *Más allá de la ciudad letrada: Crónicas y espacios urbanos*, Pittsburgh: Biblioteca de América.
- Voloshinov, Valentín (1998). "La construcción de la enunciación" en *¿Qué es el lenguaje? La construcción de la enunciación, Más allá de lo social...* Buenos Aires: Editorial Almagesto.
- Voloshinov, Valentín (1976). *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Žižek, Slavoj (1992). "Che vuoi?" en *El sublime objeto de la ideología*. México: S. XXI.
- Žižek, Slavoj (1992). "¿Cómo inventó Marx el síntoma?" en *El sublime objeto de la ideología*. México: S. XXI.

Corpus

- Blejman, Mariano (2004). "Bienvenidos a Once" en *Página/12*, Buenos Aires, 21 de octubre de 2004. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/no/12-1410-2004-10-27.html>
- Cohen, Marcelo (2007). "Consolación por la baratija" en AA. VV., *Diagonal Sur*. Buenos Aires: Edhasa.

- Cucurto, Washigton (2012). “El barrio donde todo tiene precio” en *El Guardián*. Buenos Aires, 4 de enero de 2012. Disponible en: <http://elguardian.com.ar/nota/revista/324/el-barrio-donde--todo-tiene-precio>
- Fernández Escudero, Clara (2013). “Once, de enclave judío a espacio multicultural” en *Perfil*. Buenos Aires, 19 de enero de 2013. Disponible en: <http://www.perfil.com/ediciones/elobservador/-20131-746-0063.html>
- Mitelman, Cristian (2007). “Miserere” en *Villa Medea*. Buenos Aires: Los Cuadernos de Odiseo.
- Sarlo, Beatriz (2013). “El largo camino del dolor” en *La Nación*, Buenos Aires, 23 de febrero de 2013. Disponible en: <http://www.lanacion.com.ar/1557370-el-largo-camino-del-dolor>
- S/A (2011). “Once: una ciudad dentro de otra” en *La Nación*, Buenos Aires, 11 de abril de 2011. Disponible en: <http://www.lanacion.com.ar/1364593-once-una-ciudad-dentro-de-otra>

Anexo

El largo camino del dolor

Por Beatriz Sarlo | Para LA NACION

Estación Once, nueve y media de la mañana. El primer acto del día ha terminado. Se descuelga el gran cartel que pide justicia. Sobre los indicadores celestes de la empresa, que dicen: "Estamos trabajando para brindar un mejor servicio. Disculpe las molestias", se destaca un rectángulo negro con letras blancas: "Maldita impunidad". Parece la intervención gráfica de un artista, alguno de los que, en el zócalo superior del hall, muestran sus obras sobre la catástrofe.

Para llegar a la línea de velas, encendidas sobre el borde del andén 2, se pasa frente a un austero abanico de rosas rojas. De uno y otro lado de estas flores, todos tienen una historia que contar: los familiares, los amigos, los vecinos, gente digna, firme, ajena a la verborragia. Un raro equilibrio, que ya impresionaba como excepcional desde el principio, cuando un padre y una madre que todavía no habían encontrado a su hijo mostraban la decisión de reconstruir la tragedia, saber realmente qué había pasado en ese amasijo de hierro y plástico.

Con una vibrante intervención de Manuel Callau ha comenzado el aniversario. Pero es difícil saber lo que vendrá. A mediodía en la Catedral hay una misa. En el altar, algunas fotografías de las víctimas. Apoyadas en los bancos, otras. Gente de remera negra y la palabra Justicia. Gente de remera blanca con la foto y el nombre de su muerto.

Los que conocen la Catedral dicen que está colmada. Rodeados por el estruendo del microcentro y los bombos que suenan en el otro extremo de Plaza de Mayo, el dolor es, en la Catedral, silencioso, como en esos planos de televisión que hemos visto, donde hombres casi viejos están llorando a su hija, a su hijo, sin llevarse las manos a los ojos, para evitar el gesto clásico del llanto. El acto del atardecer será distinto, de una intensidad tan fuerte como este silencio.

Es un día interminable porque las muertes de Once tienen para sus familiares ese carácter: no terminan de suceder y volverán a suceder cuando se abra el juicio oral. Por decisión moral esta gente ha elegido no encarcelar a su muerto en el duelo privado.

A las cinco y media de la tarde, la Plaza empieza a ocuparse. El palco, de espaldas a la Casa de Gobierno, los carteles todos iguales que reparten muchachos y muchachas. Miles de celulares multiplicarán miles de fotos de esos cartones donde se pide justicia. Los partidos que llegan, traen estandartes pequeños; Altamira marcha bajo una pancarta que denuncia el crimen de Mariano Ferreyra. Después de caminar cuarenta kilómetros desde Moreno, el Partido Socialista Argentino llega sólo con banderas blancas, sin identificación.

Otros políticos, Tumini, Donda, Stolbizer, se desplazan sueltos por la Plaza. Aquí está pasando algo diferente a la costumbre inveterada de competir por la visibilidad y el espacio. A esta Plaza la llenan quienes no tienen una relación personal directa con la tragedia de Once. Todos dicen que vienen para solidarizarse. No hay gritos mientras se espera pacientemente que funcione el audio. Sólo, de vez en cuando, olas de aplausos. A las ocho menos cuarto Ernesto Tenenbaum y Gabriela Radice, actuando como locutores, dan por comenzado el acto. Y le pasan el micrófono a Pérez Esquivel, que reclama un "nunca más" y la nulidad de todas las concesiones ferroviarias. Después, nueve familiares leen su texto: nerviosos, angustiados, enfrentando por primera vez el vértigo de una multitud.

El día fue un crescendo, pero no necesariamente podía esperarse un final como el que le dio el documento consensuado por los familiares de las víctimas. Se leyó un gran texto, de los que no abundan y hay que citar: el acto no es una victoria porque nunca debió haber existido su causa, dicen; los responsables son los corruptos, vengan de donde vengan, por eso es indispensable la batalla legal, cuyo desenlace debe dejar en claro que la "tragedia fue consecuencia de la voluntad de enriquecerse". La Justicia estará enfrentada con pruebas sobre las que deberá resolver y personas que deberá condenar "lleven el apellido que lleven". El tono es el de la resolución más firme y lo acompaña un desafío a quienes están a espaldas del escenario: los ocupantes de la Casa Rosada, que no van a poder "borrar los años de abandono".

Sin embargo, la afirmación que parece más sutil y más decisiva no se refiere a la tragedia ni a la corrupción, sino a esa Plaza de autoconvocados: "Éste no es un acto político: es un hecho político". Con esta frase culmina el crescendo de este 22 de febrero. La Plaza es política, no porque se silbe el nombre de Cristina Kirchner (muy moderadamente, en verdad), sino porque un sujeto colectivo elige designar su acto con ese nombre. Los familiares de Once, con su estilo manso, merecen justicia. Pero quizá sean también el impulso de un nuevo tipo de ciudadanía, lejos de una oposición encerrada en el insulto e igualmente lejos de convertirse en carne de una operación que los coopte. Aprendieron demasiado.

Jueves, 21 de octubre de 2004

CRONICA Y GUIA DEL BARRIO MAS INTERNACIONAL DE BUENOS AIRES

Bienvenidos a Once

El suceso de la película El abrazo partido y el reciente estreno de la serie televisiva Mosca y Smith en el Once ponen en el centro de la escena un barrio muy particular, con vida y personajes propios. Donde se hablan muchos idiomas y conviven muchas costumbres: gente, olores, dinero, sabores y soledades. Antes que sea "Once (y algo más)", conviene experimentarlo tal cual es...

TEXTO: MARIANO BLEJMAN

FOTOS: NORA LEZANO

Un policía empalma su gorra con la mano izquierda, mientras usa la derecha para tocar unos collares de oro que vende un senegalés que hace un año llegó a la Argentina, y ya tiene trabajo: vende oro. Dice que vende oro sobre calle Corrientes, entre Pasteur y Azcuénaga porque cuando llegó de su país sólo conocía a otros morochos como él (que venden oro en Plaza Miserere) y porque hasta que pudo aprender a hablar algo de español, sólo le quedaba dedicarse a lo que sus amigos le ofrecían: vender oro. Pero Nakar así se llama el senegalés tiene un walkman enchufado a su cerebro donde oye música de su país natal. Entonces, su cabeza permanece en otro planeta.

El brasileño de Viamonte y Uriburu, en cambio, está todo el día sentado en la puerta de un locutorio. Nadie sabe bien a qué se dedica, pero ya se hizo amigo de Coco, el quiosquero que durante las noches permanece abierto y oficia de guardarropas de Angelís, boliche gay, travesti y de otros, enfrente a la morgue. La morgue que se llena de movileros y fotógrafos cuando hay alguna muerte famosa que las revistas del corazón deciden cubren con ahínco. Unas cuadras más allá, un ejército subterráneo de mozos viaja de un negocio a otro, llevando no sólo cafés sino también historias de vida. Son los mensajeros del chisme, los amantes de lo ajeno (pero no de lo material, tan sólo de sus sueños), capaces de equilibrar dos tostados, tres cortados y dos medialunas, esquivar tres coreanos y una familia judía con una sonrisa, llegando justo a tiempo cuando la panza pica en la lencería de enfrente.

Antes que sea tarde, el No se metió a recorrer el Once para ofrecer su propia versión turística de lo que ya comienza a ser mirado con otros ojos. Un poco, después de la película El abrazo partido de Daniel Burman (elegida para representar a la Argentina en el Oscar, reestrenada hace unas semanas). Otro poco, con la seria intención de que la visión sobre el barrio más políglota de Buenos Aires no quede sepultada por la llegada de la serie de

Telefé Mosca y Smith en el Once, de los publicistas Agulla & Baccetti (los mismos del penal a Dios, la cucaracha de MTV y, sí, la campaña presidencial de Fernando de la Rúa). Resultado: hay cada vez más turistas ¡también en el Once! Un barrio no detenido en el tiempo: porque el tiempo pasa más rápido en el barrio judío, coreano, boliviano, peruano, senegalés, burkinafasino, chaqueño, rastafari, policía, mexicano, sanjuanino, explosivo, del Once.

El barrio viene a ser una especie de aquelarre mal organizado de los mejores sueños o de abrumadoras derrotas cotidianas. Detrás de ese aparente caos hay un perfecto control donde cada papelito tirado en el suelo puede ser el mensaje que otro recibe, donde los rostros piden no ser fotografiados jamás, bregando ser anónimos en ese lugar lleno de extraños planetas por algún asunto de migraciones, economías o política internacional. Es curioso: están para vender, pero prefieren ser perfectos desconocidos. Como si la intimidad de la calle o mejor aún, el bullicio de las veredas fuera el mejor escondite para esas mañas con historia.

Antecedentes

Once es el mejor centro de informaciones de la ciudad para saber cómo marcha el rumbo de la economía. Se llenó de negocios de importación y exportación durante la convertibilidad, y cuando vino la debacle los coreanos y sus puertas importadas se cerraron en menos de una semana. Parecía que el Once iba a morir definitivamente, que la ciudad se correría a Palermo Hollywood (donde fueron muchos de los hijos de la colectividad judía que crecieron en el Once) dejando un vacío, pero en menos de un mes otros coreanos, unos peruanos, algún argentino, de nuevo los de la colectividad judía, habían abierto tiendas de telas, de cortinas, de sábanas, de ropa nacional, o importadas pero truchas, y ya estaban comprando nacional y vendiendo como si nada hubiese sucedido. A pesar de su historia migrante, el Once es sólo presente: hombres que se levantan un día para llegar a la noche, para volver a despertarse al otro día. Además es un barrio móvil. Porque sus negocios son intercambiables: como que las oficinas de viajes están en una galería de Corrientes, o en otra de Castelli. Que las casas de juegos que están por Azcuénaga al 300 a veces están al 200, otras al 400. Que las telas andan por Pasteur, o por Larrea, depende la hora del día. Se van moviendo.

Dónde comer

El legado de haber sido barrio plenamente judío hasta los '80 no es en vano. Además de la AMIA, las sinagogas, los templos, los clubes y los teatros sobre todo los fines de semana, se suele ver a las familias judías más religiosas paseando por estrechas veredas en busca de esos lugares donde comer aprobado por los rabinatos. Por Viamonte entre Pasteur y

Azcuénaga hay un par de restaurantes kosher sólo basta chequearlo en la página www.todokosher.com que tiene información bastante actualizada sobre los vinos aprobados por los cuatro rabinatos. Existe una variada gama de restaurantes al paso, sobre todo los que valen un peso. Un peso, al paso. Todavía no se le ocurrió a nadie. Es fácil encontrarlos a pesar de la sobreabundancia de oferta visual del barrio. De la mítica Perla de Once, donde Tanguito compuso La balsa que cantó Litto Nebbia (y que anunció, como en un mantra, Javier Martínez en la grabación original de Tango), quedan sólo recuerdos más o menos sucios.

El único momento donde queda clara la convivencia de las comunidades es el domingo al mediodía: sólo quedan abiertos lugares para comer, sólo van a comer aquellos que trabajan como perros durante toda la semana. O aquellos que se toman la tranquilidad del barrio para encontrarse con los suyos. Pero los lugares también están escondidos: podría decirse que de calle Rivadavia hacia el sudoeste es zona peruana y boliviana de bares, mientras que hacia el sudeste se encuentran los coreanos, y sus consiguientes laveraps, aunque se distribuyen bien con los mercaditos.

Dónde dormir

El hotel tiene vista a la plaza, confort asegurado, buena atención de una madama con acento español, algo de limpieza en sus escaleras de mármol, aunque no se puede hablar bien del asunto del ruido: enfrente se detienen prácticamente todos los colectivos de Buenos Aires. Exactamente 31. También llegan los trenes, los camiones y las vans en que viajan ilegales hacia Morón y Moreno. En frente están los gatos subidos a un monumento que casi nadie sabe qué conmemora. Es por la batalla del 11 de septiembre de 1852, donde los martes un grupo de evangelistas o tan sólo un evangelista con megáfono rojo rezan plegarias y cuentan experiencias personales donde conocieron a Dios, pero no pudieron arreglar nada. Ese es el contexto para alojarse en el Hotel Once (sobre Rivadavia, frente al Centro de Jubilados), un arruinado albergue que presume de un pasado ampuloso y que cobra unos veinticinco pesos la noche, veintiocho si es fin de semana o feriado. Sobre la calle Pueyrredón está el Hostel Pueyrredón. Lo raro es que su entrada no existe.

Dónde comprar

Hay un secreto jamás contado: ¿cómo conviven tantos negocios parecidos en una misma cuadra? Pues, no todos los negocios que parecen ser iguales son realmente iguales. Para comprar una cortina y sus accesorios hay que recorrer por lo menos tres de ellos. Uno para la tela, otro para el barral, un tercero para las terminaciones. Un local de la galería de Corrientes al 2451 ofrece: "Traiga a toda su familia con confianza y seguridad" para viajar por Jovicar Tours hacia el Perú. Se puede ir a Lima y volver por 175 dólares, en avión

cuesta 280 dólares. En la puerta, una señora petacona de rulos está comiéndose un sándwich mientras ofrece dólares (compra a 2,96 “mejor que en las casas de cambio”), y en la pared un cartelito ofrece entradas para la “Gran Pollada” que la comunidad peruana realizará próximamente en el Club Italiano. La pollada es eso: un gran lugar donde se va a comer pollo, con sorteo.

También en la galería se venden celulares por 70 pesos, sin promoción del Día de la Madre ni nada. “Usted puede convertir a tarjeta cualquier teléfono móvil posible”, invita un hombre desde la puerta. En el fondo de la galería, una peluquería atiende con fotos derruidas e invita a sentarse. Sólo peruanos están sentados allí, cortando sus esperanzas de a poco, rogando que no sean canas azules lo que sale por atrás. Los peruanos han recreado su mundo, amparados entre ellos. Hasta montaron estudios jurídicos donde asesoran ante problemas legales.

Un grupito de manos tristes juntan unos platos de arroz y comen en las cabinas de unos locutorios de madera que venden la tarjeta La Peruanita, una versión de la Hable Más, que por cinco pesos comunica con Perú y ¡hablás más! Porque en Corrientes 2451, el imaginario está puesto a miles de kilómetros de distancia: en Lima. Es una economía dentro de otra economía, colapsada por países colindantes (como Bolivia o Paraguay), pero también influida por economías más lejanas como la china o coreana.

Qué visitar

La plaza de Once (en realidad, Plaza Miserere) tiene un Centro de Jubilados, cuyos miembros juegan todos los días al tute y a las bochas. He aquí una revelación: ¿notó alguien que Plaza Miserere tiene una lujosa cancha de bochas en el medio de la plaza? Como sea, ninguno de ellos estaba cuando, en 1799, fray Damián Pérez, religioso franciscano, recibió un terreno donde más tarde se levantó una capilla dedicada a Nuestra Señora de Balvanera, la que durante mucho tiempo proveyó las necesidades espirituales de los escasísimos vecinos del lugar. Según una versión, el nombre de Miserere proviene del vocablo latino Misserere que significa “ten compasión”, por la matanza de animales en la época del Matadero del Oeste. La plaza fue importante escenario durante las invasiones inglesas y desde allí don Santiago de Liniers intimó la rendición del general William Carr Beresford. Por cierto, se llama “Once” por la fecha de la batalla de Pavón, el 11 de septiembre de 1852.

Alejados del bizarrismo que percude cualquier visualización del barrio, los recordatorios de los 85 muertos que dejó el atentado terrorista a la AMIA están incrustados en las baldosas de Pasteur desde el 500 hasta el 800. Son baldosas con nombres que los vecinos pisan sin querer, que hasta podrían pasar desapercibidas pero están ahí, como testigos frescos que explican los motivos que llevaron a los ¿últimos? cambios ergonómicos del barrio: cada

institución judía tiene sus consabidos pilotes. Hay tensión evidente cada vez que alguien pasa, o se detiene.

Cómo llegar

El suizo llega a visitar Buenos Aires. Está asustado porque leyó en Internet que hay un robo cada cuarenta y cinco segundos, y se cree que todos van a ser para él. Entonces su primo local decide llevarlo a dar una vuelta por el Once, por la estación de trenes y sus oscuros pasadizos a las seis de la tarde, cuando todos se vuelven para el lejano Oeste, donde (dicen) está el agite. El suizo se guarda las manos en los bolsillos mientras un verdadero enjambre de viajeros lo empuja. Hacia adelante o hacia atrás, o hacia los costados, o lo dejan quieto y lo empujan a una casa de electrodomésticos y entonces el suizo se compra un walkman con radio AM, como para que no digan nada. Pero no le roban. La mejor forma de llegar al Once es a través de las líneas ferroviarias que vienen desde el Oeste. Puede ser para meterse en el corazón gris de Buenos Aires, en ese mismo lugar donde alguna vez los ingleses tuvieron que escaparse, cuando invadieron la ciudad en 1806.

Y ahí enfrente está la Plaza. Hay una historia que ya no se sabe si es mito o realidad. Pero varias personas confiaron a este cronista que, en una de las esquinas de Plaza Miserere, un inmigrante iraquí vende tres pares de medias por seis pesos. El iraquí llegó escapado en avión y cuando arribó a estas pampas tenía listo su microemprendimiento de venta de medias. Algunos dicen que el iraquí contó que era ingeniero nuclear y había trabajado para el mismísimo Saddam Hussein, y dice que Hussein tenía armas de destrucción masiva y que Bush no sabe buscar bien. Hay un argentino que se llama Marito que vende incienso fuerte (de esos gorditos que tienen un nombre raro) con forma de habano. “¿Se fuman?”, pregunta algún paseante. “Sí, se pueden fumar. Pero no pegan”, confía Marito. “¿Vos estás siempre acá?” “A veces acá, otras más allá y otras estoy en cana.” Porque viene la policía a realizar controles incontrolables y se lo lleva. Pero Mario y todos los demás vuelven, como hormigas predestinadas a acercarse a su comida de siempre.

El barrio donde todo tiene precio

Escribe **Washington Cucurto**

Fotos **Nacho Sánchez**

El barrio de Once puede ser para muchas personas un lugar insoportable. De cierta manera lo es. No voy a negarlo, para espíritus fifis el barrio debe ser una cagada. Si vas un viernes de quincena, a las tres de la tarde, te vas a dar cuenta de lo que es el barrio, algo imperdible, un suceso cultural del cual no podés quedar afuera por nada del mundo. No seas gil, si estás mal, si tu novia te dejó, si tu hijo repitió de grado, sacate los prejuicios y pegate un buen baño de Once.

Para disfrutar de Once es fundamental sacarse la careta y arrojar al tacho la mochila de prejuicios que hace insoportable la vida de todos. No se puede andar por la vida siempre temeroso, preocupado porque te birlen la billetera. Entregate. Aunque más de una vez escuchaste frases como ésta: “Si vas para Once, agarrá bien la cartera y cuidate de los pungas”, vos entregate.

Liberate, abrí los brazos y los pulmones y recibí una buena dosis de Once. Y en este plan liberatorio, nos soltamos con Nacho a caminar por uno de los barrios más latinoamericanos del mundo. Veremos como todo explota.

Esta tarde, el barrio simplemente explota. Explota de vendedores ambulantes; explota de piratas copiones, de pungas, de telas colorinches, de baratijas inimaginadas, pero muchas veces soñadas. ¡Explota! ¡Y nosotros explotamos con el barrio! Por cada lugar que recorro hay una crítica hacia los peruanos; un reproche triste, una intolerancia muy porteña que me rompe el alma y que acusa a estos caballeros que están ganándose el mango, como todos. La culpa de todo no es de los peruanos.

¡Cuánto arte, cuánta historia, cuánta cumbia, cuánta salsa y cuánto César Vallejo le debemos al Perú! Un escritor un poco burgués, otro toco bailanero dijo que “en cada peruano late la cumbia y late César Vallejo”. ¿Estoy loco? ¿Soy un boludo atómico? Nooo.

Once es como el paco, te pega con todo. Yo soy adicto al Once. El barrio te hace adicto; te revienta los sentidos. Hay un antes y un después de Once, en la vida de cada laburante, de cada familia proleta. Mis mejores medias de toalla las compro en Once: tres pares por diez pesos. Y mis medias azules de Once son parte de mi identidad; sería otro sin mis medias piratas de toalla. Mis zapatillas de tela también me las compré en Once, ¡son espectaculares! Imitación de las Topper, pero mejores. ¡Fuera zapatos, esclavos del narcisismo viril!

Y en medio de este bolonqui de gente cargando bolsas llenas de chucherías; de manteles de plástico, que están buenísimos para la mesa de casa; bolsas llenas de polleritas de colores, cedés; comida del Trópico. Lo que quieran. Gente comiendo, cargando,

comprando; soñando con cualquier cosa que ve en la vidriera, sonriendo por los precios siempre baratos, andamos dos tipos callados, observadores, dos auténticos quijotes de la contemporaneidad: Nacho y yo.

Hacia este mundanal glorioso y para sus lectores, la revista tuvo la idea de sacar a este cronista y a Nacho, el fotógrafo, a recorrer las calles de un barrio, un mundo, casi un país diferente, lleno de emociones y capaz de darle una vuelta de tuerca al desastre. Ya de entrada, en la esquina genial de Sarmiento y Pueyrredón, comienza la acción, los vendedores incas nos calan la onda de la cámara fotográfica y nos sonríen. Ponen cara para la foto. “¿Para dónde es?”, nos preguntan y nosotros seguimos, estrellas, bien agrandados, casi sin parar, al paso les respondemos, “para *The Guardian*”, dice Nacho en un perfecto inglés.

Antes habíamos estado en lo de Marta, una señora peruana, dueña de un fantástico restaurante de comida peruana. Se autoproclama como “la cocinera número uno de Centro Lima”, lo que no es poco decir. Todo ser que tenga dos ideas sobre gastronomía sabe que la comida peruana es la mejor del mundo. Nos sacamos unas fotos en su restaurante tomando una chicha bien helada y continuamos con nuestro fascinante peregrinaje sociológico por el barrio.

Primera aclaración: esta será la crónica de las fotos.

Descubrimos que las fotos son algo importante para los laburantes de Once y entramos a sacarnos. Meta flash podría llamarse un grupo de cumbia peruana. Flash, flash, flash. Constatamos que casi toda la venta ambulante de Pueyrredón son hermanos peruanos. En realidad, los restaurantes, las peluquerías, los kioscos, los puestos ambulantes son trabajados por peruanos. Todos quieren protagonismo, todos quieren una foto en la revista. Nos amenazan, “si no salimos los peruanos, los vamos a ir buscar...”.

Explota Pueyrredón, no se puede caminar, debe ser el día más transitado del año. La calle es una pura muestra, una gran exhibición del talento alternativo; de todo lo que es capaz de fabricar el hombre a precios irrisorios. Es un atentado a la visión y al sistema auditivo. Un verdadero desafío para amarretes y una perdición para consumistas como yo.

Comienzan los problemas

Se escuchan unos tiros y con Martín corremos hacia el grado de acción, pero todo se diluye rápidamente, no conseguimos ver nada y quedamos envueltos en la ola de gente caminando. A duras penas, llegamos a la esquina histórica de Mitre y Pueyrredón y les puedo asegurar que nace una segunda mesa grotesca de los galanes. En la esquina de Mitre, frente a la Recova, pegamos onda con los buscas que ofrecen sus termos, sus jarras y tupperes de plástico. Muchachos como nosotros que están ahí ganándose el mango. Pero tienen algo que los distingue del resto del mundo. Llevan el rencor y la alegría a flor de piel.

Y no se callan nunca. Todo lo dicen desde el corazón y les importa un bledo la corrección política o el caretaje.

Matías, 28 años (nueve años vendiendo en Once). Es de Paso del Rey, me encara de entrada.

–¿De dónde son?

–De El Guardián.

–Y qué es eso, ¿los sabuesos de Macri?

–Nooo, una revista de actualidades.

–Ahhh...

–¿Te podemos hacer unas preguntas?

–Si me comprás algo.

Tiene tupperts, cuadraditos transparentes de plástico que no me interesan. De pronto, veo una jarra de plástico y se la compro a 9 pesos.

–Acá el problema son los peruanos.

–¿Por qué?

–Y agarran los mejores lugares, viste. Y ponen a un familiar, a un amigo al lado y te van tirando cada vez mas lejos de la zona de venta. Pero yo respeto y me gusta que me respeten. Si falto el respeto, estoy seguro de que me lo van a faltar, y si me lo faltan, lo voy a faltar, al respeto, ¿me entendés? Por eso estoy en este rincón, me la aguanto.

El rincón del cual se queja Matías es al costado del semáforo, en una de las calles más transitadas del mundo: Mitre y Pueyrredón.

Me corro un poquito y hablo con Gabriel, que no tiene ningún rincón y se mueve y ahora está parado en la esquina. Interpreta su papel de “yosapa” de la esquina. Espectacular, Gabriel es un “yosapa” de alma. A cada niño que pasa le hace una morisqueta, le saca la lengua. Vende narices de payaso y trompetitas de aire. Gabriel tiene 38 años y hace veinte años que trabaja en la calle.

–¿Siempre en Once?

–Toda mi vida vendí en Once, para mí es el mejor barrio del mundo.

–¿Y cuánto te podés hacer en un día?

Piensa mucho y pienso que me va a mentir.

–Y... mucha gaita. Si es un día de quincena como hoy, ponele que te podés llevar 120 pesos con toda la furia. Los demás días ponele unos 80 promedio.

Gabriel es excepcional. Gabriel, el “yosapa” de la esquina, no tiene nada contra los peruanos. Para él son laburantes más, que vienen de muy lejos a ganarse el mango como todos. Le compro, sin que me lo pida, una nariz de payaso que prende sus luces y una trompeta de papel. Ya les dije, soy un adicto a Once.

En la esquina está la carnicería del Gobierno. Entro a hablar con los carniceros y a averiguar cómo van los precios. El prejuicio es moneda corriente en Once. Decidí entrar porque los mismos vendedores me decían que todo era un chamuyo, que los cortes populares nunca están. “¿Es cierto?” es lo primero que le pregunto al carnicero que me mira con bronca, afilando un cuchillo enorme.

La carnicería es del Gobierno, o mejor dicho, el Gobierno le da la concesión a una empresa para que venda la carne a buen precio. Asado, \$16; vacío, \$21; paleta, \$14; bola de lomo, \$24; falda, \$5,70. Los precios son muy baratos. También los carniceros están en contra de los peruanos. “¿De qué va la nota? ¿De lo mal que estamos rodeados?”, me dice uno de los carniceros. Nos saludan, nos damos fuertes abrazos y nos sacamos infinidad de fotos con nuestros buscas amigos de la esquina de Mitre y Pueyrredón. Posamos todos juntos y nos rajamos. Con Nacho, ya comenzamos a desconfiar de todos. Cruzamos a la Plaza y nos encontramos con las mulatas dominicanas que directamente no quieren hablarnos. Una me reconoce y corre a mi encuentro. Es María Inés, una vieja amiga. Le digo que nos saquemos una foto, pero privada, no publicable. Respetamos su decisión y nos volvemos a sumergir en el reino del Perú.

La Recova

Hace mucho calor, hace cuatro horas que conversamos y nos sacamos fotos con todo el mundo. Sin embargo, Nacho me dice que le falta la foto que abra la nota y a mí me falta una declaración explosiva. Pero si todo el barrio es explosivo, le respondo.

El puesto callejero de Once con más gente está debajo de la Recova, casi escondido. Es un puestito de baratijas de bijouteries. Vinchas, aros, pulseras, hebillas para el pelo, extensores para corpiños, todo a un peso. Es el lugar más barato del mundo. Paula, una de las vendedoras, muy simpática, habla poco, sonríe un montón, atiende a su celular y sólo quiere sacarse fotos. “No tengo nada para decir”, declara en exclusiva como si fuera una estrella de la tele. No para de sonreír y es evidente que le gusta su trabajo. Lo único que me pide es que si sale la revista, le lleve un ejemplar de regalo. Hace mucho calor, la gente nos empuja. Yo voy cargado con bolsas llenas de cosas que compré durante nuestra faena. Nacho no para de sacar fotos. De pronto, me marca algo oscuro. Yo no veo bien por el tumulto. Camino unos pasos más y me choco con Ilksie, un senegalés que vende relojes y anillos en un puestito. Con Nacho, nos miramos y pensamos lo mismo: qué nota tendríamos si consiguiéramos que este morocho nos relate su vida. Cosa imposible, Ilksie, pese a su simpatía, no habla una palabra de español. O tal vez no quiere hablar.

Ilksie es refugiado político y sólo se junta con senegaleses que llegaron al país en su misma condición. Un farmacéutico que lo conoce nos dice que “están protegidos por el Gobierno, no gastan nada, laburan y ahorran y mandan la guita para su país. No se juntan con nadie.

Son muy buenos, no molestan ni le faltan el respeto a nadie. Ilksie tiene 18 años, habla sólo francés, pero se hace entender y tiene una sonrisa espectacular...”.

Me doy vuelta y lo compruebo azorado, Elksie me sonrío y me encandila como un sol. Escucho el clic, clic desesperado de la cámara de Nacho. Me doy cuenta de que ésta es la mejor imagen para cerrar esta crónica.

Posdata: un gran abrazo a todos los laburantes de Once.

CRONICA DE UN BARRIO VIVO

Once, de enclave judío a espacio multicultural

CLARA FERNANDEZ ESCUDERO

Fue la zona adonde llegaron, en masa, los judíos que se establecieron en una Buenos Aires cosmopolita. El fin del siglo XX lo encontró con nuevas culturas: coreanos, peruanos, bolivianos. Historias de vida y vecinos ilustres.

La madre de mi padre no se llamaba Rosa, ni su apellido era Aratuz, como creí hasta que empecé a indagar sobre mi ascendencia. Mi abuela se llamaba, en realidad, Rajel (Raquel), y el apellido de mi bisabuelo David, rabino, era Ratush, aunque no estamos seguros de su grafía original. Tenía seis hermanas y dos años cuando llegó, en 1907. El funcionario que las anotó en el puerto –venían de una zona que creemos hoy es Bielorrusia– puso nombres que sonaban a jardín: Lila, Rosa. Se establecieron en Corrientes y Pasteur. Mi bisabuelo puso una librería y papelería. Allí estaba cerca del templo.

Según los estadígrafos U.O. Schmelz y S. Della Pégola, del Avraham Harman Institute de Jerusalén, desde el siglo XIX y hasta 1959 inmigraron a la Argentina unos 303 mil judíos de distintas partes de Europa y más allá. Muchos de ellos recalaron en Once. Estas cifras son difíciles de precisar, pero sí establecen a la Argentina como uno de los países del mundo que más los recibió.

En los mapas de Buenos Aires, Once es un barrio “no oficial”. Es la denominación con la que se conoce a una zona de Balvanera, delimitada entre Corrientes, Pueyrredón, Rivadavia y Pasteur, aunque estos límites también son objetos de discusión. Su nombre proviene de la terminal de ferrocarril tristemente célebre desde febrero de 2012, que a su vez viene del 11 de septiembre de 1852, fecha en la que Buenos Aires se separó del resto de la Argentina. La plaza, Miserere, debe su nombre a los corrales que fueron escenario de las Invasiones Inglesas.

En los años 90 llegaron los latinoamericanos –especialmente peruanos y bolivianos–, a los que les ganaron, diez años antes, los coreanos, que “llegaban desde Corea del Sur con dólares frescos y capacidad económica como para realquilar o comprar los locales de los vecinos en crisis”, dice Marcelo Birmajer, escritor, guionista y uno de los vecinos más ilustres de un barrio –tiene su estudio en la calle Valentín Gómez– al que defiende desde su trabajo (varias de sus novelas transcurren en sus calles, y le dedicó un libro especial) y desde su pasión. Los coreanos se dedicaron a lo textil y se establecieron entre Tucumán, Junín, Pueyrredón y Sarmiento. Hoy se movieron hacia la avenida Avellaneda, en Flores, pero dejaron su impronta. Los bolivianos los siguieron. Los peruanos coparon más la zona

compartida con el Abasto (ver recuadro), pusieron sus restaurantes, trabajaron especialmente la venta ambulante. La última década trajo –muy de a poco– a los inmigrantes menos pensados: los africanos.

Según su propia autobiografía, Roberto Moldavsky empezó a hacer stand up antes de que él mismo lo supiera: monologando en fiestas, entretiempos de partidos y esperas en paradas de colectivo. Jorge Schussheim (ver columna) lo convocó para la “primera peña judía latinoamericana”, Peña Shmeña, en su restaurante Mamá Europa. Dice que, cuando actúa, sale de Once con su bolsito “y un muestrario, por las dudas”. Durante el día, Moldavsky es comerciante. Maneja un negocio familiar. “Yo soy mitad ‘ruso’ (asquenazí) y mitad ‘turco’ (sefardí), y vendo camperas en invierno y trajes de baño en verano. Me muevo en los dos perfiles”. Es un experto al contar las nuevas fisonomías de un barrio vivo. “De Corrientes para Rivadavia es un Once: cosas más baratas, populoso. La plaza condiciona. Hay que ser guapo para ir. Del otro lado (Rivadavia, Pueyrredón, Córdoba y Pasteur) es más concheto. Más ‘Once Hollywood’. Allá, de aquel lado, en su mayoría son ‘turcos’ y es uno de los lugares más caros de Buenos Aires para comprar un local”, asegura. “Vos vas un sábado a la mañana y está lleno de gente que se mueve, el tren y las terminales de colectivos hacen que haya gente que se nuclea. Del otro lado, los sábados no abren. No estamos aggiornados, el más tradicional no abre y los de otras colectividades sí abren. De todas maneras, en Once Hollywood hay ropa linda, cara; del otro está más rejuntado. Ahí se nota más la penetración de las otras nacionalidades”, dice. “Si se vende, la convivencia es genial. La mezcla de sangres enriquece”.

La vida en Once es eminentemente diurna: arranca a las 9 de la mañana y termina a las 3 de la tarde. Al mediodía hay que vender, negociar, moverse. “Siempre es un quilombo de tránsito. Y eso es muy bueno, porque tiene que haber movimiento, ebullición; si no, no sirve”. Los ortodoxos “son un universo aparte. Venden telas, tienen línea directa con ‘arriba’. Tienen los restaurantes kosher, sus negocios, el templo. Están acá desde hace más de un siglo”.

Marcelo Birmajer y el cineasta Daniel Burman se conocieron en la esquina de Lavalle y Junín en 1975, cuando el primero tenía 8 años y el segundo, 2. Un par de décadas más tarde, Burman llamó a Birmajer para incluir uno de sus poemas sobre el barrio en un documental, Siete días en el Once. Con el cambio de siglo llegó la primera colaboración entre ambos: el guión de la película El abrazo partido, que consagró al director y reveló en Daniel Hendler –un judío rioplatense– a un alter ego que remitía bastante a la vida de

Burman en ese barrio. Tres películas de Burman –Esperando al Mesías (2000), El abrazo partido (2004) y Derecho de familia (2006)– se convirtieron en objeto de estudio: en la Universidad de Illinois se publicó un paper titulado Identidad masculina y judía en la trilogía de Daniel Burman. Esas imágenes quedaron indisolublemente ligadas a un barrio que mantiene ese espíritu de crisol de razas.

Víctor Garelik trabaja en Pasteur 633, dirección que simboliza una de las tragedias más resonantes de los últimos años (ver recuadro). Es director ejecutivo adjunto de la DAIA (Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas) y su vida está signada por ese edificio. Reúne a más de 150 instituciones: templos, escuelas, partidos políticos, clubes. Tras el atentado, la sede fue trasladada temporariamente a la calle Ayacucho. Hoy, el edificio con la fachada que recuerda a sus muertos ocupa en Once “un espacio importante: es uno de sus íconos. Para los no judíos representa lo negativo, por la bomba, y lo positivo, por las actividades que desarrolla. Sí, podría funcionar en otro barrio, pero nos gusta estar acá”, asegura.

La infancia y la adolescencia de Alberto Brusilovsky transcurrieron en Junín 412, donde sus abuelos habían abierto la fiambrería que funcionó hasta 1968. En Nueva York –o alguno de los Palermos– se hubiera llamado deli.

“Mi abuelo llegó en 1912 de la zona de Odessa. A Junín 412 llegaban los rusos directamente del barco, para que los derivara al Hotel de Inmigrantes. En cierta medida hacía algo de tarea social”, asegura. Hoy, a los 62, Brusilovsky es abogado y dirigente de Hebraica. “Mi abuelo se había casado con una Pavlovsky, muchos de los cuales se volvieron ilustres, como Eduardo. Todos venían al negocio. Tato Bores cuando era chico, sus hijos luego. Eramos famosos”.

Para la cena de los viernes, y en las fechas importantes –Pésaj, Rosh Hashaná–, el trabajo se multiplicaba por mil. “Trabajábamos toda la noche para despachar al interior. En la esquina de Corrientes y Junín había un bar donde paraban muchos inmigrantes que venían de la guerra. Muchos estaban muy mal, habían sido prisioneros de los campos. Mi viejo salía a la calle desde el negocio y chiflaba. Eso significaba ir a entregar un paquete y conseguir la propina. Por ejemplo, a lo de los Werthein, a dos cuabras. El despacho de don Noé era espectacular. Papá siempre decía: ‘Yo vendo arenque, Werthein no’”.

La fiambrería cerró en 1968: “La culpa la tiene Perry Mason: me convertí en abogado”. Hoy, “ir por el barrio es muy movilizante. El cambio no es de ahora ni de los últimos años. Muchos se fueron a Belgrano, a Barrio Norte”. ¿Y las nuevas colectividades? “Cada uno

hace su cuento. Lo de (Daniel) Burman era así en los 90; hoy ya volvió a cambiar”, dice.

Mi abuela Rosita nunca volvió a Rusia, y vivió en Once muy pocos años de su infancia. Después se casó con un goy. Mi padre nació en Palermo, y allí vivo ahora yo. Pero, a pesar de nuestro apellido, parte de nuestra sangre corre muy cercana a la de los ‘rusos’ de Once. Mezclados, como siempre ha sido allí.

Abasto: ser o no ser parte, esa es la cuestión

Como tantos de los barrios no oficiales del mapa porteño, parte está en Balvanera y parte en Almagro. Pero el Abasto –que recibió su bautismo con el mercado central que albergaba, hoy devenido en centro comercial, y luego fue inmortalizado en figuras míticas como la de Carlos Gardel– queda justo en esa intersección donde los vecinos de siempre, la gran comunidad peruana que allí se ha alojado en las últimas dos décadas y los judíos tradicionales de Once no se ponen de acuerdo sobre su identidad. “Los vecinos de toda la vida dicen que el Abasto no es el shopping ni Once. Dicen que son dos zonas bastante diferenciadas por sus ritmos, sus públicos y sus tiempos. La gente ve el shopping como invasivo, como un ‘artefacto’ que irrumpió en el territorio del barrio, y trató de desbaratar algunos de los espacios que tenían conquistados”, dice el urbanista Guillermo Tella.

La llegada de familias de inmigrantes –paraguayos, bolivianos, peruanos– que conviven con los judíos y los coreanos “le imprimió un nuevo significado, con una fuerza muy rica”. Sin embargo, las prácticas culturales y gastronómicas propias, que se multiplican o subsisten, “no se mezclan”, admite.

Un barrio signado por las tragedias

Para un solo barrio parece mucho. Pero en un radio que no abarca más de cinco kilómetros cuadrados, la tragedia golpeó al menos tres veces. Una en 1994, la segunda diez años después, en 2004; y otra muy reciente: poco menos de un año atrás. El ataque que voló la sede de la AMIA costó 85 vidas; el incendio de la discoteca Cromañón, 194; y ahora, el choque del tren en el Andén 2 de la estación del ferrocarril Sarmiento dejó 52 muertos y más de 800 heridos. Las vidas de las personas tocadas en estos hechos quedaron afectadas para siempre; las de la sociedad argentina, también. “El día de la bomba, la telefonista no iba a venir porque tenía examen en la facultad. Como no estudió, vino. Y hoy nuestra sala de reuniones lleva su nombre”, dice Víctor Garelik, de DAIA. “La explosión cambió a Once en muchos aspectos.

Directamente, el edificio moderno, pujante, que quedó destruido. Y en lo anímico, con miedo al futuro”, asegura. En Cromañón, los condenados –Chabán, Fontanet– tienen penas en

suspenso. Y, esta semana, la causa del tren acaba de ser elevada a juicio oral. Parece poco solaz para tanto dolor.

Sentimiento compartido

Con el 1 a 1 peso-dólar, Argentina era un imán irresistible para sus vecinos. Los peruanos llegaron de a miles. Era la época en que las telas apenas se percibían en las vidrieras de Paso o Tucumán (...). José empezó como ayudante en un taller de confección de ropa y llegó a ser corredor. Antes del taller, José vendió mercadería en Pasteur y Perón. La policía le robó dos bolsas con mercadería; dos mayoristas no le pagaron lo que le prometieron; y otro casi le clava un puñal. “Los judíos me contuvieron, pues”, dice refiriéndose a la época en que comenzó a trabajar en el taller. “Me han invitado a sus casas, me han hablado del exilio, me entendieron cuando les hablaba de que me sentía discriminado, me han invitado a sus fiestas”.

—¿Fue?

—No, porque no me agradan los platos que preparan. Por eso, para no faltarles el respeto siempre evité ir.

Algunos de sus amigos volvieron a Perú cuando el dólar resultó esquivo.

**Marcelo Birmajer, De El Once, un recorrido personal (Aguilar).*

Once: una ciudad dentro de otra

El frenético ritmo comercial diurno cambia con la caída del sol, cuando aparece un escenario lleno de basura y marginación

El Once no existe. Balvanera, el barrio formal que lo incluye, tampoco. Entre los porteños, salvo por el catastro y el mercado inmobiliario, nadie piensa en Balvanera cuando habla de Once.

¿Alguien considera la intersección de las avenidas Pueyrredón y Corrientes una esquina de Balvanera? Es "Once" o "Eleven", según el bautismo moderno. Lo otro, lo burocrático, es un capricho, aunque todavía en las crónicas policiales queda mejor decir "Balvanera". Y está bien. Es que esta zona es un no lugar, "no data", de la ciudad.

La presencia independentista de Once se manifiesta a través del clásico frenesí comercial, los personajes prosaicos, las tradicionales colectividades judía y coreana, las más nuevas peruana y boliviana, y hasta el surgimiento del rock nacional, en un baño del ahora coqueto bar La Perla, de Jujuy y Rivadavia.

Sus calles irradian también un profundo dolor. En su relativamente pequeño perímetro (unas 80 manzanas) se produjeron las dos tragedias argentinas más infames de los últimos años: el atentado a la AMIA y el incendio de República Cromagnon. Doscientos setenta y nueve muertos en total. Casi la mitad de los caídos en la Guerra de Malvinas.

Noche. "Estás hablando con el Señor Once... ¿qué querés saber amigo? Yo te llevo..." Así empieza la recorrida nocturna de La Nación. Un ofrecimiento tentador, pero peligroso. En las inmediaciones de la plaza Miserere, a pesar de las cámaras de seguridad y la frondosa iluminación, moran "los pirañitas", como les dicen los peruanos a las bandas de chicos rateros. "No le des pelota, seguí caminando tranquilo pero andá con cuidado", advierte Sonia, una peruana que todas las noches monta su comercio callejero de ceviche en la esquina de Mitre y Pueyrredón, a 25 pesos el plato.

-¿Cómo es Once de noche?

-Un desastre - dice.

Día. Tres de la tarde de un martes en Lavalle y Larrea. Cualquier cosa que pueda moverse o arrastrarse anda por aquí. Autos, camiones, cartoneros, recolectores de basura, bicicletas, peatones, porteadores de telas en carros... y más porteadores de telas en lo que sea.

"Esto es como Hong Kong o la zona comercial de cualquier otra ciudad grande; muchos vienen a buscar lo que no encuentran en ningún otro lugar... en el Once lo encuentran, si

no, no existe", explica Carlos, un comerciante de origen judío. Esta comunidad transformó esta zona de la ciudad en su tierra prometida.

Creció, hizo crecer al resto y mantiene sus tradiciones en una decena de templos, escuelas como el Talpiot, organizaciones -la Sociedad Hebraica y Macabi, entre otras- y comercios de tela y ropa. El aporte sociocultural de los judíos desde Once hacia el resto de la ciudad fue inmenso. Los teatros de la colectividad, como el IFT (Idisher Folks Teatrer), el Corrientes y el Soleil; periódicos y radios; buenos escritores y cineastas surgieron de estas calles. Entre las avenidas Córdoba y Corrientes, y Riobamba y Pueyrredón, los judíos mantienen su epicentro tradicional.

En cambio, desde Corrientes hasta Rivadavia, los letreros en idish cambian por el lenguaje hangui del "Coreatown": el mismo mundo con otros caracteres.

Noche. El Once nocturno es completamente distinto del diurno. Todo el fragor y la locura diaria desaparecen por completo después de las 20. No hay un alma. Cuando los últimos trenes se van de la estación dejan una estela de criaturas de la noche. Los alrededores de la estación son un hueco receptivo de espíritus opacos de cerveza y paco, gente puesta a sobrevivir en la calle, prostitutas que trabajan mal en la plaza, malandras fracasados y trabajadores fatigados que prefieren perder el tren.

Liliana y Néstor Ledezma viven en Perón al 3000. El edificio, estilo antigua vivienda colectiva, podría ser una joya en otro barrio. Aquí es un lugar más, con 43 departamentos que balconean a una galería central con plantas. "El barrio está muy bravo; después de las 22 tenés que cuidarte mucho y es un basural; es como una zona olvidada de la ciudad", dice Liliana, que desde hace 27 años vive en esa casa. Cruzar a pie por el túnel que pasa bajo las vías del Ferrocarril Sarmiento por la calle Jean Jaurès, que comunica con la desaparecida calle Mitre (sepultada por las ruinas de Cromagnon), puede acarrear serios problemas, advierte Liliana.

Día. "Los argentinos me caen mal." Kyung es un comerciante coreano del "South Eleven" - de Corrientes hacia Rivadavia-. Dice que se lleva muy bien con los peruanos y, sobre todo, con los argentinos judíos. Pero no le gustan los porteños. "Son mal educados", confiesa.

Los coreanos llegaron a Once hace décadas, pero comenzaron a hacerse fuertes a partir de los años ochenta. Por aquí las marquesinas de los comercios anuncian sin doble sentido que no hay excusas para la venta. "Lencería la Bomba-Chita"; "hay talles para gordos... y súper gordos"; "Mundo Peluche"; "Adolfo Perchas"; "La Casa de las Fajas"; "Paseo de compras + de 200 locales"; "11 Elefantes...". Según algunos cálculos, hay más de 3300 comercios en Once.

Uno de los cambios comerciales más polémicos de los últimos años fue la instalación de grandes complejos subdivididos en locales tipo La Salada (11 Elefantes). La especialidad son las películas y juegos de PlayStation ilegales y la ropa, más que "de" marca, "con"

marcas de manos "esclavas", según dice Carlos. Algunos temen que esta tendencia aliente la informalidad... y los controles.

Por lo pronto, Once desnuda, a simple vista, que muchas cosas comercializadas en otras zonas de la ciudad -ropa de niños, bijouterie, etcétera- provienen de aquí. Y que pueden conseguirse bastante más baratas.

Noche. Alguien espía por la cerradura esperando algo. Esto es Jean Jaurès al 300, a poco de iniciar la travesía hacia el túnel que cruza las vías (la zona hostil, según Liliana Ledezma). Perturba el crujido de unas puertas de madera que amenazan con abrirse en una vivienda antigua de dos pisos. No pasa nada. La calle está tranquila. El túnel despejado, envuelto en hedor a orina. "El paso a nivel de la calle Ecuador, acá a 100 metros, está cerrado desde hace años después de que violaron a una chica", comenta Roberto Enríquez. Unos pilotes clausuran la entrada, donde hay un sillón y una mesa. De la oscuridad más negra de esa cueva urbana surgen las voces underground del barrio. "Están hace mucho... qué se la va a hacer... sobreviven." Roberto mira con cierta pena. Al parecer, la política informal de esta parte de la ciudad es que donde ocurre algo trágico, como en este túnel de la calle Ecuador o en Mitre, a la altura de Cromagnon, el paso, el camino, debe cerrarse. Aunque las heridas sigan bien abiertas.

Día. Matías Rothkopf, "ciudadano del Once", afirma que el mejor pollo broaster (plato peruano) de la ciudad se sirve en Leo's. Gastronomía peruana auténtica y abundante. Mirta Benique es la dueña. "Abrimos hace un año y trabajamos mucho con los peruanos y los argentinos; los judíos no vienen porque tienen sus propias comidas y costumbres; son gente buenísima." Mirta resume en un párrafo cómo los peruanos que llegaron en masa al país en las mieles del 1 a 1 terminaron por instalarse definitivamente. Es que muchos de ellos fueron empleados de los judíos y ahora son propietarios de sus comercios.

Final del viaje. Cae la tarde en la esquina de Valentín Gómez y Ecuador. Una familia judía cruza la calle, se saluda con un señor mayor de origen coreano y, de fondo, unos afiches pegados en una pared anuncian el nuevo disco del grupo peruano Hnos Yaipen. Un detalle: el edificio abandonado donde fueron colocados los afiches son los despojos de una de las sucursales del liquidado Banco Patricios. Otro de los hitos de estas tierras sin nombre.

Consolación
por la baratija

MARCELO COHEN



MARCELO COHEN nació en Buenos Aires en 1951. Vivió en Barcelona entre 1975 y 1996. Creador inagotable de paisajes posapocalípticos y ciudades fantásticas, ha escrito una veintena de libros de ficción. Entre ellos se destacan *El oído absoluto* (1989), *El fin de lo mismo* (1992), *Hombres amables* (1998), *Los acuáticos* (2001), *El país de la dama eléctrica* (2005), y *Donde yo no estaba* (2006). Algunos de sus artículos críticos, publicados en los principales diarios y suplementos culturales del país y de España, están reunidos en *¡Realmente fantástico!* (2003). Codirige la revista de letras y artes *Otra parte* y es un reconocido traductor de autores clásicos y contemporáneos. Dirigió la colección *Shakespeare por escritores*, proyecto de traducción al castellano de las obras completas de William Shakespeare, realizado por cuarenta escritores de América Latina y España.

Buenas noches. Quiero hablar del barrio porteño del Once, que me parece adecuadísimo para un debate sobre fronteras urbanas, pero si me permiten voy a empezar cantando. La canción dice más o menos así:

Canto a la ciudadela de los apelmazados rollos de franela y perlón estridente, a las cuadras y cuadras de inhóspitos comercios mayoristas de mostrador largo, anaqueles horribles y tufo a desodorante, té con limón, y humedad acidulenta. Canto al pullóver de acrílico que electriza la carne, al he-

chizo micótico de esas galerías donde copias clandestinas del *prêt-a-porter* de moda conviven con pálidos originales de modas muy caducas, a los millares de perchas que vociferan blusas de orlón en la luz embalsamada de los fluorescentes; a los empleados y dueños que se hamacan de tedio en las puertas de los locales, al alborozo mecánico con que abruman al cliente. Canto a la fastidiada locuacidad del mercader atávico, a sus raptos de ingenio amargo. Canto al encuentro fortuito del *tefilim* del rabino y la muela de oro del estudiante boliviano sobre la mesa de un operador inmobiliario, al resto de balcón francés sobre el zaguán desbordante de pulseras zodiacales, cubiertos de plástico o llaveritos parlantes, a la mostacilla, el telgopor, la academia de danza flamenca, el cuello de microfibra desbocado. Canto al fondo violáceo de la galería comercial, a las policromas fotos de sániches de pastrón que engalanan el bar dimi-

nuto, al tétrico pasillo del tercer piso que lleva al salón de tatuaje, el sillón del dentista y el estudio del contador. Ah, barrio del Once, sumidero de fuerzas indómitas y adormecidas, santuario de la manufactura irritada, el plagio industrial, la ganga y el regateo, ágora de exilios establecidos, nomadismo de la abulia, kermesse de tradiciones desvaídas pero tercas. Once: la socarrona codicia del comerciante descreído desbaratando la insulsa cuadrícula urbana, el devaneo de orden racional. Corroído escenario de una feria democrática autoconstituida.

Perdón por este desborde lírico. Tan whitmaniano, ¿no? Pero se me ha vuelto irrefrenable, casi crónico, desde el momento preciso en que se desató, el verano pasado. Era una tarde de sol bochornoso y yo había ido a que me hiciera un fondo de ojos un oftalmólogo que atiende en Larrea y Bartolomé Mitre, una de esas esquinas que no merecen una li-

teratura urbana ni la alientan... Pero... ¿por qué no? De la puerta de calle se entraba de golpe a la salita de espera. Las sillas eran bajas y estaban vencidas. Eso y la cara jovial del especialista fue lo último que vi aceptablemente antes de que él me pusiera unas gotas, me mandase a esperar y al cabo de media hora me acercara el oftalmoscopio. A la salida, con las pupilas agrandadas como medallas, busqué orientarme por el negocio de pelucas que recordaba que había enfrente. En vano. Dos tercios de mi realidad visible eran una titilación de alfileres blancos, y el martirio arreciaba cuanto más yo subía los ojos o más relucía la superficie que me atacaba. Los colectivos me ametrallaban de náusea; el deslumbramiento me atrofiaba el olfato y el oído. No atiné siquiera a comprarme unos anteojos negros desechables. Atento a no caer atropellado y no embestir transeúntes, me tambaleé hacia el subte zigzagueando por las calles del Once presuntamente

más ganadas por la comunidad coreana. El tercio inferior de la realidad que podía ver, de los guardabarros de los vehículos o los muslos humanos hacia el suelo, era una sucesión de instantáneas experimentales: lámparas de efecto acuático, helados de palito en contrapicado, escorzos de maniqués, chinelas de raso o de felpa, y aun en esa atmósfera velada me impresionó el colorido. Entonces sucedió. Vi el correteo aturdido de los chicos, algunos con chucherías en la mano, entre una torpeza de piernas agobiadas; vi que había muchas señoras de edad, y muchos vaqueros sucios, y ostentosas zapatillas descosidas, y que la muchedumbre que me estaba zarandeando se agolpaba contra vidrieras y zaguanes, se demoraba frente a estantes repletos de celulares, entraba o salía de corredores, y que la masiva corriente de excitación cinética era tan continua como la sucesión de ofertas; vi que una larga serie de camisetas deportivas sólo mutaba en serie

precios irrisorios explotando a sus compatriotas pobres, habían obligado a los honestos confeccionistas moishes a exiliarse en Lanús, dedicados al cuero y la compraventa de oro. "Pero si usted se fija", dijo el taxista, "va a ver que hay muchos negocios con las persianas no del todo bajas, y que adentro hay gente medio en tinieblas: *son los judíos que resisten.*"

Me pregunto qué hará ese hombre frente a la ola de inmigrantes andinos de hoy, por ejemplo. Y es que no es fácil arreglárselas narrativamente con una formación de una localidad tan extrema. De Rivadavia a Córdoba y de Callao a Pueyrredón, más un apéndice de unas manzanas que el clima del barrio conquistó hacia el sur y el oeste, el Once es noventa manzanas de mejunje edilicio -barata construcción desarrollista, de ocho pisos, mancillando perlas de racionalismo y fortalezas de estilo burgués parisino- con un promedio, en las sesenta más densas, de ciento veinte bocas de venta por manzana,

gran parte de ellos mayoristas. Telas, cueros, confección, accesorios para toda la casa, regalos. Un volumen de comercio de miles de millones por año. Iglesias, escuelas religiosas, gimnasios, un centenario colegio alemán, altares budistas, gran surtido de sinagogas; distribuidoras de cine; videotecas de ocasión y librerías de lance. Sirio-libaneses, judíos ashkenazys y sefarditas, armenios, turcos esmerlíes, coreanos, chinos, peruanos, paraguayos, bolivianos y ahora brasileños disputándose la clientela, sin frenesí, entre la pasajera, constante multitud que derrama en la Plaza Miserere el ferrocarril del Oeste y se desplaza despacio en la deliciosa narcosis del consumo posible. El emporio de la imitación empeorada. Por acá deambulan los que nunca comprarán por Internet. Mimetizados con ellos andan cultores del camp en busca de curiosidades y desmedradas familias de clase media en busca de atuendo económico para cumpleaños de quince. Ansiedad de los

vendedores por incitar a la compra. Facultad de Ciencias Económicas, Universidad del Salvador, Morgue Judicial y Centro Cultural Ricardo Rojas, factoría de artistas atrevidos. Calles asoladas por el bramido de los ómnibus. Tumba extensa de la planificación edilicia. Abundancia obscena de medialunas a la vista. Mustias flores de maceta en balcones cercados por humo de escapes. Muchachas duras de indecisión frente a caleidoscopios de zapatillas, hombres extasiados ante hileras de relojes, fuerte sensación de que hay gente acá que pasa mucho frío o un calor inhumano. Destacamentos de maniqués que imitan niños o señoras de hace cinco generaciones. Eslóganes arcaicos en los cartelitos de precios: *Vea qué oportunidad - Calidad europea - Para la dama o el caballero*. El bar La Perla, donde siguen fastidiando con que divagó Macedonio y se drogaba Tanguito, y la pollería Sabor Norteño, donde se lee el diario de Lima. Agencias de

envío de dinero, reventa de celulares usados, sótanos donde cúmulos de billeteras robadas esperan reconocimiento cinco metros por debajo de un tul de olor a varéniques, choripán, arenque encebollado, humus, pescado a la chorillana, ají de pollo, chop suey y medialunas. Amena fragancia de los carritos de garrapiñada. En plaza Miserere, hombres de hinojos ante hornacinas con santos. Cumbia que llega desde la bailanta Elefante. Palomas que parecen de telgopor o pergamino. En una de las infinitas colas para los micros, una chica de pelo frito ciñere con un pañuelo la cabeza de su novio, y lo besa, y él se mece en su silla de ruedas. Tráfico de cámaras digitales, porro, paco y addidas entre humo de tortillas de maíz.

Después del sacudón de esa tarde de enero volví en otoño, más de una vez, en lo posible siempre al crepúsculo. Cuántas y qué largas calles del Once no tenían un solo árbol, pensé. Pero que nadie lo decla-

rase irremisiblemente feo. No yo, al menos, que había nacido en el barrio, Cangallo y Pasteur, como en un chiste en yiddish, y vivido ahí los meses suficientes para que ahora me volviera un recuerdo, uno solo: la alfombra donde probablemente había gateado cuando bebé. Mucho más flagrante era que mi primer departamento de vivir solo hubiera estado en Lavalle y Junín, entre sederías y distribuidoras de cine. O sea que el Once me competía. Cebada por estas dos gotas, la memoria empezó a encharcar el presente a borbotones. El edificio de Uriburu y Tucumán a cuya puerta, acostumbrado antes a vivir en una casa, mi abuelo se asomaba en pijama. El escritorio tétrico de tío Riddel, adonde mi madre me llevaba de visita, en una planta baja de Mitre y Larrea. Mi avispada primera novia en Sarmiento y Uriburu. Mi segunda novia a dos cuadras de la estación de tren. Amigos politizados en un departamento a metros de La Perla del Once. Historias de una

banalidad tan obvia como la arquitectura del barrio; por algo yo había querido olvidarlas. Pero la memoria no paraba de chorrear. El local mayorista de plásticos de mi tío Jack en Azcuénaga y Tucumán. Tortuosas clases de música en la academia del famoso acordeonista Feliciano Brunelli, a la vuelta de esa Recova que hoy parece de un policial de 1940 filmado en Panamá. Qué denso e intrincado el tejido de las circunstancias. Clases de teatro en el IFT, nido de judaísmo criptobolche. Un sótano en Viamonte y Paso adonde en mi primer trabajo de cadete me confinaban a ensobrar revistas. Qué atroz la falta de límites para las fuentes de melancolía. Años después, cuando yo viniera de visita desde Barcelona, a mi madre le gustaría que fuera buscarla a unas reuniones de psicodrama para ancianas judías en la Sociedad Hebraica, institución a cuyo cine yo había ido, como medio mundo, a ver películas de Bresson. Me entraron escalofríos. ¿Sería que una parte volumino-

sa de mi vida, una parte que yo había tratado con menosprecio, giraba sobre ese barrio, incluso que el barrio era una pieza capital de mi vida?

No, no. Procuero que ni mi vida ni ninguna vida, sean objetos a considerar, algo que si se contempla puede enseñar algo, una cosa cuidable que brinda conocimiento; procuero alejarme de este modo, fuente de autoindulgencia y dolores. Y por otra parte, si uno las mira desprevenido, la vida y la edificación del Barrio del Once son un venero de anti-memoria. Una instalación audiovisual de la amnesia. Una terapia por absorción en la corriente del momento. Y en la corriente del momento el Once era para mí la experiencia de una materia mental absoluta; para darle realidad, para coexistir con ella en una sola realidad, había que decir las palabras justas, si esto es posible, o ir eliminado las más falsas. Para eso tenía que volver al momento de ceguera del verano. ¿Qué es esto? ¿Qué es esta apabullan-

te acumulación de instantáneas donde vive tanta gente y tanta más anda de compras?

A ver... A ver...

Antes que nada está la delicia de los nombres propios y los comunes, de gentes y cosas, ese multiverso de lo desigual, de la materia útil y el cachivache, la forma escénica primordial donde las palabras no indican las cosas: *son* las cosas. Párense en la esquina de Uriburu y Lavalle mirando al sudeste y miren los letreros: *Gatuvia, accesorios para la noche; Remeras Nick Tramsay; Tobías Michels, el rey del plástico; Carteras Mireia Peyton; Peceras Chuan Leng; Panchos "Explorer"; Artículos de cotillón "Tu festichola"; Lo de Sara; Danzas Agarrame; Escribanía Chalukián*. En cuanto uno se habitúa al mareo, descubre método en el delirio aparente. Ahí están, uno al lado de otro y a lo largo de tres cuadras, esos locales desnudos, guarnecidos de rollos de polar en pie, encapuchados de plástico como flagelantes de un culto a la confección

canalla. Pero en una transversal lo que se alinea son vidrieras con herramientas, o con animalitos de tela, madera, plástico y peluche, o bolsos o relojes. El Once es una combinación de cantidades exorbitantes con una especificidad minuciosa hasta lo insondable. En el Once se puede comprar: 17 metros de perlón antipiling imitación leopardo; sarga, shantu, muselina o lamé nacarado de 1.80m de ancho; cincuenta y siete modelos de gorros, cada uno posible con los colores de la bandera argentina, brasileña, finlandesa, etcétera; manteles individuales con forma de vaquita, uva, banana o niña pequinesa; sacapuntas extrasuave para lápiz de ojos; el libro *Patología Forestal del Cono Sur Latinoamericano*, de Raúl Mosteroni, y el libro *La condición humana* de André Malraux; un video de *Zazie en el metro* de Louis Malle; un fraude no empalagoso de colonia Calvin Klein One llamado Cavin Lein Uno; un símil de placenta con los fetos de dos gemelos en resina epoxy; floreros

de vidrio de veintitrés formas en tamaños chico, mediano, grande y extragrande, si se quiere con el girasol de plástico incluido; vaqueros, delantales, gargantillas, cepillos de dientes fosforescentes para verlos durante cortes de luz. Ahí la industria se ha vuelto naturaleza: sólo obedece a la pulsión inacallable de replicarse. Y en ese clima de generación permanente uno empieza a necesitar de todo. Uno no sólo querría probarse los pañuelos más estrambóticos, los pantalones más chingados; desea esas cosas para que lo adornen y condecoren, relojes de pared, anotadores, estuches, muñequitos, miniaturas de harley-davidson, y las desea porque son efímeras, inservibles, y cuando uno cree que el barrio lo ha curado de la enfermedad utilitaria repara en que también desea estas cosas porque son accesibles, es decir baratas.

En el buen precio siempre radicó la vitalidad de los mercados populares, y en la pequeña escala y la variedad sus efectos mágicos; esto hasta que el capi-

talismo terminó de consolidarse en un gran mercado racional, abstracto y automático. Dentro de esta historia, el Once es la reliquia de una cruz contranatura entre feria popular de pequeños productores y racionalismo de industria. El Once fue creciendo como una prueba de que los sueños de la razón ya no producen monstruos. Entre las construcciones del barrio no hay ni siquiera auténticos adesios. La caprichosa arquitectura de Buenos Aires decae aquí al unísono, en un gris de abandono y suciedad festoneado de adornos. Al mismo tiempo, en el gentío de la calle el deseo de mercancía es tan indiscernible de la necesidad que no hace falta tentarlo con eslóganes culturales, religiosos, históricos, jurídicos. Nunca civilización y natufaleza estuvieron tan divorciadas como en el Once de hoy, ni las construcciones más lejos del misterio.

Y sin embargo hay un tono emotivo, aquí, ¿no es cierto? El oído lo advierte en algo como un crepitar

de estática, un bamboleo del aire donde, cerca de la estación de trenes, las disquerías resuenan de música bailantera, un ulular de sikus o un alarido de clarinete, un bisbiseo de plegarias a veinte divinidades distintas y de discusiones de pareja en cinco lenguas. El código de ese tono está oculto no sólo para los peatones que lo acarrearán sino para los moradores que lo alimentan. Produce en el aire subrepticias inflamaciones de sexo, de remordimiento, de codicia, de desasosiego, de desquite, de contacto y de entrega; está, ese código, en palabras pocas pero irrefrenables que desbaratan la lengua del intercambio comercial. Por entre la enfermedad de la gestión mercantil, se filtra una efervescencia impura, aplastada y caótica, y en los nombres deliciosos y la loca variedad de la bagatela también una gracia, y al cabo una claridad, limitada, limitadora.

Miren cómo a las insípidas, frágiles decenas de edificios sesentistas, con sus ténders y sus triciclos

en balconcitos inusables, se yuxtaponen buenas copias vernáculas del *art nouveau*, del *déco* y el racionalismo; y vean cómo al pie de esa gramática de la distinción, en los locales comerciales de la calle, cunde una sola apatía del alma; ahí toda la iniciativa está puesta en el rédito. El espíritu pequeño burgués, ovillado en el interior de la casa, el dinero y la familia, inactivo en el foro, trata el espacio público con cortedad estética y sensación de peligro. Peor todavía: por las noches y los domingos la compulsión de los más acomodados del barrio a resguardarse en espacios alejados, seguros, deja este mundo secular desierto, paralizado, presa de un aire ominoso. Ni los varios e inconspicuos templos del barrio, ni el bullicio de los muchachotes jasídicos en las esquinas, compensan el cierre de los comercios. Pero por eso mismo se nota que, al menos de lunes a la mañana a sábado a la tarde, estas calles representan para el hogar burgués lo que el mercado del

medievo daba a una grey protegida por la catedral: vivacidad de intercambio, necesidades y beneficio indiscernibles del placer del contacto. Los días de semana, en el Once no hay frontera entre el local y la calle; a lo sumo una mampara aísla la oficina que hay al fondo del negocio; más allá de la gestión del dinero, parece que nadie tuviera una privacidad que defender. Y no es por una ética de la comunidad, ni siquiera por un ideal campechano; es simple tendencia al amuchamiento, a la promiscua dependencia mutua. En el Once es difícil comer solo; si acaso se come en una falsa privacidad coral, vinculada, en mesas angostas de un espacio atiborrado, activo, que niega la infausta, inflexible división burguesa entre relaciones cara a cara en ámbitos cerrados e intercambio expuesto y mudo en el lugar público. El aire de las galerías pixeladas hierve de cuitas sentimentales y asuntos de liquidez. Manzanas y manzanas de conversación incesante: he aquí la consagra-

ción del mercado antiguo, sus maravillas tangibles, sus secretos joviales, sus chismes ilusorios, sus fábulas fraudulentas.

Bueno, no exageremos.

A cincuenta metros de la esquina nordeste de la Plaza Miserere, de espaldas a las vías del tren, está el monumento espontáneo a los muertos en la catástrofe de la discoteca Cromañón. Todo monumento funerario es una exhibición franca y hasta jactanciosa de herida íntima, pero esta instalación asfixia la piedad del que pasa. Después de verla uno siente que el dolor que prolifera en la vida del Once es mucho más fino, insondable y penetrante que la vindicación del dolor que teatralizan estas descoloridas fotos de familia, las zapatillas chamuscadas que cuelgan de alambres. El dolor más permanente del Once atisba en las pensiones de empapelado sofocante, en el humo y el frío de las parrillas de paso, en esas persianas eternamente torcidas, en la

ansiedad de la mano que palpa las pocas monedas del bolsillo, en la grasa aglomerada en refrigeradores achacosos, y cobra cuerpo en la fatiga nerviosa del paso de la muchedumbre. De siete a nueve de la mañana, trenes y micros vuelcan decenas de miles de viajeros, una riada de mano de obra que inunda las avenidas del barrio, se escurre por las calles, en el tránsito a otros lugares deja aquí sus guarniciones y crece de nuevo al atardecer, antes de apretujarse en el tren suburbano o formar las interminables, aletargadas, hastiantes colas de los micros de regreso exudando un cansancio que empapa el aire y por poco no derriba. Villeros. Empleados administrativos. Desocupados periféricos. Emigrantes. Tropa multitudinaria del trabajo en negro, algunos incluso en la confección. Uno que otro diler; pungas también, y charlatanes. No tienen grandes miedos, y andan con el deseo sólo a medias gastado. En las orillas de la plaza los recibe la música de

las disquerías de ocasión, rutina de sámples y pro-cacidad anodina, María Carey, Natalia Oreiro y Jorge Sanz, *Tuve tu amor y también tu fuego, / Tuve tu veneno, / Tuve tu vida y ya no la quiero*, que un pasillo de olores de chipá y pochoclo transforma, como en un Escher bárbaro, en formas repetidas de negocios de ropa, hospitalidad asfixiante de locutorios, zapaterías, bazares de regalos. De esta hueste bamboleante pero erizada el Once es red de accesos a la ciudad, shopping center y sistema de postas de refresco, la tranquilidad y el hartazgo de un trayecto obligado y la reparación por medio de la vagancia y el gasto. Porque ya me dirán ustedes si, cuando la alternativa es una hora de cura del alma con el estentóreo pastor de la Iglesia de los Caminos de Cristo, por ejemplo, comprarse un vaquero o unas zapatillas con cámara de aire a un tercio de lo que cuestan los originales en otro barrio no es un consuelo y una mínima liberación. En los primeros

meses de este año de inflaciones, el 80 por ciento de la población argentina, sometida a los mismos agujones del deseo que el otro 20 por ciento, participó en el consumo con menos de 40 por ciento del total. No vamos a propugnar que manteniendo esta inferioridad, o extremándola, las gentes de corazón humilde entren en una vía espiritual de ascetismo; mucho menos que se agudicen las contradicciones sociales y crezca la conciencia revolucionaria, como en tiempos de leninismo. Algo hay que hacer con la excitación sobreinducida y atascada, ¿no? En el modelo mundial que predomina, una vida es una larga rutina jalonada de orgías. La consigna del Once es *Miniorgías para todos ¡ahora!* De la grey que resplandece en la iglesia sectaria, al rubor del que incursiona en la cadena de ropa informal Bruggin's, del altarcito budista de emergencia o la sinagoga de entresuelo al corpiño de lentejuelas para la murga, el Once es parejamente profano: fe-

tiches divinos del espectáculo en su escalón de desahucio. En este suelo tan bajo, el cálculo racional retrocede al mundo preilustrado del cuento maravilloso. La vida recobra encanto. El Once es el reino autocreado de la consolación por la baratija. Sólo que el comerciante sabe que además del capricho están las necesidades básicas de esta clientela, que no son nada volubles, y las de los negocios minoristas cuyas existencias él provee, y que si su negocio no las atiende va a terminar por hundirse. Así es como el riesgo crea un clima de provisionalidad que hermana al vendedor con el cliente. Por muy condicionada que esté nuestra mente, el cuerpo tiene que abrigarse, y calzarse, y precisa un jabón no abrasivo, y para cebar el mate necesita un termo que conserve el agua caliente y no chorree, mecacho, como el minorista necesita stock para vender en su quiosquito. El Once es un desafío a las uniformidades dictatoriales del mundo global. Una

serie de repeticiones que realizan la fantasía de verse considerado y abastecido.

Termos, ya que acabo de mencionarlos, vende en su negocio el señor David Najman, nacido en la Galitzia rumana, veterano de cuatro matrimonios y casado ahora con una cordial señora mulata. Hace cincuenta y dos años que Najman, que se proclama criollo, vende termos de toda clase, de plástico, aluminio o acero inoxidable, de dieciocho pesos a novecientos; podría retirarse, pero dice que si no viene al local pierde el asidero que lo sostiene en vida; Najman es una mente mercantil que la edad y la influencia de este baile de apariencias han vuelto un alma casi dionisiaca. En el Once este *casí* hace una diferencia importante: manifiestamente, cuando dice su edad el señor Najman toca madera; y si es supersticioso no puede entender la tragedia. Sin embargo, desde su atalaya en el mostrador, mira la calle agitada con la templanza que dan miles de días de

exposición a individuos de los más diversos, menudencias corrosivas y conflictos súbitos o duraderos. Los griegos decían que el aplomo que da la exposición a la belleza de lo diverso estimula el impulso de hacer algo igualmente bello. Arte, por ejemplo. *Poiesis*. No es el caso del Once. Así como a partir de cierta edad uno es responsable de su cara, en el Once hay suficiente historia como para que su comunidad se haga cargo de la apariencia que tiene. Pero no: al señor Najman y sus colegas y clientes les importa un pito que la calle que miran sea horrible, y aún prevén que en los años próximos la fealdad grosera, el abandono y la suciedad arrecien sin depender de las ciclotimias de la economía. No tiene por qué haber un Apocalipsis. Las transformaciones de la fealdad pueden no terminar nunca. Pero justamente por eso, ahora que en esta ciudad se libran las luchas decisivas por la propiedad de los espacios comunes, y visto que a los vecinos del Once no les interesa el re-

miendo, en los momentos de vena política uno se pregunta si lo que habría que hacer con algo como esto sería arrasarlo y levantarlo de nuevo (contando con malos antecedentes y previendo una suerte improbable), o respetar la inercia no del todo infeliz de su enfermedad eterna.

Sólo que *enfermedad* es acá una palabra muy cretina. El señor Najman me ha explicado exhaustivamente por qué el barato termo que me vendió es lo más práctico que tiene para el trabajador de escritorio, cómo manipular el pico rebatible y por qué no conviene exigir la rosca. Me mostró una gama de repuestos. Fueron momentos muy gratos. Después me acompañó a la calle y, antes de bajar la persiana, se puso a discutir con el vendedor de falaffel de al lado, cuyo quiosco es una mugre con olores succulentos, qué augurará este crepúsculo lívido y varicoso. Enfrente, en la acera de un local largo, azulejado como un corredor de hospital, bolsas de basura

mal anudadas derraman un tapiz de pasto sintético para pesebres, esto en pleno mayo.

Esto es lo que tenemos en este lugar de la ciudad: esta empresa, este pálpito, esta sordidez preñada de emociones neutras. Hoy el destino de cualquier ciudad incluye la eterna transformación de sus fealdades. Esta es la fealdad que hemos hecho nosotros; es un reflejo de parte de nuestra mente, incluso para los que sólo andamos de paso, y nada indica que si está enfermo seamos nosotros, todos, quienes podamos hacer algo más sano. Se diría que no. En realidad ni siquiera sabemos, ahora que lo estamos tratando así, si el Once es un organismo vivo o un fantasma. Quién sabe. A lo mejor el Once es uno de esos corazones del universo donde, a pesar de cada dolor y cada alegría exteriores, cada cual tiene, por un instante, la posibilidad de ser lugar indefinidamente perfectible de decisión y resonancia. Un vínculo ambulante entre la intemperie y el

abrigo, entre el capricho y el juicio, entre el cómputo y la pérdida, y entre los idiomas y las sensaciones y los futuros. El Once podría ser una obra de arte del desequilibrio. En este caso la mejor iniciativa política, me parece, es exigir que a nadie, por un rato prudencial, se le ocurra tocarlo.

Cristian Mitelman nació en Capital en 1971. Es Profesor de Letras Clásicas por la Universidad de Buenos Aires.

En el año 99 publicó *Libro de mapas y de símbolos*. Textos suyos aparecieron en las revistas *Proa* y *Puro Cuento*. Algunos de sus poemas fueron editados en el diario *La Prensa*.

En el 86 recibió uno de los premios de poesía juvenil otorgados por la Fundación Givré. En el 98 ganó el *Segundo Premio de Poesía del Rotary Club de Caballito*. Un año más tarde, la Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación le otorgó el *Segundo Premio Nacional Iniciación de Poesía (por el bienio 95-96)*. En el año 2000 recibió, por parte del Fondo Nacional de las Artes, una mención honorífica en el Género Cuento. En dicha oportunidad el jurado estuvo compuesto por Isidoro Blaisten, Liliana Heker y Vicente Battista. En 2005, el Conservatorio Literario de Rosario le otorgó el *Primer Premio de Poesía con Preceptiva Clásica*.

Entre el mito y la literatura fantástica, los cuentos de este libro representan los sutiles mecanismos que forman la red de nuestras vidas. Los personajes se encuentran ligados a acciones transitadas infinitas veces, como quien no puede huir de un camino circular. La voz narradora fluye y se duplica, mostrando los rincones sombríos de un mundo extraño y no pocas veces hostil. La Medea de este libro nos observa aún con sus ojos de alucinación.

Cuadernos de Odiseo



villa medea

Cristian Mitelman

Villa Medea



Cristian Mitelman

- MISERERE

I

A usted le sonará raro, pero le aseguro que mi empleo me ha hecho, lentamente, un conocedor de rostros. Un mozo va desarrollando una oscura habilidad para entender cómo es la persona a la que se le sirve un café. No digo que seamos infalibles —no voy a ser tan orgulloso— pero uno ya sabe reconocer en el otro las angustias, los fracasos, las cómplices alegrías.

Estas cosas las he aprendido en el bar de siempre, ése que está en la estación de Once, a unos pasos de la tercera plataforma. Y mire que ahí pasa gente. Por la mañana los trenes descargan incontables cuerpos, como un animal que estuviera regurgitando su alimento en la boca misma de la ciudad. Son los que vienen del Oeste. Los veo cansados, por más que en el viaje hayan intentado dormir un poco. Es imposible: nadie descansa en un tren o en un colectivo. A lo sumo se cierran los ojos, pero los movimientos bruscos de los que suben o bajan, el temor de que a uno le roben, todo eso impide cualquier intento de sueño.

A la siete, por lo general, sirvo cortados o capuchinos. A media mañana la estación está más tranquila. Muchas veces entran mujeres y piden bebidas diet que antes no existían. La industria

necesita nuevos productos, como la estación necesita nuevos cuerpos en las cadenas de engranaje.

Así es el orden; uno lo acata nomás. Las utopías son cosas del pasado, como los discos de treinta y tres revoluciones y las muñecas de porcelana. Son cosas que si aún existen, están en los escaparates de los anticuarios.

Como le iba diciendo, en mi trabajo uno aprende a reconocerse en los otros. Si sumara a las miles de personas que he visto, estoy seguro de que cada una encerrarían algún fragmento de lo que soy o de lo que potencialmente puedo llegar a ser. ¿En quién no late la gloria; en quién no se esconde la humillación de estar vivo?

Pero lo que yo quería decirle, señor, comenzó un viernes a la tarde. No había mucha gente en el bar; creo que estaban ocupadas dos o tres mesas. La luz de la calle nos llegaba oblicua y rayaba las paredes.

Entró una mujer pintada como las que se prostituyen cerca de los albergues de la zona. Se sentó cerca de la puerta, haciendo el ademán de estirarse un poco la pollerita.

Alguien hizo un comentario irónico por lo bajo. Yo me hice el distraído y fui a atenderla.

Mirándome con ansiedad me pidió un vaso de agua.

No voy a decirle que me resultó atractiva, pero esa forma de mirarme, con una mezcla de súplica y vergüenza, me hizo sentir un poco su confidente. (Tonterías de un hombre que está solo, pensará usted con justicia.)

— Cuando fui a atender a otro cliente, ella se había marchado. Había dejado un estrujado billete de dos pesos debajo del vaso, que ahora tenía la marca de rouge en el borde. Al retirarlo, noté que en la silla estaba su cartera.

“Ya volverá”, pensé mientras la llevaba a la cocina.

— Qué pasa— me dijo el tano Pascuali, el dueño del bar, al verme con la carterita— no estarás pensando cambiar de rubro.

No sé si me reí o intenté fingir una risa.

II

La cartera quedó en la cocina por dos días. Nadie vino a reclamarla. Por más incongruente que fuera, sentía que algo me unía a esa mujer; un lazo muy delgado pero resistente.

— Si mañana no viene nadie, la tiro— sentenció Pascuali.

A mí me dio lástima que amenazara con tirarla. Había pertenecido a una mujer a la que le había visto el rostro; no formaba parte de esos objetos impersonales que uno encuentra por ahí.

Finalmente descorrí el cierre y encontré un espejito, dos lápices de labio y una papeleta donde se encontraba anotada, con la letra infantil de los que no han terminado la primaria, una dirección: *La Rioja 217*.

A la nohecita, antes de irme, envolví la cartera en unas hojas de diario y decidí probar suerte.

Estaba a unas cinco cuadra; no perdería mucho tiempo.

Al cruzar la Plaza Miserere vi que sobre un hotel familiar habían colocado la publicidad de un insecticida con la imagen de una enorme cucaracha dada vuelta, en trance de agonía. Habían intentado mostrar lo efectivo del producto apelando a la repulsión. Y sin embargo esa cucaracha que se elevaba sobre el cielo oscuro de Buenos Aires me embriagaba. Pensé en la ciudad como una cueva de insectos gigantes detrás de las paredes. Al lado había otro cartel: una modelo enseñaba ropa interior.

Por naturaleza tendría que haber contemplado más tiempo esta segunda opción, pero enseguida la deseché. (En todos nosotros hay cuevas más profundas de lo que imaginamos.)

III

La Rioja 217. Me encontré frente a un edificio de dos pisos, con el aspecto de una de esas barcazas abandonadas en el Riachuelo. La puerta (casi una tapia) estaba abierta.

¿Qué podía hacer? Era absurdo ir golpeando departamento por departamento para preguntar si alguien había perdido una cartera.

Estaba ahí, indeciso en la oscuridad del pasillo, cuando una matrona de unos cincuenta años,

voluminosa y enérgica, bajó por la escalera con una bolsa de basura.

—¿Busca a alguien?— me preguntó.

Tardé unos segundos en armar la frase; la timidez nos hace dubitativos.

—La encontré en el bar donde trabajo— dije quitando los papeles que envolvían la cartera—; adentro encontré esta dirección.

La observó con cuidado, como quien hace memoria.

—Ya sé. Es de la Charo. Vive en el *Segundo E*. El otro día la oí quejarse porque la había perdido. Mire que hay que ser atropellada... Si quiere se la alcanzo.

—No se moleste.

—Todavía debe estar; sale más tarde. Va a tener que subir por la escalera; el ascensor no anda.

Como verá, el consorcio es una porquería.

La mujer salió a la calle con un gesto de contrariedad. Admito que había sido una descortesía de mi parte negarle la posibilidad de entregarla, pero no es que desconfiara de ella. Simplemente quería ver a Charo, o tal vez la mirada de Charo, tan silenciosa, tan distante.

La escalera, de un mármol sucio, indicaba que en otros tiempos el edificio había sido pensado para familias acomodadas. La historia se encargó de mostrar lo contrario, como tantas otras cosas en este país.

Era la última puerta de la izquierda. Toqué débilmente; después un poco más fuerte. Una voz de mujer (enseguida supe que era ella) preguntó quién era.

Le expliqué como pude el motivo. Si es difícil hablar con una persona cara a cara, más difícil será con una puerta de por medio.

Las llaves sonaron pesadamente. Ahí estaba, con la misma ropa del otro día. Más atrás, en una cama de una sola plaza, había un anciano que parecía enfermo. Un paño mojado le cubría la frente.

IV

Probablemente se haya sorprendido al verme.

— Menos mal que había una dirección — le dije —; ya la íbamos a tirar.

— Es muy amable; pensé que la había perdido — susurró con la misma actitud que había en sus ojos —. Pase, le sirvo algo.

En cualquier otra circunstancia me hubiera negado, nunca he sido muy sociable. Sin embargo, entré sin decir nada.

— Disculpe que todo esté así, tan revuelto; no he tenido tiempo de ordenar.

— La comprendo. Tampoco yo me anuncié. Si hubiera tenido su número, la habría llamado.

El hombre, entre tanto, parecía adormecido. Le colgaba una mano floja que no llegaba al piso.

No sé por qué me imaginé una agonía de años, una fiebre no muy alta, pero constante.

— ¿Es su padre? — le pregunté mientras ella me servía una lata de agua tónica.

— Es como si lo fuera. Lo conocí cuando vine a la ciudad hace tres años. Soy de Tucumán.

— ¿Y por qué vino?

Me sorprendí a mí mismo al preguntárselo. El asunto tendría que haberme sido irrelevante, aunque por alguna razón me inquietaba.

— No había trabajo; no había nada que hacer...

— ¿Y acá es distinto?

Bajó la vista. Me parece que se quedó mirando la mano del viejo.

— No encontré lo que buscaba, pero algo tengo — y luego agregó con una humillación que intentó pasar inadvertida —. Usted ya sabe a lo que me dedico...

— ¿Y él? — dije mirando hacia la cama.

— Yo lo cuido; él me cuida. Es una especie de pacto.

No dejó de extrañarme en ese momento la idea de un pacto entre una muchacha y un viejo. Me imaginé que sería un vividor, uno de esos atorrantes que se aprovechan de las necesidades de las pibas que vienen de las provincias. (Pronto comprendería que la mayor parte del tiempo adelantamos juicios, inventamos una realidad que no es.)

— Tendría que ir a comprar algo para comer — dijo con preocupación —; todavía no le preparé la cena.

Enseguida sonó el timbre y Charo fue a abrir. Por la forma mecánica en que lo hizo se me ocurrió que estaba esperando a esa persona, como si apareciera siempre a la misma hora. En el saludo reconocí la voz de la mujer que había encontrado en la Planta Baja. Las dos se quedaron ahí, ocupando

un espacio que parecía prefijado: una en el interior; la otra dos pasos detrás, en el pasillo.

— Cómo estás, querida. ¿El señor se siente mejor?

— Sigue un poco afiebrado.

— Qué macana. Y estos médicos que nunca aciertan. Yo no sé dónde se recibieron... Voy para la carnicería, ¿necesitás algo?

— Usted es muy buena.

— Dale, che. No vine para cumplidos; ya se me pasó la época.

— Supongo que un bifecito de cuadril no le hará mal. Mientras, le preparo una ensalada; tengo algunos tomates.

Fue a buscar dinero a una repisa dejando libre la entrada. Al verme, la mujer hizo un gesto que osciló entre la displicencia y un leve reconocimiento. Charo se interpuso de nuevo, con algunos billetes en la mano.

— Dentro de un rato vuelvo. Le voy a decir a don Félix que no me dé charla, vos sabés qué latoso es cuando quiere.

Yo no quise irme con ella, así que esperé que bajara para despedirme.

— Si puedo serle útil en algo—agregué—con mucho gusto la ayudo.

El anciano, como si viniera de una región lejana, se despertó lentamente y se quedó observándose.

A mí me dio la impresión de que hacía un esfuerzo por reconocermé. A pesar de la postración, sus ojos azules, secos, irradiaban un principio de autoridad.

— Ha sido tan amable en traerme la cartera. Ojalá toda la gente fuera como usted— dijo finalmente Charo.

Creí entender que comenzaba una intimidad de la que yo no formaba parte. Era mejor retirarme.

V

Como tengo una vida muy rutinaria, se comprenderá que estos pequeños eventos adquieren un sabor especial. Luego todo vuelve a ser como antes. ¿Nunca ha tenido la impresión de que uno es una pieza muy insignificante en el entramado del mundo, pero que es imperioso que se repitan periódicamente las mismas acciones, la misma sensación de vacío?

De chico, cuando leía por tiras las novelas de Salgari, imaginaba que había un mundo infinito.

Ahora sé que es infinito, aunque le faltan los colores del mar y los ruidos de la selva... Los únicos ruidos son los de los altoparlantes que anuncian la salida de tal o cual tren; de vez en cuando algún vaso que cae; esas cosas sin valor.

Dos semanas después volví a encontrarme con ella. Esta vez ocupó una mesa del centro...

Apenas me reconoció; no hizo ningún gesto que yo pudiera interpretar como alguna forma de cortesía.

Cuando ya se estaba por ir, con el tono neutro de quien está preguntando cuánto sale tal bebida o dónde están las bocas de expendio, me dijo:

— Hubiera querido verlo antes. Yo imaginé que iba a volver, a veces una se ilusiona...
(Voy a ser franco: yo deseaba volver.)

VI

— ¿Y el señor, cómo anda?— fue lo único que se me ocurrió preguntarle.

— Sigue caído.

Creo que las palabras que eligió fueron exactas, porque aquel hombre daba la idea de una divinidad que estaba a punto de ser devorada por otra religión triunfante.

— Cuando salga, voy a visitarlos.

— ¿Pero esta vez no me va a dejar?

Ahora había un reproche en su voz, como si en realidad yo no hubiera comprendido la ceremonia en la que me había tocado estar. Confieso que a lo largo de esos días sentí que algo no era correcto, que no debí haberme ausentado así porque sí.

Apenas se fue, Pascualí me con cierto recelo.

— En qué cosas andarás vos— me comentó con una sonrisa de falsa complicidad—; tenés suerte de ser soltero. Yo antes tenía esas joditas dos o tres veces por semana. Pero ahora, con la patrona... Vos sabés.

Mentía el hombre. No soy moralista; detesto divulgar la vida de los otros, pero aun de casado siempre fue de andar con prostitutas. Y aunque Charo se dedicaba a estas cosas, mis motivos eran distintos.

Pasadas las nueve, me dirigí nuevamente a la calle La Rioja. Antes de llegar, se levantó ese viento fuerte que en Buenos Aires anuncia la refrescada después del sopor de semanas bochornosas.

En la entrada del edificio había un muchacho con una botella de cerveza. Se hizo el dormido

o no quiso correrse ni un milímetro. Tuve que arquearme un poco para pasar.

En silencio me encaminé hacia la misma habitación, donde Charo me aguardaba con sus agradecimientos, donde un anciano dormitaba su fiebre de cara al cielorraso, con la mirada brillante de los que en el desierto se acuestan a mirar la noche.

VII

La mujer que la ayudaba apareció una noche en el bar, no mucho antes de que cerráramos. La reconocí enseguida; tenía esa forma imperativa de encarar el mundo. No tomó asiento; era claro que me buscaba.

Le traigo este recado— me dijo—; me comentó que era por algo urgente.

Abrió el sobre. Hallé la hoja arrancada de un cuaderno escolar. El borde izquierdo se le había roto más de la cuenta. Leí entonces:

Una vez más le pido que venga. Mi amiga es muy impresionable; usted sabrá qué hacer. No me juzgue. No nos juzgue. Los dolores del señor comienzan a ser intolerables. Ya no existen

analgésicos de ningún tipo que logren calmarlo. Él es lo único que me ha quedado en la vida. En Tucumán ya no hay nadie y aquí tampoco.

Cuando llegue, por favor, no prenda la luz. Es mejor así.

P.D.:Le pido perdón por las molestias que le causé y por las que aún pueda ocasionar.

— Creo que ha sucedido algo malo— dije.

Me acerqué a Pascuali. Le pedí que me dejara salir en ese momento. Creo que mi expresión fue lo suficientemente clara.

— Andá nomás— me contestó .

Caminamos aquellas cuadras lo más rápido que pudimos. La mujer, que era algo gorda, se quedaba siempre unos pasos atrás, por lo que debía detenerme cada tanto para que pudiera alcanzarme.

Al llegar a la casa subí los dos pisos de un solo envión. Mis pasos sonaban huecos en la oscuridad, como si los peldaños estuvieran montados sobre el vacío.

La llave estaba del lado de afuera. Al entrar me encaminé hacia la ventana que daba a la calle. La abrí para despejar el olor a gas. Mi acompañante permaneció en el umbral; apenas pudo reprimir un grito.

Allí estaban los dos. El anciano parecía dormido; Charo se había reclinado contra su pecho y lo abrazaba. Su rostro miraba hacia la derecha. Los ojos conservaban la misma expresión de siempre: una forma de suave tristeza que ya no era de este mundo.

SI ALGUIEN DICE TU NOMBRE

“... pero no se le ocultaba que su tranquilidad provenía de saber que ninguno de los transeúntes podía conocer el delito que había cometido. Para ellos, aún era un hombre honesto...”

Italo Svevo “El asesino de la calle Belpoggio”

I

Sintió el grito por primera vez en la Avenida de Mayo, pasando el *Café de los 36 billares*. Le sonó claro, un corte brusco en medio del aire tibio de la mañana: “Florián traidor”.

En seguida se dio vuelta para ver qué ocurría. Quiso profundizar la mirada, buscar el rostro que pudiera emparentarse con esa voz. (Lo imaginó un poco macizo, de cejas prominentes que terminaban juntándose; pensó en una nariz achatada y en un pelo corto de tipo militar; se dijo a sí mismo que esa voz tenía que salir de un cuello de límites indefinidos.)

Las señales, sin embargo, resultaron contradictorias. Una mujer caminaba de prisa con dos carpetas en la mano; dos adolescentes ajenos al mundo se besaban contra una pared; un jubilado